

Had

EUGENIO NOEL



**PAN
Y TOROS**

CUATRO REALES

F. Sempere y Compañía, Editores

VALENCIA

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

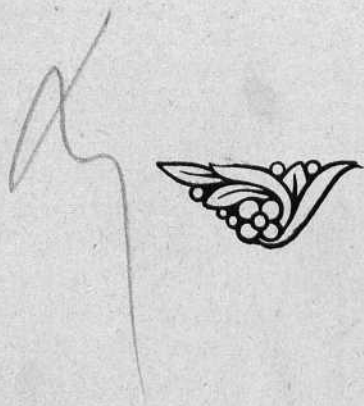
- Alcalá Gallano.—*Las diez y una noches.*
 Aleramo (Sibilla).—*Una mujer.*
 Alexis. Bonafoux, Blasco Ibáñez.—*Emilio Zola (Su vida y sus obras).*
 Alexis.—*Las chicas del amigo Lefevre.*
 Altamira.—*Cosas del día.*
 Angel Guerra.—*Literatos extranjeros.*
 Argente.—*Tierras sombrías.*
 Bakounine.—*Dios y el Estado.*
 Id. —*Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*
 Barón d'Holbach.—*Moisés, Jesús y Mahoma.*
 Baudelaire.—*Los paraísos artificiales.*
 Benuzzi.—*Creación y vida.*
 Bjørnson.—*El Rey.*
 Id. —*El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.*
 Blanco-Fom'ona.—*El hombre de hierro.*
 Blasco Ibáñez.—*Cuentos valencianos.*
 Id. —*La condenada.*
 Bouhélier.—*El rey sin corona (drama).*
 Bovio (Juan).—*Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.*
 Bracco.—*Muecas humanas.*
 Id. —*Se acabó el amor.—Bjørnson.—Una quiebra.*
 Büchner.—*Fuerza y materia.*
 Id. —*Luz y vida.*
 Id. —*Ciencia y Naturaleza.*
 Buckle.—*Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.*
 Bueno.—*Á ras de tierra.*
 Bunge.—*La novela de la sangre.*
 Cantaciaro.—*Comentarios al Concordato.*
 Capitán Casero.—*Recuerdos de un revolucionario.*
 Comandante ***.—*Así hablaba Zorrapastro.*
 Conde Fabraquer.—*La expulsión de los jesuitas.*
 Corton.—*El fantasma del separatismo*
 Chamberlain (John).—*El atraso de España*
 Chamfort.—*Cuadros históricos de la Revolución francesa.*
 D'Annunzio.—*Episcopo y Compañía.*
 Darwin.—*Mi viaje alrededor del mundo.*
 2 tomos.
 Id. —*El origen del hombre.*
 Darwin.—*Origen de las especies.* 3 t.
 Id. —*Expresión de las emociones en el hombre y en los animales.* 2 t.
 Daudet.—*Cuentos amorosos y patrióticos.*
 Del Castillo (B. E.).—*Dos Américas.*
 Id. —*Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.*
 Del Castillo Márquez (F. X.).—*Bajo otros cielos.*
 De la Torre.—*Cuentos del Júcar.*
 Delfino.—*Átomos y astros.*
 Deutsch.—*Diez y seis años en Siberia.* 2 t.
 Dide.—*Miguel Servet y Calvino.*
 Diderot.—*Obras filosóficas.*
 Id. —*Los dijes indiscretos.*
 Domenech (F.).—*Lo humano.*
 Draper.—*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*
 Id. —*Historia del desarrollo intelectual de Europa.* 3 t.
 Echagüe.—*Prosa de combate.*
 Engels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* 2 t.
 Fabbri.—*Sindicalismo y anarquismo.*
 Faure.—*El dolor universal.* 2 t.
 Fava.—*Renunciación (novelas).*
 Finot.—*El prejuicio de las razas.* 2 t.
 Id. —*La ciencia de la felicidad.*
 Flaubert.—*Por los campos y las playas.*
 Id. —*La tentación de San Antonio*
 Flores García (F.).—*Memorias íntimas del teatro.*
 France (A.).—*La cortesana de Alejandría (Tais).*
 Francés.—*Miedo.*
 García Calderón.—*Hombres e ideas de nuestro tiempo.*
 Garchine.—*La guerra.*
 Garnier.—*Perfume de belleza.*
 Gautier (J.).—*Las crueldades del amor.*
 Gautier (T.).—*Un viaje por España.*
 George.—*Progreso y miseria.* 2 t.
 Id. —*Los problemas sociales.*
 Gille.—*Historia de las ideas morales.*
 Gómez Carrillo.—*Desfile de visiones.*
 Id. —*Por tierras lejanas.*
 Id. —*Nostalgias.*
 Goncourt.—*La ramera Elisa.*
 González Peña.—*La chiquilla.*
 Id. —*La musa bohemía.*

PAN Y TOROS

2

EUGENIO NOEL

PAN Y TOROS



F. SEMPERE Y COMPAÑIA, EDITORES

VALENCIA



Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

PAN Y TOROS

I

Una hora de calma, de examen de conciencia. La juventud española no oye, pero oirá, he sacado de mis andanzas esa idea. Después de todo, Europa no ofrece un espectáculo edificante, sufre una profunda crisis de intelectualidad y las novedades son pocas. No hay un dios en la literatura. Alemania desmenuza las ideas geniales de Kant en pesadimos comentarios. A la vasta mirada del genio con sus sorpresas han sucedido las filigranas del escritor con sus causticidades. La industria acapara las energías de la Humanidad. La biología gana terreno en los conceptos filosóficos de la moral. Sully Prudhomme decía que el fundamento de la moral era el sentimentalismo: *el corazón, no el espíritu, que es á la vez el maestro y el discípulo*. Hoy dice Boutroux que la moral se funda sobre la razón. No acertamos con la conducta; tampoco acertamos con el carácter. No hemos variado en nada la tabla de los valores de nuestros antepasados. Obras de aná-

lisis han sustituido á aquellas famosas síntesis que producían progreso firme. En el arte, el temperamento hace obras maestras de personalismo. En la ciencia priva la cultura. Y en el gobierno de los pueblos el dinero crea á pasos de gigante la más temerosa forma de las tiranías.

Necesitamos una hora de calma. España está muy mal; pero es preciso que cambie en breve plazo y esa obra es nuestra, la tenemos nosotros que realizar. Tomaremos del pesimismo la atrición, y del optimismo la penitencia. Encarnaremos la cultura en actos y amasaremos con el sacrificio y la abnegación nuestra voluntad. ¿Cuántos hay dispuestos á esta obra? Muchos cuando hay uno. En la duda, la abstención significa parálisis. Dilatar la obra es afirmar que no podemos realizarla. Quien así lo crea hace muy bien de restarse. Poseemos sumas concretas, datos exactos y voluntad. Los que han encontrado muy altas las uvas no encuentran á la vez corta su estatura, sino que están en agraz. Estos obstáculos, los más serios porque no proceden de las cosas, sino de los individuos, pueden convertirse en aliados con la bondad. Un fracasado, con facilidad se convierte en envidioso, y riendo ó babeando contribuye á la regeneración sin él saberlo. Quien lo sabe usa de su envidia admirablemente. Hacer el vacío, aislar, reducir á la impotencia, provocar el silencio, son labor de pesimistas, de incrédulos, de ineducados. Ellos no saben que la soledad engendra la fuerza espiritual.

La paciencia hace madurar las ideas como el tiempo los frutos, y lo ignoran. La bondad es el medio para amansar estos pesimismoes que á veces son enormes crímenes. En las generaciones se dan monstruos como se producen genios y el progreso no es otra cosa que la lucha de los gigantes con los enanos.

Víctor Hugo escribía hace cuarenta y cinco años: «Á cada paso, un susto, una trampa. Á medida que ascienden, el frío aumenta. Es preciso cortar el hielo y caminar sobre él. Tallan escalones en el odio.» Siempre ha sido lo mismo. Tal gimnasia puede cansar, pero no entumecer. Se buscará algunos momentos un banco donde descansar de la fatiga, pero no se renunciará. En esas horas de calma el espíritu se fortifica; la ciencia ofrece nuevos datos y la voluntad los empapa en sangre fresca. El hombre dice: «Lo quiero.» El joven pesimista dice: «Quizá.» Uno de estos sapitos con lentes que llevan á Kant en un bolsillo y el Kempis en el otro, se os acerca melosamente y os afirma que el paso está cerrado. Otro de esos amables sapitos os añade que muchos de más talento lo intentaron en vano. ¿Qué hacer? Hacer, caminar, seguir, navegar; no se descubrirán las Indias, pero se hallará en el camino la América. ¿Y el silencio? Se labora en él, se le usa, se le convierte en aliado. La constancia no adivina cosa alguna, su mérito es querer comprenderla. Quien trabaja no vence, quiere vencer, y eso debe bastarle. Si el fin corona la obra, ¿á qué

dejarse dominar por la sugestión de la finalidad? Que nos pregunten: «¿Qué hacéis?» Contestaremos: «Trabajar.» Añadirán siempre: «¿Por qué?» Contestaremos: «Por trabajar.» Es nuestro deber. Este deber no es kantiano, ni espenceriano, ni filosófico, ni sentimental; es sencillamente necesidad cerebral, medular, nerviosa. Queremos trabajar como queremos satisfacer el hambre, ni más ni menos. Nos dirán también: «Sin duda alguna tú buscas ó gloria ó dinero.» Contestaremos sin ironía: «No vendrían mal las dos cosas.» No hay inmoralidad en el trabajo de un hombre que cavando una fosa se encuentra un brillante y hace muy bien si se le guarda, le cambia por oro y disfruta de su oro.

Todo esto quiere decir que no hay predestinación, ni ideas innatas, ni causas finales, ni acaso, ni suerte. La salvación de España es una necesidad cerebral. El que ha de vivir largo espacio en una casa, si la casa se hunde, la repara con cuidado y no se pregunta si nació ó no para repararla. Tampoco se pregunta qué pensaría Kant de ello si viera. El transeunte ocioso le interrogará: «¿Qué haces, buen hombre?» ¿Creéis que se debe contestar? Se debe trabajar sin descanso, utilizando para ello los medios que creamos pertinentes, no las dificultades que nos opongan. El joven ha de tener en cuenta la magnitud del obstáculo para desplazar fuerza superior, no para rendirse. El que busca el Polo queda prisionero en los hielos. ¿Avanzará si explica á los témpanos que allí en el Polo hay la

solución de varios problemas climatéricos, de corrientes oceánicas, de magnetismo, el secreto de las mareas? ¿Los ablandaría así? En esas horas de angustia, en las que la débil naturaleza humana parece rendirse á lo que brutalmente se llama fatalidad y no lo es, porque estos obstáculos deben contarse en imprevistos; en esas horas melancólicas en las que el corazón se acongoja y renuncia é increpa y se desespera, está el triunfo, el éxito luce. Hay un bosque de olivos antes del Calvario; antes de la resurrección se suda sangre; se bebe hiel antes de empaparse en el océano de la inmoralidad. Ahora bien; los sapitos no creen en estas cosas; sustituyen el genio con la prudencia, y como no tienen ojos poseen gran confianza en las aguas del espejo de sus lentes. Quieren que os los pongáis á la fuerza. Si no os los ponéis, dirán: «Es miope.» Lo gracioso del asunto es que tales sapitos miran con telescopio las bacterias y los elefantes con microscopios. Si no los imitáis os residencian, os rodean de un mar glacial, crujen en torno vuestro y se burlan. Invernando en esos hielos podéis estudiar. Estudiad; ya lucirá el sol en vuestro espíritu; el del cielo, no importa.

II

Lo mismo que la duración fugitiva de nuestro yo se fija por su proyección en el espacio homogéneo, nuestras impresiones, sin cesar cambiantes, se adhieren alrededor del objeto exterior que es su causa, y adoptan sus contornos precisos y su inmovilidad.

ENRIQUE BERGSON.—*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.*

Un rato de charla inútil. Despertar á un pueblo de su modorra es difícil; cuando ese pueblo ha dicho, antes de dormirse, que no le despertaran, es temerario, cuando ese pueblo advirtió que daría un navajazo en las entrañas al primero que lo despertase. Sin embargo, hay que cumplir con la obligación cívica de hacer todo lo posible. Tenemos la tristísima idea de batirnos en retirada ante los obstáculos después de afrontarlos con ánimo y estudiarlos con detención. ¿Por qué? Porque esos obstáculos son tropas irregulares, y nuestra estrategia de Academia juzga denigrante presen-

tarles batalla. Pero ese combate es necesario, lo exigen así las circunstancias y hay que salir en busca del enemigo, buscarle en su madriguera y retarle sin contemplaciones. La victoria, como el genio, es un caso de la paciencia en este género de batallas entre la inteligencia convencida y un pueblo que no quiere convencerse, ó lo que es peor, que no cree necesario á su régimen espiritual el convencimiento. Un hombre inteligente opone cifras á los guarismos, ideas á los racionios, lucha con nobleza y por hallar la solución del problema. Á nosotros nos espanta el modo de combatir de estos bandidos del sentimentalismo; tememos la caricatura, la burla y la calumnia y nos negamos á combatir con armas tan desiguales. Y no hay otro remedio, ó España seguirá siendo un pueblo impulsivo, histérico y brutal. Habéis de contestar de este modo la siguiente pregunta: «Si expongo á mi raza lo que juzgo la causa de su mal y en vez de fijarse en esa causa repara en mí y me befa y calumnia y enloda, ¿qué es lo que debo hacer?...» Pues seguir exponiendo á esa raza la causa de su mal; perdonar las injurias; sacar de las calumnias la única filosofía que tienen, la fortaleza del espíritu propio. Quien no sea capaz de estas llamadas cobardías debe restarse del combate, porque estorba.

He aquí cómo lucha el hombre que explota las circunstancias. No contesta jamás un argumento, os hurga en el amor propio. No pulveriza un racio-

cinio, os hace cosquillas en la dignidad. Si preconizáis el arbitraje de la inteligencia, os llama cobardes é inventa y difunde que habéis huido, llorado y caído de rodillas. Si, por el contrario, cuando lo exige el asunto, vais á buscar el león á su cubil, prorrumpe en exclamaciones de asombro; demuestra que habéis perdido el juicio, si es que antes lo teníais, y describe que no es el valor quien os condujo allí, sino el deseo de distinguiros. Como esto, á veces, no es suficiente, amparado por el heroísmo de la paciencia vuestra, pinta caricaturas morales; os dibuja como un ser risible, fatuo y logrero; y os calumnia sin que la pluma ó la lengua vacilen; y como los histéricos, hasta llega á creer que es verdad lo que inventa.

He ahí ahora cómo lucha el hombre que se impone á las circunstancias: estudia y expone con energía. Concentra su pasión en una idea y peregrina predicando. Funda cuando puede núcleos esterilizadores del mal. Es valiente en la exposición del daño y humildísimo en su vida exterior. Mientras es sólo en su éxodo, necesita de una enorme fuerza moral: esta fuerza tiene el ideal en un extremo y en el otro la dignidad. Si una multitud se arroja sobre él, lo arrastra y lo ridiculiza, su dignidad se engrandece, y el ideal nada sufre. Poco á poco avanzará, y nada importa que se avance despacio y mucho importa que no sea de prisa.

Si este hombre se adiestrara en el uso de la espada, la pistola y el boxeo, y se impusiera á los

calumniadores por el terror y á los impulsivos por la destreza, la causa que defendiera estaba perdida. La inteligencia que necesita de los brazos, en ninguna ocasión necesita de una espada. Y es con aquella y no con esta arma la manera de vencer del entendimiento.

Nuestro pueblo dice que no. Es el pueblo del sol y sombra, de los términos medios. El hombre que se come los higados de otro hombre no es un antropófago, sino un hombre. Demostráis una idea á un hombrecito de éstos; el *amigo* os insulta; si no le rompéis el alma es que no sois hombre. En el fondo del alma de ese pueblo, se arrastra como un reptil la idea medioeval de los juicios de Dios. Si matáis á un hombre en duelo, es que Dios se pone de vuestra parte, y por lo tanto, que tenéis razón; si os matan, nada se pierde si no es un impostor. Los que viven de los vicios del pueblo, se encargan de idealizarlos cultivando esa idea y azuzando sus instintos pendencieros. Dicen: ¿no habéis comprendido que ese hombre que execra vuestros vicios y pasiones os injuria? ¿Y no le habéis quemado vivo...? El sol y sombra es la región de las ideas españolas. Ni hemos alcanzado el sol de la civilización ni dormitamos en la sombra de una anulación completa; vivimos en el término medio: en el sol y sombra. Claroobscurio fatal es ese en que nos movemos hace tiempo. Iluminados por un liviano resplandor, nos destacamos alguna cosa; pero estamos anegados en manchas de sombra. Hay locali-

dades en las plazas de toros que tienen ese nombre. Hace en ellas sol, pero la sombra avanza pronto y las envuelve. Nuestro sol y sombra moral es un tono semejante, mas en él coexisten lívidas la cruz y las tinieblas. Por eso causa miedo adentrarse en ellas. Una luz misteriosa ilumina esas sombras, y parece darles vida. Arredra un poco observar en esas tinieblas un rayo de luz de procedencia extraña. Como en nuestro carácter, como en nuestro yo, ese fatal desdoblamiento existe y coexiste. No proyectamos nuestro yo, no irradiamos energía; el yo y el no ser, la energía y la debilidad se reparten por igual nuestro espíritu de raza. Y si la luz se mueve, la sombra la injuria.

III

¿Poseemos nosotros un criterio de belleza? En las diversiones populares, en las Exposiciones bienales, en nuestro comportamiento y educación física se ve que no poseemos criterio fijo de belleza. Tal vez la sentimos cuando la vemos; pero lo corriente es que no manifestamos deseo alguno de ser bellos ó de rodearnos de cosas bellas. Y parece ser que debemos este apartamiento ó sequedad de

ánimo á nuestro modo de vivir, excesivamente cotidiano y miserable; á nuestras guerras incesantes; á nuestro malestar cívico continuo; á nuestra crueldad de gatos que nos lleva á aflarnos las uñas en los muebles cuando no tenemos en qué emplearlas. En ninguna parte del mundo se ven tantas estatuas descabezadas ó rotas como en nuestros jardines. En pocos sitios se nota la indiferencia artística que hay entre nosotros. Sucede como si no tuviéramos idea de lo que la belleza es y produce. Ocurre que no la echamos de menos y difícilmente gastamos dinero en cosas bellas. Los instintos brutales, las matanzas, nuestra nativa idiosincrasia, nos llevaron á menospreciar la estética, y nosotros, que hemos pasado cuatro siglos enamorados de todas las ideas abstractas y escrito centenares de volúmenes místicos, no reparamos jamás en escribir de estética ni en imponer al Estado una labor popular en este sentido.

Organizados como todas las razas latinas para producir belleza, sentirla y rodearse de ella, hemos llegado al estado presente de inanición y vergüenza. Nuestros cuerpos no obedecen á canon alguno de fortaleza y hermosura; en la fisonomía no hay esa unidad armónica de raza que promete perfecciones y ejemplares admirables; en nuestras casas no reina gusto artístico; nuestras calles y jardines no son adornados ni cuando se embellecen los respetamos. Y es, indudablemente, que creemos en la inutilidad de la belleza, por concebirla como una

cosa demasiado frágil para que sea práctica, como un accidente caro para su conservación. Los artistas anglosajones nos revelan en centenares de cuadros su dulcísimo sentir de la vida; evocan los tiempos griegos y nos pintan ó esculpen escenas de una adorable fantasía. Columnas, templos, lagos, estatuas, mármoles, dibujados y coloreados con la fiebre de la belleza eterna y serena de Grecia. Los ojos, el alma, reposan en esos cuadros encantadores y nos dan idea deliciosa de la existencia, salud y vida. ¡Qué resplandor, qué gracia, qué gentileza, qué ambiente el de *Una lectura de Homero!* Alma Tadema responde en su célebre tabla á un deseo general, á un ansia infinita de belleza que hay en Europa y de la que son indicio sus deportes, y una prueba los Estadios del Norte y de la Bohemia. Nosotros los españoles amamos la grasa, el vientre, la masa; la línea tiene grandes misterios para nosotros.

No fomentamos la hermosura porque nadie nos explica los secretos fisiológicos de la armonía y la proporción; porque nadie quiere relatarnos el parentesco substancial, estrechísimo, que la línea bella tiene con el alma amable. Somos feos y nos place. Hemos hecho grandes alabanzas de la fealdad como precisa condición de la masculinidad. «El hombre y el oso cuanto más feos más hermosos», decimos y nos quedamos tan frescos. ¡Y todo el secreto de nuestra degeneración é incompetencia radica en este mal gusto, en este deplorable con-

cepto de la idea cuerpo!... Dice Schopenhauer en su librito *El amor, las mujeres y la muerte*: «Si se tiene en cuenta la inmutabilidad absoluta de la inteligencia y del carácter de cada hombre, es preciso convenir que para ennoblecer la especie humana, no se debiera buscar nada exterior; se obtendría este resultado, no por la educación y la instrucción, sino por las vías de la generación.» Platón trata muy bien de ello en su libro quinto de la *República*; pero sin acudir á él en busca de argumentos y reduciéndonos al pueblo español, causa pena comprender que nuestra raza se pierde, no se selecciona, camina de fenómeno en fenómeno sin que las ideas extranjeras que andan sueltas por la Península siembren ideales gimnásticos ó estéticos en nosotros. ¿Cuándo daríamos en España el espectáculo prodigioso que dieron hace meses en Letna, de Bohemia, once mil tcheques y otros cien mil espectadores en aquel hermoso estadio?

Sin baños públicos baratos ó gratuitos, sin termas de espléndida traza, sin divulgaciones de lo que es la belleza y lo que crea, esta raza ó estas razas nuestras lo fian todo al engallamiento, á la prestación flamenca, ó sea el arte de fingir que se posee cuerpo humano. Bracear, mover las caderas, *dar tripita*, caminar con ese aire que llamamos *templado*, eso es el punto culminante de nuestros conocimientos. Además, creemos que la fuerza consiste en la monstruosidad, y por ello hay que evitar no caiga el país este—que cae siempre en

los extremos—en la adoración á los atletas, vicio del que hay que huir como de la peste. El atletismo estuvo un tiempo en boga; mas, afortunadamente, hoy se considera como un mal. La belleza es la armonía, y la armonía es germen de la vida, de la salud, de la gracia y de la destreza. Los verdaderos hombres de Estado por todos los medios buscan la manera de aislar los contagios creando centros de producción de belleza. Porque la belleza se produce en la especie humana como en los animales, y ya hay creadas sociedades poderosas con esa misión redentora y de suprema beneficencia.

¿Cuándo trabajaremos los españoles por el mejoramiento de nuestras razas, por la belleza física, más que trasunto del alma, molde del alma misma? Cuando las ranas críen pelo. Cuando el flamenquismo desaparezca entre espumarajos de odio. Se nos ha metido en la cabeza—á nosotros las ideas se nos meten á trompazos, no entran en la cabeza—que la belleza es oropel, lentejuela, hilillo de oro, pasamanería, colorines, pasodobles y torerismo, y cualquiera nos convence de lo contrario. Nuestro héroe no puede andar desnudo, ni vaciarse en bronce sin causar risa, y sin embargo, nos negamos á toda idea bella que no salga de esos burdeles llamados plazas de toros. ¡Qué diferencia esos ingleses, alemanes y suecos con sus cuadros griegos de una finísima rememoración, de una invitación sutil á la copia, con sus juegos olímpicos de una admirable labor social!... ¡Y cuántas veces

me he detenido yo á contemplar la estatua de Novás el *Torero herido*, buscando si aquel cuerpo respondía á un ideal nuevo de la fuerza y la belleza, para propagarle y aconsejarle!... Pero no lo encontré; hallé en cambio que sin libros de estética, sin propagandas de la selección y educación físicas, sin concepto ni amor de la belleza pura y sus bienes, hemos caído en la adoración brutal al hombre que burla, que engaña, que se evade, que huye, que corre... En fin, vale la pena estudiar el asunto, si os da la gana, y ved si la belleza puede traer esperanzas de resurrección á la raza de los inválidos.

IV

Se nos dice: «Dejaos de sermones y sed activos.» Los que leen artículos y libros comentan así: «¿Por qué éstos, que tan rectamente piensan ó tan correctamente escriben, no ejecutan?» Y se nos habla de los llamados «profesores de energía». No está mal el consejo; pero necesario es advertir que, una vez vencidas las dificultades para trocar en apostolado la sana doctrina, los oyentes aplauden y admiran, sin que el resultado corresponda á tanta atención y á admiración tan vehemente y sincera. Benavente dice: «¡Ah, si la mitad, por lo menos, de los que nos admiran nos leyeran!» La energía

mental, la verdadera energía científica, necesita de la audacia; esto es cierto. También lo es que esa audacia para convertirse en obras necesita de la cooperación de los convencidos. Pensando yo en estas cosas, investigando yo las razones que habría en la vida práctica para que tan difícilmente se convirtieran las ideas en actos de voluntad, encontré que el secreto de la morosidad de los demás no está en ellos, sino en la falta de fe del que predica. La energía del espíritu es de más lenta y dificultosa transmisión que la actividad de las otras fuerzas naturales precisamente porque las almas tienen un elevadísimo coeficiente de resistencia.

Quien achaca ó imputa á los espíritus terquedad, vacilación ú oposición, debe ante todo examinar si sus doctrinas son substancialmente fuertes, mejor dicho, si se mortificaron ó adiestraron en la lucha interior. Cuando estudiamos la historia de las religiones, verdadera maestra de la vida espiritual activa, nos asombra cómo aquellos viejos eremitas venían de sus cavernas á las ciudades del vicio y del escándalo y las convertían en masa ó bien arrastraban á la penitencia más horrorosa cortesanas y emperatrices. Los católicos atribuyen estos éxitos formidables á la protección divina; pero en realidad fueron admirables y sencillos prodigios de la voluntad, de la convicción. Poco, muy poco adelanta la psicología para explicarnos en qué fenómenos interiores encontraríamos el origen de la fe; pero nadie ignora la virtualidad, la efica-

cia de creer ciegamente, pasionalmente en lo que decimos á los demás ya en nuestro nombre, ya en el nombre de la ciencia. Asimismo hallaríamos en la historia de las teorías científicas cómo la aparición primera de un descubrimiento ó hallazgo fué un movimiento de fe, una especie de intuición conmovedora. Y aun después de formulada la teoría ó el sistema, aquellos grandes sabios han necesitado para imponerla á las academias científicas ó compañeros acudir de nuevo á las fuentes de su descubrimiento, á ese caudal inagotable de fe suficiente que ilumina las palabras, los guarismos, los mismos hechos con luz sobrenatural. Si esto es misticismo, que sea, ¿y qué importa? Sucede á esa palabra lo que á tantas otras: que sirven de unguento amarillo para explicarnos lo que no entendemos. El caso es que sin la fe nadie puede aspirar á hacer revoluciones morales en las multitudes, y mucho menos en los individuos, entendiendo por fe algo más elevado que la definición teológica de esa manifestación mental.

Creer lo que no se ve es rasgo indiferente, no acusa casi siempre otra cosa que pereza cerebral ó histeria. Pero creer en lo que se ve es un magnífico medio de apostolado y de propia perfección. No hay tal redundancia. Creer en lo que reflexionamos, creer en las razones con que demostramos un hallazgo ó una idea, creer firmemente en lo que la soledad y la investigación nos dan como cierto baña nuestros asertos y raciocinios de un esplendor

de sacrificio que es más fuerte, más profundo, más vasto que la serenidad y pureza de la verdad en sí. Si conmover por conmover puede dar el resultado de las lágrimas, conmover con la verdad por recurso da siempre el resultado de enderezar al objeto la voluntad. Es por faltarnos esa cualidad inapreciable por lo que fracasamos los escritores españoles ó predicadores laicos. Frecuentemente en mis peregrinaciones encuentro jóvenes de poderoso entendimiento, superiores á mí por todos conceptos, que vienen á mí á dolerse de la gente que los rodea, y hablan así:

«Es imposible convencer en España á nadie. Después de una conferencia os estrechan las manos hasta fracturaros los carpos, pero después olvidan. ¿Cómo invitar á la acción á personas que lloran de emoción, que os demuestran su convicción con transportes de entusiasmo y luego se enfrían y dan pruebas vergonzosas de la más brutal y cobarde haraganería?» Y yo les contesto sin autoridad, mas con franqueza: «No en ellos, sino en vosotros debéis buscar el mal.» No es suficiente el enorme trabajo que supone el convencerse á sí mismos de una gran idea ni la labor sombría y rudísima de imponerla á inteligencias hermanas; es preciso que sintamos y expresemos de tal modo nuestra convicción y fortaleza de ánimo, que les demos lo que no tienen, lo que son incapaces de tener: la convicción de que sirven. Y cuando no me entienden les explico, sin citarles á Spencer ni á Émerson, que lo

que retrotrae á las almas de toda acción inmediata, es el miedo de no ser ellas las llamadas á realizarla. Así tenemos con qué facilidad después de una velada para un acto caritativo la gente afloja su bolsa de cantidades que «en frío» no darían tan fácilmente.

Los que buscan en los sótanos de la Etica el secreto de estas cuestiones se parecen á los bisoños en el arte inútil de los acertijos y demás necios pasatiempos, los cuales, necesitando despejar el enigma propuesto con espantable obscuridad, más se fijan en ésta que en la solución, tardando por lo mismo tiempo duplicado en hallarla, si la hallan. Los misterios del magnetismo é hipnotismo nos van revelando con qué encantadora y sugestiva sencillez se apoderan las almas unas de otras, prueba irrefutable de la identidad de su origen y simultaneidad de procedimientos. Quien no convence es que no está convencido; quien no logra imponer la verdad es que no se preocupa mucho de imponerla; quien ceja desesperado y se hace pesimista es que merece su derrota y no posee ni voluntad ni el espíritu de la doctrina que proclama.

Ahora bien; todo lo dicho y mucho más se puede expresar con palabras y conceptos buscados en los sótanos de la Etica, lo que da por resultado lo peor que puede suceder á quien predica: que se fijan más en él que en lo que dice. El que así procede está perdido, su doctrina perece con él y las horas de los pesimistas se aumentan en uno más.

V

¿Quién sabe si dedicados algún tiempo á la meditación psicológica, descubriríamos, ¡oh grata sorpresa! que la vida exterior que hoy arrastra nuestro país no tiene nada que ver con su vida íntima, inexplorada?

GANIVET.—*El porvenir de España.*

Cuando un español recibe una herida moral, una desilusión, una de esas convulsiones que él en su *caló* sentimental llama *chascos*, acude prontamente á su remedio. No se enmienda, ni mucho menos deduce consecuencias ó medita en las causas, sino que, acordándose de los benditos libros de caballería, se cura él solito por arte de magia. Es cierto, indudablemente, que si un descomunal gigante es partido por la mitad de un cintarazo ó revés de mandoble, es cierto, repito, que untando las dos mitades con el bálsamo de Fierabrás se unen tan perfectamente, que ni el microscopio ve las juntas. Los españoles sabemos esto muy bien, y he ahí la causa por la que nada nos importan los fracasos y las derrotas. Estamos curados de ante-

mano. Y así como nos ponemos un escapulario sobre el corazón para preservarle de los golpes que nosotros mismos buscamos, así también creemos en la eficacia de ese famoso bálsamo aun después de las no menos célebres vomitonas de Sancho. Este bálsamo se compone de un determinado jugo de adormideras y un principio de razón suficiente que hace las veces de precipitado. Por si no entendéis tan extraña mixtura, figuraos, si os da la gana, cierta árnica moral y cuchufletas en polvo, y ahí tendréis el menjurje. Si aun así no lo comprendéis ó no queréis entenderlo, imaginaos que pueden aplicarse al alma herida ó espíritu fracasado las burlas, las sandeces, la ironía repulsiva, la risa cómica, y ahí tendréis cómo enmendamos nuestros yerros. Cuando un torero—estos señores son la medida de todo y el término de comparación obligado en España—es volteado por el toro, se levanta del santo suelo encorajinado, se muerde los labios, babea y se *come* al pobre animal, echando los hígados ó cosa por el estilo, aunque tal alarde de temeridad irreflexible no sea en puridad sino un nuevo reto al fracaso y á la vergüenza. Cuando un español fracasa, ni siquiera *se mira la taleguilla*. Al contrario, es encantador y confortante ver cómo el *angelito* llora de rabia y arrea una en las propias péndolas que hay para comérselo vivo ó en su propia salsa. Si de la herida mana sangre, aquí del bálsamo. Se aplica sobre ella un emplasto de risa. Bromeamos sobre la herida. Cicatrizamos

nuestros males echándonos en cara nuestro error como si el daño no viniera de exceso de ignorancia é infantilismo primitivo y grosero. Si un niño da por castigo una patada á una piedra que le hiere al caerse, el caso nos conmueve. Pero que un español de tomo y lomo, barbudo y viril, haga lo propio con las circunstancias, nos entristece. Las filosofías de nuestros desastres son curiosas. Consisten en patear, jalear, prorrumpir en exclamaciones histéricas. Llevamos nuestros males al bordón de la guitarra y con una facilidad deliciosa, un si no es salvaje, convertimos una paliza en un acompañamiento de *soleares*. Nuestra tan decantada sobriedad, madre de todas las infaustas leyendas de la raza, nos proporciona ese bálsamo. Podríamos enmendar la oda al justo de Horacio, colocando en su lugar á un español: estad seguros de que la ruina del mundo lo cogería cantando, sin sobresalto ni *canguelos*.

Reflexionar acerca de un fenómeno, extraer del hecho enseñanzas positivas que aminoren los daños si no pudieron precaverse, toda esa magnífica labor cerebral de las personas sanas, eso no reza con nosotros, con nuestra sobriedad. ¡No faltaba más que entregarse á la desolación y al espanto!... Las tormentas se desarman con la risa y la ayuda de Dios. Habéis de saber que «Dios» entra por lo menos en dos terceras partes de ese bálsamo. El español confía en Dios por instinto y pereza. Dios es, según su imaginación, un buen señor que no tiene

otra cosa en que ocuparse que en ayudar á los españoles. Hasta el punto de que, si así fuera, si Dios atendiera á los españoles ó los hubiera atendido en el curso de su historia, no le habría quedado tiempo de ocuparse de la creación ó de los demás mortales. Sin embargo, la verdad de lo sucedido es semejante al cuento del célebre diálogo de Luciano, en que Júpiter oye las oraciones de los hombres por la criba. Dios entra en el emplasto ó bálsamo. Y eso satisface á los españoles, tan enamorados de la Providencia. Recién salidos de un fracaso merecido por la ignorancia ó la mala intención con que le provocamos, sacamos de las alforjas el consabido bálsamo, nos untamos con él y como *mano de santo*.

Este sombrío trabajo nos está consumiendo hace tiempo, hace siglos, sin que nadie llame la atención sobre él, sin que nadie lo excre ó lo escarnezca. Ha caído en gracia la sobriedad española, esa facilidad de recibir palos y puñaladas sin *morir del todo*, esa anchura de espaldas típicamente nuestra. Seguros de sanar, lo mismo nos da el fracaso que el éxito. No vemos en ese monstruoso juego el fantasma de la inacción, de la incompetencia. Acostumbrados á obrar al azar, á improvisarlo todo, no queremos darnos cuenta de nuestra abyección moral. ¿Que nos parten por medio? pues nos unimos y en paz. ¿Que durante ese tiempo no se avanza, no se progresa? pues da lo mismo: el caso es tener la seguridad de que poseemos el bálsamo que todo lo cura: la inconsciencia, la risa, la burla, el canto

hondo, la desaprensión y los desatinos. Unicamente que á veces el dolor es tan grande, que después de curadas y unidas las dos mitades en que nos partieron, damos berridos espantosos y esto delata nuestra indiscutible y demostrada cobardía y debilidad.

VI

Lo que más entristece cuando se estudia á nuestro pueblo es considerar la admirable primera materia de pueblo que en él hay. Sus cualidades de carácter son excepcionales; el misterio de su supervivencia después de las catástrofes incesantes, un verdadero asombro. Quien lo estudia lo ama; se puede odiar á un alemán, dudar de un francés, irritarse contra los tiesos hijos de la Inglaterra; al español hay que amarlo, *hay que quererlo*, como dicen los flamencos. Hasta en sus vicios más encanallados y universales, cuando ese pueblo parece enterrarse él mismo bajo su propia grosería y descomposición, entonces veis brillar algo que os llama la atención, un rasgo único, un diseño de temperamento como ningún pueblo de la tierra lo tiene. Por eso cuando le sorprendéis, cuando descubris entre tanta impureza y tanto escombros ese rayo de luz, entenebrece el alma en vez de iluminarla con

resplandores de optimismo. ¿Por qué?... Yo ignoro por qué, yo sólo acuso el hecho. ¡Sueña uno con cierta España tan grande fundada en esas buenas cualidades, que al verlas tan abajo, tan en el fondo, sin que interesen á nadie, la compasión y la congoja dominan al observador!

Un hombre de Estado genialísimo habría de examinar minuciosamente provincia por provincia nuestra raza; y así como se han unificado religiosa, política y hasta etnológicamente las naciones, así ese hombre de Estado unificaría el carácter ibérico en una sola voluntad y en un solo esfuerzo. Eso es posible y eso hace falta. Las naciones no tienen destinos providenciales que cumplir; si no progresan con elementos propios, se consumen en su propia esterilidad, y aun cuando importen del extranjero la riqueza, las leyes económicas son fatales, y á mercado invadido, mercancía señora. Las naciones, pues, amenazadas de ruina inminente, no tienen otro recurso que estudiarse, sorprender las buenas cualidades fundamentales que posean, desarrollarlas con rapidez y sobre seguro é imponerlas. Se puede tomar al extranjero todo menos el carácter, el temperamento.

Por otra parte, el extranjero, que sabe bien el valor de esa originalidad, lo defiende bien y no vende de él sino los productos, guardando bajo siete llaves la fórmula. Los que creyeron necesario para la moralización de la Humanidad demostrar que nada hay más fatal que la idea de Patria, equi-

vocaron el concepto con el de frontera, se imaginaron que los montes de las divisorias fueron colocados por los países y confundieron el espíritu de la cuenca de un río con la Aduana y al indígena con el carabinero.

Si cada organismo dentro de la ley universal de unidad de constitución es independiente, diverso, autónomo y vario; si cada individuo, espiritualmente dentro de una ley general de armonía psíquica es un hombre, es él y nada más que él, la casa que habite ha de parecérselo, la familia ha de inspirarse en él, ha de imprimir á las cosas con sus actos algo de su imagen, algo de su semejanza. Antes se estudiaba á la muchedumbre; ahora se estudia al hombre; antes los oradores deducían de la Historia Universal una ley, hoy se busca esa ley en el ambiente; antes se decía todos; ahora se dice uno. Conforme el cerebro humano va ampliando su ciencia positiva, comprende que es necesario particularizar. Es preciso amar á la Humanidad en el hombre. Los que gritaban y predicaron un amor al universo, un comunismo naturalista, una igualdad absoluta, no habían soñado un siglo como el nuestro en que las cuestiones se han ramificado y dificultado de tal manera, que la vida de un solo hombre ni para él mismo se basta. El hombre puede soñar lo que quiera, es libre, muy libre de hacerlo; pero al realizar un ensueño cualquiera, por minúsculo que sea, vemos con estupor cómo se defienden las cosas y las personas. El obstáculo no es nube;

el problema no es un poema; la utopía es santa, mas la santidad ha de humanizarse, encogerse todo lo más posible, ver la manera de cultivar un pedazo solamente.

El triunfo es del que se cifie, del que concreta, del que especifica. Todo el fracaso de los hombres de Estado españoles consistió en querer dar á su patria una expansión colonial, un poder exterior. Los reyes de España eran reyes de España y sus Indias, y eso llenaba de gozo á los embajadores nuestros en las grandes potencias europeas. Entretanto el solar patrio, sin colonizar, quedaba erial, horrible, pelado y sin habitantes. El concepto de raza es cierto políticamente y debemos los jóvenes estudiar en él mucho, desentrañar de él los rasgos maestros, purificarlos y tremolarlos como bandera de salvación. Si hacemos una España hermosa, perfecta en lo posible, rica, sobria, una Suiza, unos Estados confederados sin otras pretensiones que el suelo y sus riquezas, ¿no os parece que hemos contribuido al perfeccionamiento de la Humanidad más que negándonos como raza para ser humanos?... Pero esa raza hoy es un falansterio. Sepultada por siglos de fracasos, de palizas, de sangre y de fuego, esa estirpe grandiosa ha escondido sus tesoros de carácter en abismos. A veces chispean, á veces un terremoto de la conciencia popular ó el genio de un hombre los hace entrever; pero nada más. Parece que nadie quiere acordarse de ello ó los que se acuerdan se engañan con el espejismo y

se creen en posesión de esos tesoros y nos dicen que en realidad no somos tan desgraciados. Lo somos por partida doble. Por serlo y porque pudiéramos dejar de serlo.

Esa posibilidad es la que entristece y la que dificulta una profunda labor de regeneración. Es más fácil despertar de su letargo de siglos á un país como la China que desenterrar el genio de la raza española y decir por España que la hora es llegada. Las revoluciones se pueden negar, pero existen. Religiosas ó no religiosas, provocadas por los muchedumbres ó por los videntes, esas revoluciones son. Y en ellas es cuando se afirma el genio de una raza. Todas tienen por objeto la economía, todas tienen por origen un desnivel económico, y la necesidad del dinero, que es el trabajo acumulado, y en esa señal vemos sin grandes razonamientos que cambiando valores, violentando prerrogativas, deshaciendo ideas de imperialismo, pulverizando pruritos de hegemonías y predomios, es cuando la raza se estudia y se ve como raza. Necesitamos que España se vea, se observe á sí misma hasta con crueldad para que pueda definirse como nación y como carácter. Luego la labor de llevarla á la felicidad es un hermoso trabajo manual. Consiste en regar cuidadosamente las flores del temperamento, que ellas dan por fruto el genio en todas las ramas del espíritu y la fuerza y la belleza en las líneas del cuerpo. Vale la pena meditar en ello y ver si entre las coles cabe esa lechuga.

VII

Ni los individuos ni las naciones deben detenerse jamás en una obra emprendida. Cuando esa obra es justa ó entraña un progreso evidente, los fracasos y los obstáculos son el más preciado galardón. El que acomete una empresa espiritual no sólo ha de aportar á la empresa espíritu: ha de poder resistir sin violentarse las sacudidas de la realidad. La carrera que el entendimiento sigue en busca de la verdad, es semejante. ¡Pobre entendimiento si cesara en su odioso trabajo de crítica, cotejo, análisis y disección!... En una palabra: necesario es que el espíritu posea el ánimo franciscano y no se deje arrebatar por la turbación ó el escándalo. Cuando se afirman estas cosas los hombres de letras y de la política exclaman: «No irá tal hombre muy lejos.» Ese hombre no irá muy lejos, pero irá adonde se propuso ir y no á otra parte, que es precisamente su ideal. En vano le hará la realidad esos guiños que los sabios de romancero llaman «advertencias». No obtendrá de él la realidad otra cosa que estudio y energía. Esta clase de hombres suelen escasear. El día en que aparece uno de ellos hay gran algazara entre los sapos de

la charca. Injurian, calumnian, se dicen al oído historias lamentables, murmuran. Si esto no es suficiente, llegan á la agresión y se ríen. El «adivina quién te dió» de los sicarios que abofeteaban á Jesús de Galilea, perdura á través de los siglos. ¡Ah, este hombrecillo se dice rey de las Indias!... pues á befarle y bailar en ronda. Para interrumpir una labor ó impedir la no basta la agresión si no va acompañada de una como tergiversación de la labor misma. Nada más fácil que exclamar: «Lo que ese hombre busca ya lo sabemos; lo hemos descubierto.» Y veis cómo cuchichean y conspiran y se mienten ellos una orientación. Hay que justificar las oposiciones violentas y disfrazar de urgente el escarnio.

He dicho que el espíritu necesita el hábito franciscano. Suponed que un hombre de buena voluntad y de pensamiento firme encuentra en el camino de su empresa intelectual el insulto, la agresión y la gama toda del odio. Suponed, además, que ese hombre comprende con amargura que su dignidad y hasta su ideal padecen, y se retira y se niega á continuar. En esa retirada no hay cobardía, hay una alta idea de lo que es un hombre. Pero el espíritu franciscano dejará intacta á un lado esta sagrada idea de la virilidad ofendida que sale por sus fueros y seguirá adelante cada vez más bueno, más enérgico cada vez dentro de su bondad y sin que le sea dado salirse de ella. Sobre el concepto de masculinidad está el ideal que se persigue, la

santidad laica de ese ideal, el bien que ha de traer á nuestros hermanos.

Parece mentira que hoy que sabemos tanto, que se han descartado por ridículos los milagros, no estudiemos profundamente la vida de los misioneros de todos los siglos y apliquemos á nuestra conducta moral la suya verdaderamente sublime; esa energía que les lleva á lugares remotos y les abre paso entre salvajes y entre fieras, entre bestias. Porque, descartando el uso que las comunidades religiosas hagan después de esas asombrosas conquistas, ¿á qué joven estudiante de sociología no le admiran? La fe en la doctrina practicada, la caridad infinita, el sacrificio constante, un criterio sano y siempre adelante.

Es muy triste oír y leer constantemente en nuestra prensa española que son contados los hombres de audacia moral, que todos cejan, que todos se adaptan al medio. ¿Y la causa? No es la preparación cultural cuyo término medio es hoy aceptable; no es el desfallecimiento de las primeras derrotas, puesto que poseemos ejemplares dignos de veneración. La causa consiste en que nos erguimos, en que protestamos, en que gritamos á los demás que somos tan hombres como ellos. En efecto, así es, porque la verdadera valentía es la resistencia pasiva, la paciencia tenaz, mas el gesto gallardo los inutiliza y transforman el ideal de caridad y la bondad de la doctrina en un plan de combate. Las revoluciones morales han tenido

siempre un carácter franciscano y no pueden tener otro. El ejemplo de la Porciúncula convertida en la basílica de Asís es el más admirable ejemplo que se pueda oponer á aquellos hombres que se retrotraen, que cejan, por no quedar en mal concepto. ¿Y qué importa? ¡Como si la propia personalidad no desapareciera en el ideal y se consubstanciara en él!...

Y mientras no pongamos atención en esto, separándonos un poco de los maldecidos caminos trillados, de la propaganda entre convencidos y de la relajación de alma ante el escarnio, no llevaremos á cabo la profunda labor que necesita España. Por todos los ámbitos de Europa se oyen hoy palabras franciscanas. Los grandes filósofos, los pensadores, los dramaturgos, claman por la necesidad de instaurar el franciscanismo. Y así como éste en su forma comunal de las Cinco Ordenes salvó á la Edad Media, creen esos sabios que nos salvaría hoy en su pura y substancial idea de caridad, de hermandad. Vale la pena pensar en esto, ya que en tantas ideas fútiles pensamos, ya que á tantas ideas ofrendamos nuestro dinero y hasta nuestros brazos.

Yo estoy convencido de que nosotros, más que otra nación, necesitamos de la caridad como fórmula, como ideal y como plan de lucha. Y para ejercitarla, para seguir adelante sin miedo ni arrogancias, es necesario que el espíritu culto, cultísimo, se vista de humilde franciscano y predique y

pidan limosna y no se avergüence cuando sus hermanos se lo quieran comer crudo. Porque esa es la causa de su apostolado: el que no se devoren los unos á los otros en la lucha por la vida.

VIII

La primera condición del conocimiento es hallar algo fijo y seguro que no podemos afirmar como verdadero.

DESCARTES.—*Discurso del Método.*

La coacción y las represiones, no pudiendo ejercerse sobre el pensamiento, que es incoercible, recaen sólo sobre la manifestación...

SALMERÓN.

Á la justicia prender.

FRASE POPULAR.

España es el país de las siguientes maravillas: *el viceversa, tiene la palabra su señoría, me da la gana, apúntese si ete y última hora.* Si empeñamos el paraguas, llueve; si vendemos el gabán, enfermamos de los pulmones; si leemos un libro, éste ya no sirve de puro viejo. Nos enteramos tarde, lle-

gamos tarde, nos enmendamos demasiado tarde. Los sucesos nos encuentran siempre desprevenidos; entonces tomamos una resolución heroica. ¿La de afrontarlos con serenidad y con juicio? No señor; les damos un magnífico quiebro. Si la dificultad subsiste, la toreamos de capa; si esa dificultad nos rompe tres costillas, sonreímos el percance y «aquí no ha pasado nada». Somos el pueblo del *Amén*, del *Ora pro nobis* y del himno de Riego.

Hace unos años, no muchos, nos creíamos el primer pueblo de Europa: nosotros habíamos tenido los mejores reyes, los más grandes generales, los sabios más profundos, literatos altísimos é incomparables leyes. Pero vino el *tío Paco con la rebaja*, y el resultado fué quedarnos en calzoncillos, avergonzados y confusos, convictos y confesos de que en realidad éramos el único pueblo del mundo en cometer barbaridades y en enderezarlas con desatinos. Durante el siglo XIX, de siniestra memoria, hemos cometido tantas torpezas, tan descabelladas equivocaciones, que nadie podría imaginar restaban todavía algunas más. Por centenares se cuentan en los doce años que llevamos de siglo, sin que en el horizonte aparezca señal de enmienda. Cuando una catástrofe pone en evidencia nuestra debilidad, lloramos como los niños. Cuando un hecho vergonzoso revela nuestra sandez, nos desvivimos por encubrirle. Es el pueblo de «aquí no ha pasado nada», «más eres tú» y «á ti qué te importa». Todos los extranjereros que nos han estudiado,

imposibilitados de tomarnos en serio, se ríen de nuestra comadrería. Este pueblo que se come los toros crudos es incapaz de exigir responsabilidades. Muchos periodistas se admiran de ello. Cuando nuestro país se entera de una villanía judicial ó administrativa, guiña picarescamente los ojos y murmura: «¡Qué pillo!» Ser *pillo* no es ser un criminal, ni un burlador de leyes, ni un reo cívico; es ser un «barbián», un «prójimo de cuenta», uno de esos seres afortunados que llaman «á Dios de tú» y nunca tienen el santo de espaldas. Ser pillo es ser un hombre.

Un siglo de política infame ha hecho punto menos que imposible vivir honradamente en España, y como es preciso vivir y medrar, los *pillos* triunfan. España es el país de los *pillos* y de los *neutros*. Para ser *neutro* basta poseer dos dedos de pancismo. Para ser *pillo* se necesita arriesgarse un poco. La audacia en el mal: he aquí el problema. La audacia en el bien es la justicia. El *neutro* la evita diciendo: «Yo no sé nada.» El *pillo* la compra. Cuando se compra una cosa es indudable que *la cosa* se vende. Ese es el mérito de los *granujas* de la política; saber que pueden comprar las ideas. Con frecuencia en nuestro miserable burdel político oís este repugnante comentario: «¡Bah! ese lo que quiere es una credencial...» Otro comentario: «¡Si le dais dos pesetas callará!» Poned en lugar de esas dos pesetas una probabilidad de traslado ó una amenaza de entredicho, y la justicia hará lo que

taimadamente se le pide. Nuestros políticos, verdaderas pandillas de *pillos*, tienen la justicia por el mango. Ella les legaliza cuanto hacen, y si no le quitan el comedero. Platón no hablaba de este modo; pero la indignación habla así. Yo he entrado en la Sala Audiencia con esposas en las manos y entre dos guardias civiles por escribir y hablar como habla y escribe Europa.

Un ministro ó exministro puede exigir lo que le parezca á un magistrado. ¿Sabéis por qué? Porque sí, y no reflexionéis y andaos con ojo, no sea que os prendan por injurias ó calumnias. Lo admirable es esto. Si pedís responsabilidades y os llamáis *nadie*, os procesan por injuria. Si sois un exministro, no hay cuidado. Calumniar á nuestros políticos es decirles la verdad cuando no se goza de impunidad. Maura ha dicho en el Congreso que la impunidad tiene cien formas. ¿Creéis que os preguntan por la denuncia? No; os preguntan vuestro nombre. Y tanto peor para vosotros si no sois nieto de Chindasvinto ó pariente de un cacique. Periódicamente se descubre un hecho bárbaro; los periódicos lo explanan y se indignan; se habla de ello en el Congreso. ¿Consecuencia? Ninguna. Se acabó el hedor tapando el vertedero. En España la peste es lo de menos; lo necesario es que no huelga mal. Cuando se descubre un gatuperio y la opinión chilla, se fusila la opinión, se la amordaza ó se la apacigua con toros. Es un mal viejo, cuyas raíces están en la ineducación y en la herencia. Nuestra

política es una especie de bajo landlordismo. Se nace en España político; estad fuera de duda. El hijo de un ministro no puede ser otra cosa que ministro, y los parientes, por la cuenta que les tiene, no se fiarán mucho de él. Quien hiciera la historia de la política contemporánea había de formar un árbol genealógico cuyo tronco muy bien pudiera ser el vientre de un pulpo. Los soñadores creemos en la Justicia como idea fundamental de la moral moderna. La igualdad ante la ley nos parece la base de una Sociedad bien organizada; pero no debe ser así cuando la misma magistratura permite á la política infiltraciones ó coacciones punibles. Los pensadores han escrito volúmenes enormes para demostrar la santidad y la eficacia de la Justicia siempre que no llame al verdugo para ejecutar una sentencia de muerte; pero los políticos llaman á los pensadores románticos, con lo que se evitan quebraderos de cabeza. Los republicanos debían ser en esto inexorables. Cuando alguien con valor cívico digno de todo encomio—ejemplo *El Imparcial*—denuncia una monstruosidad, cejar es no tener conciencia de lo que significa republicanismo; es no tener idea de lo que es la Justicia. En efecto, esto es lo que no hay, una idea pura, clara, concreta de la Justicia. Los que escriben de ella hacen de ella estúpidos panegíricos que no necesita, pues en sí lleva la Justicia demostrada su grandiosidad y soberanía. Lo que necesitamos en España es fijar la idea de Justicia para aislarla, para que

nadie pueda vencerla, comprarla ó tergiversarla, para que pueda ejercer sus augustas funciones sin que político alguno pueda guiñando los ojos hacer caer en su favor personal el platillo de la balanza.

IX

Decir la verdad es cosa fácil, aunque no lo parezca. Cuando esa verdad tiene caracteres ó proporciones lamentables, decirla puede ser un loable acto cívico. Lo que ya es heroicidad manifiesta y vocación de mártir es obligar á los demás á que no se detengan en la comprensión de la verdad valerosamente sustentada y admitida. Porque si os perdonan que la verdad fulgure en vuestros labios, en cambio os pedirán que no paséis de aquí. Si pasáis, os aislan; si insistís, recurren como arma al ridículo, la más villana y eficaz de las armas, porque hierde sin que la veáis en mano alguna. He ahí la razón por la que somos tantos los españoles que sabemos decirnos verdades sin pasar de ese primer esfuerzo de la voluntad. Tememos *hacer el ridículo*. En efecto, un español se *hace cargo* pronto de la situación y se bate en retirada cuando ve en los labios de los demás la famosa sonrisita que precede al *hule* ó la *pupa*.

Semejantes en eso como en tantas otras cosas á las mujeres, tenemos al ridículo un miedo cerval. Hacer el ridículo es querer encarnar las ideas en actos, es querer obligar á aquellos para quienes predicamos á realizar la doctrina expuesta, es tener fe en lo que se habla. La gente escucha mientras el fuego de la palabra santa enrojece las mejillas; pero no quiere comprender que ese fuego quede allí perenne. La gente no entiende cómo el corazón de un hombre puede arder constantemente en la hoguera de un deseo moral. Esa fase de la energía, la más cara, la más necesaria para un pueblo que, como el nuestro, tiene por característica su indecisión, es criticada acerbamente. Tenemos la idea peregrina de que las palabras, por sí solas, han de realizarlo todo, que no es preciso ayudarlas. Nuestro pueblo espera en todo mitin ó conferencia que el orador haga milagros, y así como ideó la doctrina ó la concertó armónicamente, así la lleve á efecto por gracia y obra de su genio. El frío ó la brisa de la calle espabila las almas y las trae á la realidad y pone en sus labios palabras de desilusión y desesperanza. Oís: «Eso no puede ser. Es imposible. Se estrellará». Es decir, que hablan siempre en singular, refiriéndose al orador, como si ellos que estuvieron presentes y aplaudieron á rabiarse no se hubieran hecho solidarios de la obra.

Esto es muy curioso porque indica hasta qué punto ha llegado en España la individualización. Todo lo singularizamos. Puesto que el orador ex-

puso un proyecto, que lo realice él solo, y «si no, no haberse metido». Meterse, en lenguaje popular, es abordar una cuestión sin otra riqueza ó potencia que la voluntad, lo cual cae dentro de la caricatura. Podéis *meter la pata hasta el corvejón* ó el cuezo. Los que saben de estas *coladuras* y tienen la bonita profesión de reirlas no os dicen el recurso ni os dan idea de salvación, sencillamente se burlan y os señalan con el dedo á la chunga de los demás. Dicen: «Ese que veis por ahí es un pobre hombre que quiere un imposible.» Y esto hace *de reir* tanto á las almas de Dios, que se *desternillan* de regocijo y os enjaretan frases alusivas retándoos con insultos. Ahora bien; si les decís que las tercianas se curan con guisado de rabo de gato y hocicos de murciélago, os alzarán una estatua. Como veis, esto no es un absurdo ni un imposible. En cambio lo es cualquier obra moral ó sociológica en la que haya que poner los cinco sentidos, los cinco dedos y las cinco pesetas. Un imposible es reformar las costumbres después de que os aplaudieron al impugnarlas por groseras y malas; pero no es «un imposible» ni mucho menos el que si tenéis un hijo chato sea narigudo untándole grasa de cebolla bendita y jugo de ratón blanco.

El orador ha de hablar y luego tomarse la molestia de realizar él solito lo que expuso, mas desvanecer los obstáculos que le opondrían los propios oyentes, bravas dificultades que consisten en daros la razón en cierta parte, quitárosla en otra y añaa-

diros la *chorrada* de su propio criterio, uno muy mono salido flamante en el teatro mismo. Es muy frecuente en España oír este comentario: «Ya cansa.» Con lo que se quiere manifestar el enojo de las buenas almas porque un hombre insiste en su obra y la quiere llevar á su fin. Precisamente los que se *cansan* son los que nada ponen, ni aun las orejas; son los eternamente descontentos, incapaces de otra cosa que de comerciar en la plaza pública, con cualquier clase de géneros, bien sea patatas, bien sea ideas. Pero son los más, son los que se agrupan en número mayor, y fatalmente hay que hacerles caso y hacerles frente. Muchas inteligencias nobilísimas se estrellan al acometer estas murallas de piedra berroqueña. Asqueados de una lucha tan desigual, se resignan á perder la ilusión del triunfo y abandonan el campo á estos zamacucos de intereses unidos y mezclados. Habría que preguntarles: ¿Por qué no alcanzará el éxito quien á toda costa quiere alcanzarle? Razones no os darán, no las tienen. Tienen risas, chistes, sandeces, desgraciadamente los dardos que más se temen. Ellos lo saben bien y se adiestran en el manejo de tales flechas, con las que tantos corazones han alejado del combate. Sin embargo, como el doctor Charcot en busca del Polo, hay que colocar en el cuadro de la nave un enorme y resplandeciente: «¿Por qué no?» Y ello, como una antorcha, cegará á esos pajarracos de las tinieblas y la crítica en la sombra.

X

El 15 de Agosto de 1912, caminando por la carretera que une Santander con una de sus preciosas cercanías, el autor de esta historia oyó el siguiente diálogo entre dos elegantes jóvenes:

—Chico, me estoy aburriendo.

—Cierto; en mi vida he visto cosa menos divertida.

—Y sin venir la bella Tarugo.

—Pues yo le he puesto unos cien telegramas.

—Y en San Sebastián lo mismo. ¡Hasta que no lleguen las corridas de Bilbao!...

—Pero si ya ni aun á las corridas se puede ir...

—Tienes razón.

—Esto es abrumador, fastidioso é insoportable.

El autor, al oír lo que antecede, se llenó de júbilo por creer que estaba en Jauja, y acercándose á ellos les preguntó si conocían determinado lugar que el autor conocía de sobra. Entablóse con ese nimio pretexto conversación, la cual, como sucede en España y en Jauja, siempre deriva á la falta de temas en que ocuparse. Según ellos, todo estaba ya dicho; verdad que á no habersele ocurrido á Goethe hace próximamente un siglo, revelaría talento.

Según ellos, las diversiones se habían agotado; no había lugar donde distraerse; en fin, que se aburrían soberanamente.

Aburrirse soberanamente es altamente simbólico, y así tuve el honor de manifestárselo, pues los soberanos, reyes y demás familia han contaminado la epidemia del aburrimiento. Pero lo gracioso, lo que no me explicaba yo, era que en España pudiera existir la enfermedad del tedio, y más en aquellas personas que, por las trazas, hijos de grandes industriales eran. Les comuniqué mi creencia, y mirándome por encima del hombre, cosa de sí fácil porque soy muy pequeño, á dúo y con las mayores muestras de cansancio cerebral me largaron el discurso que todo mayor de edad tiene embotellado para explicar á los otros lo que él mismo no se explica. Fueron allí de oír razonamientos, que descargas cerradas parecían á causa de su estampido y nula eficacia; los raciocinios que, por su desolación, debieran llamarse hebraicos; los suspirillos de «mogollón», en los que se lamenta románticamente aquello que podíamos evitar con relativo desembarazo; con eso y con añadir un cuarterón de gracia en polvo... «al avío». Si España estaba mal, por culpa de los gobiernos era, que no por ellos y otros como ellos, cuyos señores padres habían trabajado lo suficiente y lo superfluo para que ellos ahora no trabajasen. Si España estaba «imposible», por motivos podían contarse los errores de los otros; que ellos con excesiva solicitud se

tomaban la molestia de comprar un periódico. De modo que quedaba demostrada su no intervención directa en la causa pública con el relato de las faltas de los demás, de los errores acumulados por los años, y una cierta imposibilidad de endiablada substancia que se aplicaba á cada momento como unguento amarillo.

Nada más contrario al espíritu de un apostolado cualquiera que la discusión, y nada más vano que el demostrar á inteligencias averiadas la razón de una cosa cualquiera. Me abstuve de ello; pero me quise dar á mí mismo el espectáculo vivo de lo que pudiéramos llamar impunidades criminales, y los provoqué á una lid de amor propio, única lucha que tiene éxito y prosélitos en nuestra buena patria. ¿Cómo? De una sencillísima manera. Les definí el ciudadano moderno, aderezando la definición con recuerdos de la ciudadanía romana. Les ensalcé la intervención en los actos públicos, llamados políticos vulgarmente, pero que son, en realidad, la prueba de nuestra sabiduría en materias sociológicas. Les hice un rápido inventario de los libros famosos y obras grandiosas que habían de crearse en España. Les afirmé que los obispos se hacen de madera de hombre, y que aquel joven español que hoy quisiera dar un «vistazo» al mapa de su península encontraría cosas para entretenerse y en qué emplear el tiempo.

El amor propio de un español es una especie de cohete que se inflama, escapa y explota en haceci-

llos multicolores. Mis formidables contrincantes se dieron por ofendidos, y vierais allí apóstrofes ciceronianos. ¿Por ventura creía yo que eran incapaces de asumir un puesto en la responsabilidad? El uno era abogado nada menos y el otro diplomático nada más; ellos amaban á su patria como el que más la amara. Ellos estaban dispuestos á sacrificarse; eso sí, siempre que antes se sacrificaran los otros; porque «hacer el primo», nunca. Ellos contribuirían á la labor social cuando vieran que los otros sudaban el quilo. Ellos, mientras tanto, no darían un paso por nadie. Si buscaban diversiones y entretenimientos, en la edad estaban de buscarlos, encontrarlos y entregarse á la dulce alegría de vivir. Vivir es gozar de todo lo posible, poseer la vida como una querida de magras, enloquecer en el torbellino de la existencia. No estaban mal estas cosas, y exceptuando que la existencia no es un torbellino y que la vida nada tiene de mujer, admití lo que me decían aquellos venerandos jóvenes, con muestras de darme por satisfecho y agradecido á tan sutiles enseñanzas. Les hice cosquillas, rieron, cantaron, me hablaron de sus ambiciones, y por fin me trazaron el plan de su conducta ulterior, plan que tuve la paciencia de esperar y que llegó. Su plan era sencillo: explotar las circunstancias. Ved qué argumento. Si éstas son malas, turbias y revueltas, pretender depurarlas, encauzarlas y serenarlas es una necesidad manifiesta; aprovechándolas un abogado, hijo de padre rico,

puede llegar muy lejos, y un diplomático quedarse muy cerca. El proyecto era maravilloso, digno de dos jóvenes prácticos, salado y hermoso si los hay. Les felicité entusiasmado, y les hice notar que eran ellos como todos los otros jóvenes, coincidencia que los volvió fuera de sí de puro contento. ¿Acaso no es nuestro ideal ser como los demás son? Lo que tememos es que nos señalen, que nos distinguan.

Estamos perdidos si nos dicen: «Ten cuidado, porque se ha sabido que no piensas como nosotros.» Como vivimos en familia, esto es el mayor de los males. Sin embargo, les hice rabiarse un poco, objetándoles que su plan no carecía de dificultades, á causa de ser el mismo que el que los otros se habían trazado. ¿El mismo? Yo no sabía lo que «me pensaba». Eso creían los otros, que era el mismo. Pero ellos sabían martingalas y unos atajos que ni de fraile. Y se miraban los dos, como diciéndose: «¡Si seremos tú y yo hombres!...» Ganas daban de gritarles en las orejas el varonil «¡Olé mi niño!» de los flamencos; mas acordándome de la madre de Julián, me abstuve, contuve y reprimí. Por dentro, en el fondo del alma, como dicen los que sin duda anclaron más de una vez en él, andaba una procesión de mil demonios. Mas como dieran en compadecerme y aconsejarme, cogí á uno de ellos fuertemente de las solapas, y le grité: «¡Míreme á los ojos!» Y cuando me miró, asombrado y estupefacto, le pregunté si en ellos había visto mi alma, porque le convenía verla; le convenía ver que hay

almas jóvenes, muy jóvenes, que pueden ser no miserables; almas generosas, implacables consigo mismas, para quienes la responsabilidad es una gigante idea moral, y la impunidad en cualquiera de sus formas, aun en la abstención, la más inicua y villana de las conductas. Se dió cuenta de ello, y no insistió en consejos. Llegados á Santander, yo fui á tomar el tren de Ontaneda, y ellos se dieron cita en casa de la bella Tarugo.

XI

En 1553 un español llevó á la República Argentina siete vacas y un toro. De veintiséis millones pasan las cabezas de ganado vacuno que hoy posee esa República. Bien... ¿y qué? Os ruego que no os extrañe este comentario, porque es perfectamente español. Cuando un español lee un dato estadístico de esos que en una ó dos cifras concretan el estado de un país; cuando un español lee una idea fundamental encarnada en un guarismo, su comentario es: bien... ¿y qué? Á mí me tiene sin cuidado la razón por la cual el español reflexiona así; lo que me interesa es el hecho de que así reflexione. Y si es verdad, que sí lo es, impórtame también anotar

si esa frase es escéptica, epicurista, ibérica ó bestial. Cuando yo doy mis conferencias contra el flamenquismo, intento organizar los espíritus en cruzada contra ese vicio absurdo; entonces observo que aquellas almas son de naturaleza inactiva, que oyen y sienten, pero no ejecutan, que tienen una especie de voluntad regresiva con la que deslaban y echan á perder cuanto sintieron y oyeron. Observo un poco más y veo una especie de placer en aguar el vino, en juzgar como imposibles las cosas, en no acometer empresas morales. Esta voluntad regresiva no es una variante del pesimismo como pudiera creerse, sino la afirmación rotunda de la pereza que nos consume. La envidia, la hipocresía y la pereza son las tres furias que se disputan nuestra raza.

Las dos primeras tienen manifestaciones muy bajas, pero la última acusa una deplorable miseria mental. Convencerse de una razón no es difícil, cuando esa razón nos es ofrecida diáfana, desprovista de lo que Tarde llamó «trabajo intermental». Lo difícil es mover la voluntad adelante, apoderarse de esa razón y realizarla. La idea entraña su verificación como substancial condición de ser; pero los españoles no sienten la necesidad de ver realizadas las ideas que engendran ó se asimilan: escuchan, aplauden, asienten y «aquí paz y después gloria». Si el dato que le habéis ofrecido para certificar un aserto le convence, no tiene la virtud de cambiar su intención: siempre encuentra obstá-

culos, siempre adivina asechanzas, siempre invoca presagios de mal agüero y profetiza desastres. La voluntad empleada en poner dificultades á una empresa, no es ni menor ni mayor que aquella que sería necesaria para vencerlas; sin embargo, el pueblo del «amén» es «duro de pelar» y no se mueve. No es que no quiera moverse, sino sencillamente que no se mueve. ¿Por qué? Los «por qué» sobran en España, no existen. Quien os niega su concurso no os da nunca una razón, os dice que no. El «no» español es infalible, un género de atolladero en el que se atascan las ruedas. En efecto, parece ser que en las inteligencias españolas acaba de llover siempre.

Entráis en él como en un barrizal. Nadie os impide que entréis, pero una vez dentro os arrepentís. Si fuera posible imaginarse cómo funciona una de esas inteligencias ó entendimientos, veríais la maquinaria de un viejo reloj de pesas; señalan la hora si se les da cuerda, pero no os podéis fiar de la hora que señalan. Además, y esto es lo notable, tales entendimientos son extremadamente orgullosos, y cuando afirman ó niegan no hay apelación. En todo cerebro español y bajo el puente de Varolio hay un Tribunal Supremo. Decimos constantemente los escritores que somos un pueblo de abúlicos, pero esto no es científicamente exacto; la verdad es que nuestra voluntad es respecto de nuestro espíritu como el movimiento diurno del sol es respecto del movimiento nocturno de los astros;

caminan á la inversa. El acto de encomendar á la voluntad una idea no existe en nosotros de la misma manera que en los cerebros europeos y tal como la formuló Locke; en nosotros se realiza de cierto modo originalísimo; sentida y comprendida y hasta aceptada la idea, legislamos y definimos que nos hemos tomado ya bastante trabajo y que no es cosa de laborar más. Si alguien nos excita ó impele, nos hace sonreír y recibe esta réplica: «No lograréis nada.» Tratad de convencerle diciendo: «Si os unierais á mí en acción, como afortunadamente lo estáis en espíritu, la empresa daría un paso más.» He aquí su respuesta: «Seríamos dos en vez de uno que no lograríamos nada.»

¿Comprendéis ahora por qué toda labor cultural ó de regeneración es tan lenta y estéril en España? Á un cerebro así organizado, ¿de qué manera le convencerán las cifras y los datos y las citas? Llorará, si tenéis elocuencia; aplaudirá, si cerráis un párrafo brillante con un cohete; asentirá si le adúláis ó por casualidad afirmáis una idea que ya tenía él en la cabeza ó la presentía tener; mas esperar que ese pueblo realice, de vida, lleve á cabo lo que como bueno exponéis, es no conocer á ese pueblo. Por eso yo digo que es el pueblo del *Amén*, del cabezazo, del *Ora pro nobis* y de las palmas; sobre todo del *Amén*. Con decir á todo *Amén* ya pagó su deuda. Yo creo firmemente que tales almas se hacen el siguiente raciocinio: «Ese hombre está suficientemente pagado. Fui á escucharle, le aplau-

dí, le felicité, lloré, reí, comprendí que tenía razón, ¿qué más puede pedirme?» La inteligencia sana jamás se detiene en su concepción de la idea ni en su examen; siente una necesidad ineludible de transformarla en realidad, de convertirla en cosa; pero la inteligencia española se duerme en su primera victoria. Por ello Goethe no nació en España, ni Wágnner, ni George. El apostolado en España es un género de fracaso al que nadie confía sus ideas por no exponerlas á la vergüenza de que los demás las llamen andariegas. La idea, como la mujer, en casa y con la pierna quebrada. Amén.

XII

España, que no ha tenido jamás un filósofo de genio indiscutible ni filosofía propia, pese á los adoradores de Séneca y Luis Vives, posee en cambio un copioso raudal de adagios ó refranes en los que concreta su modo de ver las cosas y juzgar de las personas.

Estos centenares de refranes, que no son precisamente el *Novum Organum*, esperan sin embargo su Roger de Verulam. La razón está en que sin excepción y como condición esencial de su subs-

tancia han de ser experimentales. Pero he aquí que un observador de los misterios del espíritu puede, con extrema facilidad, darse cuenta de que el genio no presidió á la redacción é invento de tales refranes, sino la cuquería y el escarmiento, la picardía y el mundo. De todas las cuatro, la palabra mundo es la más interesante y cuya marca llevan los refranes en el sitio más visible. Tener mucho mundo es haberse roto cuatrocientas veces la cabeza por esos andurriales sin traerse de ellos otra cosa que la extraña filosofía de los coscorrones.

Un inglés que tiene mucho mundo organiza en un sistema sus aventuras y sus enseñanzas y produce un libro que fija definitivamente lo que ha de quedar y reduce á polvo lo que á él le hizo daño para que á nadie le suceda un mal. Un español que tiene mucho mundo y ha *rodado*, vuelve de *rodar* restañándose la sangre, blasfemando, viendo y tomándose la molestia de encerrar en un aforismo la sentencia de que mucho cuidado con *correrla* y ojo con el peligro, de modo que no dice cuál es la naturaleza del peligro, ni le anula, ni concita contra él el pensamiento, sino que avisa para que los demás lo esquiven y concita contra él la indignación. Los dolores, las fatigas, los sufrimientos, lo mismo que las alegrías, los placeres y la felicidad no inspiran á un español otra cosa que breves comentarios, siempre en guisa de chascarrillos ó versos de alelukyas. ¿Sufrís una decepción? Pues quien no

se consuela es un tonto. Y no vale apelar, porque á falta de racionios lógicos, el alma española encadena los refranes unos á otros de tan endiablada y sanchesca manera, que lo mismo estáis del asunto al fin que al principio; aunque, bien es verdad, un poco más mareados y confusos.

El refrán español siempre está en medio de dos fatalidades, participando por igual de las dos. Si una cosa tiene que suceder, sucede. Si una cosa sucedió, á borrico muerto la cebada al rabo. ¿Enmienda? No vale la pena. ¿Rectificación? Es inútil. Lo necesario es no volver á pasar por allí si nos rompimos allí un hueso, ó poner una cartela con un refrán cerca de la piedra en vez de proceder enérgicamente á quitarla. ¿Por qué somos así? No porque nos dé la gana ser así, sino porque tanto valdría ser de modo diferente. Ni más ni menos, y de los simples es el reino de los cielos. Participamos asimismo de un rasgo muy gitano; si un hombre de genio, estudiándonos con paciencia, hallara dentro de nuestra originalísima caracterización la fórmula de un gran pueblo moderno, destruiríamos su labor á falta de piedras con refranes.

En efecto, se puede resistir la indiferencia, el mayor de los obstáculos humanos; pero no se puede resistir la fuerza de un refrán español. Os deja fríos, helados y muertos. Es la fatalidad que habla, el destino con voz, es lo inanimado que os aconseja á no moveros. La ironía que parece haber en casi todos nuestros adagios es una tristeza hebrai-

ca. Poned á un profeta hebreo un traje de luces y tendréis la imagen exacta de un refrán. Los códigos juntos del universo civilizado no han previsto lo que nuestros adagios. Como hemos andado siempre de la ceca á la meca, nos sabemos de memoria lo que ha sucedido ó puede suceder, sin que se nos pase por las mientes que una cosa no sucede cuando un hombre no quiere que suceda. Las razas inventoras desdeñan los refranes sustituyéndolos: primero, por las fórmulas exactas; luego, por máximas aproximadas. Como nosotros no hemos inventado nada, si nos fuera permitido catalogaríamos para uso nuestro los descubrimientos de los otros, con sendas etiquetas en aleluya.

Parece imposible que exista un país así, y más imposible que coexista con los demás. No es lo que admiro su ignorancia, sino su persistencia; si el asno fué hecho, según Heine, para que sirviera de término de comparación al hombre, España persiste para que las naciones la enseñen como excepción. ¿Qué otro país, después de un fracaso, no analiza las circunstancias en que ese desastre se verificó y las desentraña y las pulveriza y se traza una regla de conducta? Nosotros lo hacemos; pero de un gracioso modo. Comenzamos por dudar del desastre y lo atenuamos todo lo más posible zurciendo los agujeros con jirones arrancados al amor propio. Á continuación nos admiramos con grandes zalemas de que vivamos todavía y lo atribuímos con grandes gesticulaciones á que somos una

raza inmortal con caracteres de una originalidad y trascendencia infinitas. Enamorados de las causas finales y firmes en nuestro propósito de no ver degeneración alguna, atribuimos los pretendidos errores á equivocaciones de los que les infirieron el daño ó á premeditación y complicidad de la Providencia. Pertrechados en esto y regocijados con nuestra invulnerabilidad é impunidad, nos dedicamos á filosofar extravagantemente dándonos consejos historiados y adornados con antítesis y retruécanos. Por ellos venimos en conocimiento de estas dos grandes y fundamentales ideas; nada nos hubiera sucedido si no nos hubiéramos *metido* en ello; otro sí, nada nos sucederá si no nos metemos de nuevo en ello.

Y si de las ideas sociales pasamos á las complicadas operaciones y organización sutil del espíritu, no hay que decir que los refranes colman las medidas á maravilla. En primer lugar y empíricamente descartan toda complicación. Para nuestra filosofía nacional un alma es un angelito de Dios. Profundamente cristiana é imbécil, esa filosofía liga todos sus asertos con un apriorismo profético y simple que reduce todos los problemas á una evidencia. La prueba está en que de ningún cerebro de español han salido jamás ideas revolucionarias científicas, limitándose los que las tuvieron á ampliar conocimientos adquiridos.

El alma y el corazón están en perpetua antinomia dentro de nosotros, no se *lleven bien*, igual que

los matrimonios, y sin ahondar, sin estudiar como se estudian estas cosas, observando, nuestra filosofía enjareta una serie inacabable de refranes con apariencia de sutilezas, en los que no descubre sino coincidencias, conjunciones y contingencias siempre á base del porque sí, imposibilitándose ella misma para marchar adelante, gustosa en ofrecerse obstáculos y en marchar por el viento con las alas ridículas de una fantasía hambrienta. ¡Cuántas veces yo he recordado esos refranes y los he examinado para ver si mi patria poseía en ellos otro tesoro que el puramente emotivo y novelesco!... La risa va por barrios, sentenciaba la gente del 98, cuando Europa se reía de España. Siempre que deseo amar á mi patria y luchar por su cultura, me acuerdo de aquel refrán profecía llorona é insípida copiada de una de las majas de don Ramón de la Cruz. ¡Como si porque la risa corriera hasta nosotros y nos tocara reir á turno nuestras desdichas, ignorancia y escándalo fueran menos evidentes y no hubieran podido ser evitados ó así se impidiera su reproducción. España es así, jóvenes amigos. Conocernos sin contemplaciones es el principio de nuestra regeneración.

XIII

—Señor vaquero, ¿tendría la bondad de decirme cuál de esos cinco toros es el famoso *Canito*?

—Zi zeñó; ¿vé osté aqué berrendo, fino é puntas, más bragao que la virgen, er que tié los peliyos rizaos sarva sea la parte?

—Mil gracias, señor vaquero.

—¿Eh?... ¡toro!... ¡*Canito*!

—Allá voy, ¿qué deseas de mí?

—Hacerte una interviú.

—¿Y eso qué clase de martirio es?

—Para ti, ninguno, *Canito*. No seas desconfiado...

—¡Mu!... Como aun me duele el morrillo de las cosas que me hicieron la otra tarde... ¿Y quién eres tú?

—Yo me llamo Noel.

—¡Cuernos de Satanás!... Á ti te pasará lo que á mí la otra tarde, si sigues hablando mal de esa perra fiestecita. Sin duda que eres valiente; pero eso cuesta caro, Noeliyo.

—No te ha ido á ti tan mal con serlo, *Canito*.

—Sí; destripé nueve caballos y maté dos hombres; pero uno de ellos logró clavarme un par de

banderillas y los picadores me *pusieron tibio*; ¿no se dice así? Tuvieron que echarme al corral.

—Así se dice. Las frases más gráficas del castellano son de origen flamenco. Toda España está podrida por ese vicio.

—Bueno, déjate de sermones y *al avío*. ¿Me retratarás?

—Sí, *Canito*, con la pluma, que es la fotografía de los malos escritores ó de los escritores pobres, que es lo mismo.

—Bueno, pregunta.

—¿Qué edad tienes?

—Cinco *hierbas*.

—Pues es raro, porque los ganaderos se reunieron, y como no han leído *La vida de los animales*, de Brehen, determinaron que un bovino de tres años es un toro real, un verdadero toro.

—Oye, Noeliyo; ¿pero hay alguien que se preocupa de nosotros?...

—Aquí, en España, no sé; aunque hay tres sociedades protectoras de animales. Ese Brehen es un extranjero que habla de vosotros, de vuestra utilidad inmensa para el hombre, en la página 684 de su tomo II.

—¡Qué barbaro!... ¿Y tú lees eso?...

—Yo leo todo lo que concierne á la salvación de nuestra imbécil y absurda patria. Por ella vengo á enterarme de muchas cosas que ignoro, á riesgo de enojarte.

—Así da gusto tratar á los hombres. Ya ves:

nosotros tenemos fama de nobleza. Á buenas, hacen lo que quieren de nosotros. Tienes razón. Yo debería abrirte ahora en canal y no lo hago.

—Haz lo que quieras, mas escucha.

—Soy todo orejas.

—¿Qué sientes cuando un picador te da un pu-yazo?

—¿Qué sentirías tú si en tu cuello te metieran una pica?

—Pero es que tú *te creces* con el castigo y cuanto más daño te hacen más valiente eres...

—¡No faltaba más!... ¿Por qué no he de defender mi vida? ¿Es que yo no valgo lo que costó *ponerme el hierro* en la dehesa?

—Por lo pronto vales las dos mil pesetas que dieron por ti; pero no se trata de eso. Á la gente le molesta que no llores, que no te arrodilles y le pidas perdón en el ruedo...

—¡Pero qué *mu* propio!...

—...Lo que oyes, *Canito*. Te toman rabia y por eso piden más caballos; para hacerte daño.

—¡Pobres caballos!... ¡Si vieras cuánto sufro al ver que no he sacado las tripas á los *varilargue-ros!*...

—Lo comprendo. Lo que tú no sabes es que te martirizan por envidia, por odio. La contemplación de tu fuerza no les sugiere la idea de utilidad inmediata ó un deseo de gustar la belleza de tu armonía...

—Gracias, eres muy amable, Noeliyo...

—Soy justo.

—Eso sí que es más raro que encontrar sal en los pastos...

—Muy curioso es lo que me dices... luego si en la plaza me hacen tantas barbaridades...

—Es por envidia, por odio; no lo olvides. Si tú estuvieras sentado en los tendidos y fueran ellos los que se lidiaran, ibas á ver hombres. ¡Un metro de altura, feos, estrechos, magros, ridículos!...

—¡Ya lo decía yo! Cuando me fatigaba y sentía resbalar la sangre por los brazuelos, filosofaba yo así: ¡Pero qué he hecho yo á estos animales!...

—Bípedos, *Canito*, bípedos. Esos hombres son muy orgullosos y no quieren creer que si andan en dos pies es por la costumbre.

—Conque bípedos, ¿eh? ¿Pues sabes cómo me los imagino yo? ¡Con cien patas! Noeliyo...

—Ahí tienes por qué he venido. He pensado que era necesario consultaros. Existen hombres á quienes les interesa conocer vuestra opinión, puesto que sois los sacrificados. Tales hombres creen que estáis dotados de tanta sensibilidad como fuerza. Además, reflexionan que no tienen razón ni derecho para asesinaros con los más villanos martirios.

—Así debía ser.

—Y así tiene que ser.

—¡Mu!

—¿Qué quieres decir?

—¡Que magras!

—¿Y por qué no? Pronto llegarán á sacrificar

anualmente cinco mil toros. Como ves, no habrá ganaderías que puedan surtir esa cifra formidable.

—Darán chotos.

—Ya los dan. Tú eres una excepción.

—Pero ignoras por qué.

—Dímelo, *Canito*.

—Yo era un semental. Un día mi amo, que es X el grande de España, necesitaba enviar buen ganado porque iba el rey á ver la función, y me envió.

—¿Á quién le has oído eso?

—Á mi vaquero.

—Ahora dime: ¿qué opinión tienes tú de los toreros?

—Pues la misma que tú tendrías si te acorralaran, corrieran, pincharan y cuando les acometiesen huyeran el bulto y te rompieran las vértebras cervicales. ¿Entiendes?

—Sí, mas tú te harás cruces del valor que representa el ponerse un hombre delante de tu enorme bravura y *circunstancias*.

—Ca, hombre, ca. ¡Pero si en las dehesas pasaban junto á mi hasta los chicuelos! ¡Si estando yo en la senda echado me retiraba para dejarlos pasar! Además, ¿no ves cómo engañan y no dan nunca el cuerpo y siempre llevan en la mano una defensa?

—Sí, *Canito*, sí; es verdad; allí no hay valor, allí hay billetes de mil pesetas y la adoración de siete millones de personas cuyo pesar es no haber nacido toreros.

—¡Ah! ¿se nace torero?

—Así dicen, y hasta existen dinastías en las que se vincula el arte de mataros.

—¡Ombligo de vaca!

—Se nace torero como se nace poeta. Con la diferencia de que si aquéllos no hacen caso maldito de éstos, los poetas se *pirran* por los toreros.

—Oye, Noeliyo: ¿qué es un poeta?

—Debe ser un hombre de tan profunda ciencia y elevadísimos sentimientos que se ponga siempre del lado del débil.

—Y ninguno de ellos se pone de nuestro lado.

—Ninguno. Tienen la peregrina idea de que sois los más fuertes.

—¿Sí?... Pues diles que se pongan en mi lugar, con mi peso, con mis cuernos, con mi poder muscular y ante los obstáculos siguientes: un diámetro de sesenta metros para moverse, lo que resulta para el lidiador un radio de treinta; una barrera; tres matadores con sus cuadrillas; tres pares de banderillas; cinco ó seis picadores; el natural deslumbramiento; doce capas, siempre actuando en semicírculos, curvas y recortes, y por último una espada.

—Lo copio, *Canito*; pero no harán caso. Esos poetas presencian sin conmovirse la suerte de su patria; ¿cómo se van á apiadar de la tuya? ¡Si los leyeras! ¡Qué de versos en loor de los toreros! Versos que los toreros no leen, *Canito*, porque estos hombres no viven de lecturas precisamente y aun desconocen vuestra anatomía, lo que prueba los martirios que os hacen sufrir.

— ¡Cuernos de poetas!...

— Sólo uno de ellos, hace catorce siglos, se ocupó de vosotros, Virgilio, en un poema encantador é insuperable. Cantó vuestra belleza, vuestros amores, vuestros celos. *¡Oh su taurorum decertatio!*

— ¿Por qué no les aconsejas que lo lean?...

— No; lo primero que harían es poner el nombre de Virgilio á un becerro. Son así, *Canito*.

— ¿Y de mí qué dicen?

— No me atrevo á decírtelo...

— Echa por esa boca, Noeliyo.

— Pues de ti, como has matado dos hombres y hecho una faena colosal, te quieren volver á ver en la plaza y mañana saldrás de nuevo á lidia.

— ¡Piel de España! ¡Recuernos!

— Ya ves, amigo, estás condenado á muerte.

— ¡Pero es posible que no les conmueva el valor!...

— Según ellos, quien tiene valor es el torero.

— Mala noticia me has traído.

— Tal vez; pero tú sabrás morir como bueno. Era fatal. Si no hubieras nacido en España...

— El mal es nacer en España.

— Serás vengado, *Canito*.

— ¿Por quién?

— Por mí.

— ¿Cómo?

— Demostrando que tú eres el héroe.

— Poco me importa.

— Á nosotros, si, *Canito*. Cada toro que muere...

- ...Es un toro que matan.
- ¿Te chanceas todavía?
- ¿Crees que voy á llorar ó á rezar en esa capilla que hay junto al apartadero de los corrales?
- Eres el más español de todos nosotros.
- Bueno, en paz; ¿quieres algo más de mí?
- No.
- Pues me alegrito de verte güeno.*
- Digo, sí.
- Pues desembucha, compare é mi arma.
- ¿Por qué estás tan alegre?
- Porque no estoy triste.
- ¿Pero no ves que te van á mechar, rajar, fundir, capear y matar?
- Pues por eso me alegre. Porque voy á abrir en canal á otros dos monigotes. Eso es vengarse.
- Eres el más español de todos nosotros.
- Pa mí que sipi. Y ten cuidao no te la diñen.*
- Tengo un valor muy parecido al tuyo.
- Que te aproveche, y vengan esos cinco.
- Venga esa pata.
- ¡Mu!
- Adiós.
- Señor vaquero, ¿tendrá usted la bondad de decirme quién matará al *Canito*?
- Er Patata, zeñó Noé.
- Gracias, señor vaquero; no podía ser otro.

XIV

Si algún día mi alegre y vagabunda patria vuelve, como don Quijote, á su sano juicio, ha de componer una maravillosa narración con la de sus andanzas y bobaliconerías. Entre las muchas enfermedades que padecemos, las hay tan graciosas que no me explico la razón de no poseer en la fauna y flora literarias de España un humorista de primera fuerza. Figuraos un diablillo de esos en nuestro amado solar, solar por la herencia y lo vacío, y tendríamos risa sempiterna. Porque vamos á ver: ¿conocéis en España muchas personas que tomen en serio su destino ó el de su patria? Abrid un periódico ilustrado y prescindid de los monos—toreros, reyes, procesiones, inundaciones y criminales—; lo que resta son artículos y monigotes de guasa, de burla, de chungu, de *pitorreo*.

La crítica filosófica toma entre nosotros la forma de broma, cierta clase de ironía burda que consiste en juzgar las cosas del cerebro con el estómago y en llenar con el páncreas las neuronas. Uno de esos críticos busca asunto; ¿creéis que lo eleva de tono, que juega artísticamente con él y compone una pieza mordaz á través de cuyo picado podéis

reflexionar profundamente y educaros? No, por Dios. Lo coge, lo enloda, lo sume en mosto, en turba, en rancho, en grasa, y os lo sirve riendo. Poseen los ingleses el *humour*; los franceses, el *esprit*; nosotros, el arte de hacer cosquillas. No pasamos en nada ni por nadie de la piel. Tenemos en el lenguaje dos modismos: á ras de tierra y á flor de piel. Abandonamos lo que cuesta trabajo á los extranjeros y escogemos siempre la mejor parte. Nos hacemos esta profunda reflexión: Ya nos aprovecharemos de lo que inventen los otros. Otras veces nos decimos solemnemente: Las circunstancias se encargarán de provocarnos. Si esas circunstancias no llegan, tomamos pacíficamente el sol, que según los sabios modernos es el gran remedio. Un español es una especie de mecanismo ingenioso; se está siempre quieto hasta que lo tocan; entonces suele hacer monerías tales como hacer que se enfada, torear una silla, abrir una navaja de diez muelles, vomitar una blasfemia ó pedir limosna. Como veis, no todos los europeos son capaces de eso. Sin embargo, hay que fijarse y tener cuidado, porque eso no es hacer el payaso, sino entender la vida. El que discurre está en peligro de ser un *primo* ó un *panoli* y merece que se la *diñen*. Tenemos nuestras ideas y hasta una variada filosofía del pesimismo. El autor del *Ecclesiastés* abriría ojos tamaños al oírnos hablar de la existencia. Nuestro valle de lágrimas es un valle de la Orotava ó la isla de Ceilán. Para nosotros todo ha

ocurrido ya, y lo que tiene que suceder sucederá aunque se oponga á ello un toro.

En consecuencia, hemos inventado el principio filosófico de que «la vida es un fandango y el que no lo baila un tonto», frase admirable que no se le ocurrió á Lenau, Heine, Leopardi, von Hartmann, ni al mismo Kovalevsky, el célebre autor de *Studien zur Psychologie des pessimismus*. Yo, que sé tantos nombres raros que no me caben en la cabeza, ignoro de un filósofo notable que haya discurrecido un sistema moral como el que nosotros poseemos. En efecto, prever los sucesos *es volverse loco*; no pensar en el porvenir es evitarse *quebraderos de cabeza*; cuidarse del presente es no saber aquello de *Dios dirá*; trabajar es ignorar el padrenuestro. Guyau pudo hacer en su *Moral de Epicuro* algunos buenos capítulos acerca de esta idiosincrasia nuestra, á la que pomposamente los repugnantes aduladores de nuestra psicología llaman heroísmo, sobriedad y otras simplezas. Según ellos, nuestra indiferencia no es cobardía, sino serenidad. Cierto: *impavidum ferient riunae*. Cuando nos encontramos ante el peligro tenemos tal grandeza de ánimo, que decimos: «Da tú primero.» Cuando salimos del peligro rotos, deshechos, vencidos, tenemos tal cantidad de espíritu, que nos chanceamos diciendo: «¡Atiza, no era manco!» Así hemos perdido estas bagatelas: la hegemonía del mundo, las escuadras, América, Gibraltar y la vergüenza. No obstante, quien nos dice las verdades nos ofende. Un español

ofendido es una cosa terrible; os llama cosas fantásticas que él ha discurrido en las plazas de toros; blasfema, ruge y os da un navajazo en las entrañas. Es así, y ¡qué le vamos á hacer! Cuando deseéis conocer el espíritu español, alzaos de hombros ó lanzad un sonoro ¡pss!...

Á Felipe II le notificaron la destrucción de la Invencible oyendo misa. ¿Creéis que vale la pena dejar de oirla? ¡Bah, un chiste!... Salimos del paso con las zaragatas y las bagatelas. La preocupación es en castellano sinónimo de locura. Un hombre que piensa es un orate. Á la temeridad le llamamos valor y á la prudencia *mieditis*. Odiamos la reflexión, y nuestro desprecio por el que reflexiona es gallardísimo; cae en la caricatura, en la befa, en el escarnio. En el Parlamento, cuando se leen las cifras se van los diputados. Se llenan los escaños de las plazas y del Congreso cuando *va á haber hule*. En nuestro escudo falta el cohete. Si se reunen dos personas para una reivindicación social, no sabéis lo primero que hacen; creeréis que estudian el problema, pero lo primero que compran es una bandera con muchas borlas y moñas. Somos tan estetas, que tenemos de la belleza y sus cuestiones las siguientes profundas ideas; la luz reflejada ó irradiada en las lentejuelas, es maravillosa; un traje de luces, el ideal: somos monárquicos por los penachos que sacan los caballos de las Reales Caballerizas. En nuestros discursos ha de salir y ponerse el sol varias veces, cantar los pajaritos,

correr las fuentes y cruzar paisajes; si no habláis así no os oirán, y se dormirán si sacáis el tanto por ciento de los doce mil millones que debemos por nuestros errores. Nos entregamos á quien nos sabe hacer unas cosquillas con menos daño. La piel de España es tan célebre, que ha dado nombre á un perfume. Es morena y algo velluda, con una pelusa semejante á la del melocotón, los poros muy abiertos, con ronchas de no lavarnos. Quien nos rasca, soba, punza y acaricia nos hace ver países deliciosos, una hamaca, guajiras y la mosca del sueño. España es una hembra de cuidado, con cosquillas en todos los sitios. Su ideal es que el bello húmedo de un toro le haga cosquillas bajo los sobacos. ¿Creéis que exagero? Nada de eso. Leed los periódicos, los libros, los discursos: id al teatro. Chistes, chismes, risa, retruécanos, equívocos, hamponería. No tenemos un Hamlet, ni maldita la falta que nos hace. A cambio de eso tenemos cerca de sesenta matadores de toros y unos centenares de hombres que tienen cascabeles en la pluma que escriben y campanillas de muleta castellana en la lengua cuando hablan. El remedio de esa enfermedad de la piel, es lavarse. Hasta que no tengamos baños públicos no se nos quitará. Pero, señores, ¿sabéis de alguno que se atreva á llevar España al agua?

XV

En el idioma castellano hay palabras que responden admirablemente á la idea que significan y no es preciso acudir á los diccionarios para explicárselas, pues son tan ricas en armonía imitativa y en justo matiz, que basta la sola enunciación para despertar en nosotros su contenido. Esta larga y enojosa explicación—que Cejador y Hervás, padre de la filología, autor del *Catálogo de las lenguas* me perdone—me la hacía yo ante un letrado largo de cien metros que ocupaba toda la fachada de una casa. Dicese de Balzac que encontrando después de fatigosas peregrinaciones el apellido *Birotteau* en la muestra de un comercio, estuvo á punto de volverse loco de alegría, pues venía al César de su hermosa novela de finanzas como cuerno en ojo de torero. (No siempre han de ser los boticarios los que reciban la célebre pedrada.) Mirando yo aquel cartelón experimenté algo parecido, ó sea que estuve á punto de volverme cuerdo. Ved, si no, y si acierto á describíroslo, cuál fué mi hallazgo. En letras neoyorquinas, que aun no siendo de escribano eran procesadas, se destacaba en color rabioso este beatífico y á todas luces graso

nombrecito: Salutación Mondongo. Y después de él una cromolitografía en cuya sábana ó estepa se veía á la Mondongo danzar en cueros vivos ante un desgraciado persa ó chino que la miraba con ojos espantados. Desnudo era aquél para aterrar á una comarca, cuanto más á un pobre hombre. Catorce arrobas de carne sin contar los desperdicios pesaba el angelito, amén de los kilos de las ajorcas, abalorios, fibulas, patinas y brazaletes que la señora odalisca llevaba encima. ¡Y qué barriga, Dios sea servido!... De las caderas descendía un cefidor ancho como cincha de rucio, y el casco del vientre sobresalía cosa de nueve metros, hinchazón que más parecía embarazo de seis criaturas que tentación oriental ó pose de bayadera. No cabía duda que aquello era un mondongo de vaca ó abomazo de rumiante. En lo que ya cabía duda y aun dudas era en el programa por el cual se hacía saber al *respetable público* que aquel ángel bailaba las danzas antiguas de Bagdad, Damasco, Antioquía y Siracusa, tan en su salsa de lubricidad y arte, que se rogaba á los menores de edad la abstención al acto. Volví á extasiarme en el desnudo, y dando por casualidad con la cabeza, así vi yo en ella noción ó sentimiento del arte como valor en el toreo. No obstante, me aventuré, y escribiendo mi nombre de expresidiario y antitaurófilo en una tarjeta, me encaminé al riquísimo hotel mundano, en el que se albergaba Salutación Mondongo, danzarina de bailes lascivos, lúbricos, lujuriosos y lúgubres.

La veleidosa fortuna, que los antiguos pintaban con un cuerno debajo del brazo, quiso que Salutación Mondongo me confundiera con un periodista notable de esos que se retratan con todos los que *interviewean*—¡Dios santo qué *voquible!*—, y ella misma, ¡*Oh mores!*... salió á recibirme sin otro tapujo, taparrabos ó enagüillas que un chal de cachemira auténtico y de valor de unas diez mil pesetas. Dióme tufarada de carne andaluza, de esa piel de España que yo he puesto en solfa; pero me abstuve de indicar nada, pues el mayor peligro de una buena *interview* es hacer saber al *interfecto* que se sabe cosa alguna. Por su parte intentó quererme dar á comprender que conocía mi nombre literario, cosa no extraña y muy poco halagüeña para mí, á causa de que el *flamenquismo en cueros vivos* no son los toreros precisamente. Adulé yo, sonrióse ella, tocó un timbre, llegó un criado, sirviéronnos Oporto—más excelente desde que es revolucionario—, y adoptando una egregia postura, algo pastoril y primitiva, me envolvió en una ráfaga de carne en estado gaseoso, y permitaseme este calificativo cuantitativo. Brillaban en sus dedos espantables sortijas, dignas de Masinisa, la bizantina, por su descomunal grandeza, mas de escaso valor como joyas. ¡Qué mastodonte, cielos!...

Me santigüé para mis adentros, y sin más preámbulos ni digresiones, me lancé *in medias res*, frasecita de Horacio, que quiere decir que el camino más corto para decir una cosa es decirla.

Preguntar en nuestros días á una bailarina de qué nación ó pueblo es oriunda, es una de las mayores simplicidades, porque si es española como Salutación Mondongo y *cañí* por más señas, os dirá que nació en las afueras de Jerusalén ó á orillas del Balmaputra, en la India. Así es que la interrogué hablándole de tú, magnífica moda oriental que se presta á muchas ilusiones ¡ay! y espejismos.

—¿Quién te enseñó esas danzas que en la antigüedad sólo se aprendían en Capri y en Eleusis?

La Mondongo que oyó estos nombrecitos, en poco se desmaya. Hizo un esfuerzo con el vientre y se repuso. Estas encantadoras criaturas que viven de los pies expresan con el vientre sus naturales emociones, lo que no deja de ser oriental y hasta saludable contra las neuralgias. Me respondió mintiendo con embelesadora fatuidad:

—En París, un indio. Verás. Fui su amiga, ¿sabes? y me descubrió el secreto de esas danzas. En Londres he tenido un éxito prodigioso; pero allí hay que ponerse para triunfar nombre de española, y yo me he puesto ese que es muy *sonogo*.

El que dijo que la mujer tiene más curvas que una plana de Iturzaeta ó el tren de Eibar á San Sebastián, debió ser el autor de aquella otra que dice que la escama es propia de los peces. La Mondongo me comía vivo y me *veía venir*.

—Esas danzas son muy difíciles, y ya no quedan otros documentos que los vasos y ánforas, algunas estelas y ciertas planchas de cobre.

—Yo he tenido en mi poder muchas de esas planchas...

—¡Oh!—exclamé—. Y á fe que no mentía. La Mondongo me iba interesando, no porque yo viera todo lo que la decencia ha querido que se cubra, sino porque el alma de aquel pájaro era española de casta y nido. Insistí.

—De modo que en Londres...

—...Ah, sí; allí no se concibe una bailarina oriental que no sea gitana ó descendiente de gitanos. Yo consulté con un amigo mío español y me bauticé así. Es muy *sonogo*...

—¿Pero á ti España te tendrá sin cuidado?

—Yo vivo para el arte, niño.

Aquel *niño* no era muy londinense que digamos. Sonrei y pregunté:

—Y del arte, ¿qué ideas tienes?

Hizo girar los enormes ojos limpios y transparentes como si fueran de muñeca, y entre los dientes apareció esa deliciosa mueca que en España se traduce así: *¡Pero qué cosas tienes!*... Chapurreó unas frasecitas trilingües y me contestó:

—¿Tú quieres decir cómo bailo? Ya lo verás. No me parezco á nadie. Por ahí van muchas que bailan danzas inventadas por ellas y que maldito el mérito que tienen. Á mí me las enseñó un indio. Ya verás. Son auténticas. Y os gustarán mucho porque yo no me reservo, ¿sabes? Salgo desnuda...

Yo le dirigí esa mirada que en letra de imprenta se expresa así:—¿.....?—y que, indudablemente,

quiere decir algo. Ella continuó animándose y dando ligeros sorbitos de Oporto, en el que había echado uno polvillo verdes. Así era el *haschich* aquello como indias sus danzas, pero fingí que me asombraba.

—¿Ves mi carne? Pues no creas que estoy gruesa. Esta carne es necesaria. Para bailar es preciso carne, mucha carne. ¿Sabes tú por qué ninguna bailarina sabe expresar la sensualidad?... Pues porque parecen alfileres. ¿Crees que tendré éxito, *nene*?

—¿Éxito, dices? Relincharán, amiga mía. Lanzarán cada bostezo al lado del cual te parecerán cosa de risa los *Hip* de los marineros del Támesis.

—¡Ah, sí, mi nene! me han dicho que los españoles tienen mucha sangre. Por eso nosotras tenemos mucho miedo á debutar en España. Nos exigen mucho.

—Te equivocas. Aquí sólo se piden magras.

La estúpida bailarina rió á rienda suelta.

—¿Y qué son magras?

—Eso.

La Mondongo descubrió su chal y se dió unos golpecitos en el muslo. Luego, con la *mar* de gracia y sin mover del asiento las posaderas, hizo con el tronco del muslo unos garabatos bailables. Dijo:

—¡Ah! pues lo que es *por magras* no faltará.

—Los españoles, amiga, tienen de la mujer un concepto muy *gordo*. Lo difícil es mover las magras con aire de pasodoble. Con eso y unos taco-

nes muy fuertes para levantar un polvo de mil demonios ya tienen su ideal realizado.

Nos bebimos el Oporto. Le pregunté aventuras y me contó doscientas, falsas todas de toda falsedad. Las inventaba, pero llevaban el sello español, el de una imaginación hambrienta, el de la grasa. Nos despedimos, no sin recibir varias fotografías pornográficas en las que la andaluza renegada ponía en ridículo á nuestra madre Eva, de maldita memoria. Salí. Llegué á la redacción, y cuando intenté describir mi interviú, me hallé con la pequeña dificultad de no poder escribir nada. ¿Y cómo convencer á los lectores de que aquel tonel estaba hueco? Pues no diciendo cosa alguna en la crónica, y en paz.

XVI

Difícilmente existirá en el mundo país donde la palabra «madre» tenga como en el nuestro tan variadas sinonimias y esté siempre en los labios de todos, bajo las formas ó modalidades más extrañas. Somos muy desgraciados. Engendramos ideas admirables, sentimientos de inagotable riqueza en su simplicidad, y por un proceso aun muy poco estudiado, esas ideas y tales sentimientos pervier-

ten su intención, derivan á la vulgaridad, se encanallan ó se *flamenquizan*. España es el país del equívoco. Tomamos una palabra sana, fecunda y grave, no paramos hasta devanarla y torcerla, torturando su primitiva significación, mutilando su substancia. Hecho esto, nos reiremos como niños que rompen un vaso; luego, con gran algarada, arrastramos el verbo por el fango, por los pedruscos, por las calles estrechas, y allí lo abandonamos. Se ha dicho que esto era un mal latino; otros, filólogos, han acusado el mal comentándolo así: peripecias del uso. Lo indiscutible es que ese mal tiene en España gravedad extraordinaria por dos razones: porque España es un país gobernado con palabras; porque la ignorancia se ceba en la palabrería, que es al entendimiento lo que la anemia al cuerpo.

Nada más difícil en España que encontrar la propiedad justa de un vocablo. Así como los españoles hacemos en cuanto nos es posible lo que nos da la gana, así también nos hemos decretado el derecho de interpretar las palabras á nuestra manera, vistas á través de nuestro temperamento. Y esa es la causa de que nuestro idioma venga á ser un lenguaje pintoresco, anárquico, pícaro redomado, amigo del escándalo y poco emprendedor. Es preciso guiñar los ojos á cada paso, marcar con tiza roja, comentar al margen, hacer signos de inteligencia, colocar diéresis, comillas, puntos suspensivos, poner sobre los párrafos el tono, la clave y el

tiempo. La jerga del hampa invadió el idioma, se apoderó de él y fijó los sentimientos en vocablos cuyo juego continuo los ha impuesto desgraciadamente para siempre. Un pueblo vago que ha estudiado muy poco, que no ha sentido hasta hoy necesidad de aprender, se ha encontrado de pronto en el siglo y en Europa con un diluvio de nuevos rumbos, de nuevas conquistas y sale del paso con adaptar. Pero no engaña. La necesidad ó la emoción inventan la palabra. Cuando esa necesidad y emoción son importadas, no hay otro remedio que perecer é importar las palabras también. Nosotros sabemos eso por triste experiencia cuando al manejar el tesoro legado del lenguaje nos encontramos ante esos dos males más. ¿Cómo se verifica en las entrañas del pueblo este bárbaro trabajo de desasociación?

Nietzsche ha dado graciosas razones y cien ejemplos curiosísimos en *La genealogía de la moral*. Bopp habla de ello largamente en su grandiosa *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*. Nuestros Hervás, Cejador y Benot—éste en su admirable *Arquitectura de las lenguas*—han escrito de ello. Nosotros, en marcha la rotativa, hemos de acudir al habla de la raza y leer allí de qué manera tan expresiva la degeneración crea los fenómenos del equívoco. Para un español la madre es lo más sagrado del universo: matriz, seno, maestra y guía. Cuando habla de su madre se le llenan los ojos de lágrimas. Si la perdió no permite que nadie

interrumpa su eterno sueño y jamás dejará de vengar la injuria.

El padre tiene poca importancia al parecer entre nosotros. La madre representa en los arcanos de la psicología española un hermoso fetiche al que ofrecemos nuestro sentimentalismo entero. El ser que nos llevó nueve meses en su vientre es idealizado, separado brutalmente del padre que nos engendró, y procedemos con la madre como si el Espíritu Santo nos hubiera concebido y sustanciado en carne femenina. Por eso somos tan pródigos en vírgenes y dolorosas y en ese sentimiento de la raza ha arraigado el culto á la hija de Nazareth convertida en la enlutada señora cuyo corazón atraviesan las simbólicas siete espadas. Como si hubiéramos tomado de ella el ser por entero, le atribuimos nuestras excelencias ó méritos y morimos con su nombre en la boca.

Los lidiadores son el ejemplo más acabado de esto, y su ya famoso culto á la *madre* es la idea representativa del caso. Decir *madre* en España no es hablar de la mujer, de la mitad del género humano, del eterno feminismo; es poner en la boca un símbolo. ¿Cuál? Aquí está la duda, el equívoco, la paradoja increíble cuyos extremos van á parar nada menos que al egoísmo y endiosamiento de la estirpe de cada uno. Los españoles no se distinguen por su culto á la mujer y mucho menos por su comprensión. Tenemos de la mujer un concepto árabe, romano y celta en proporciones desiguales.

Ni en los Códigos ni en las costumbres, la idea *mujer* responde á un amplio criterio de la feminidad ó de la compañera del hombre. En nuestro tiempo, la idea *mujer* es un sentimiento carnal, gatuno, más cercano del prostíbulo que del gineceo. ¿Por qué, pues, esa idea de la madre, desmesurada? ¿Á qué responde? ¿Á una concepción de la maternidad superior á las demás razas de Europa? ¿Á determinado descubrimiento psicológico por el cual una mujer, después del parto, es más mujer que antes ó más hembra? ¿Á que adquiere, sociológicamente, un valor que antes no usufructuaba? No. Obedece al españolismo, un mal que puede definirse así: El arte de hacer creer á los demás que descendemos en línea recta del mismo Dios.

Nuestra madre venerable, como todas las madres del universo, ¿no debía darnos una idea soberbia de la mujer, idea que hubiera encarnado en libros y actos de superior originalidad, ofrecido á Europa una nueva y formidable concepción de la feminidad? ¿Por qué si poseemos por nuestra *madre* esa veneración rarísima é idolatría conmovedora no hemos traducido el sentimiento de adoración sin ejemplo al trato y educación de nuestra *mujer*? ¿Por qué la abandonamos, la tratamos mal, la reducimos á un aparato doméstico que da ropa limpia los sábados y la comida diaria á las doce? Siendo como es muy dulce y muy hermoso tal rasgo de la estirpe, no se comprende bien que no haya producido más que literaturas y canciones y un código

de costumbres primitivas. No se comprende que no hayamos creado una mujer española con el tipo de esa madre adorada hasta el fanatismo. No se comprende que la mujer española esté hueca, vacía de espíritu, indefensa á otras luchas que las de casa, ajena á lo verdaderamente grande que sucede en torno suyo. Y es que el español no se contenta con menos. Ha de idealizar el lóbrego sitio en el que durante unas funciones pasó por todas las formas de los seres inferiores y llama llorando *madre* á la que más tarde escarneciendo llamará *hembra*.

XVII

La palabra *rabiar*, en el sentido perruno de la frase, es completamente española. Hacer rabiar no es incomodar, ni molestar, ni argumentar un acto ó una idea; es algo más grave: es irritar hasta que el *interfecto* eche los hígados ó espuma por la boca y ofrezca las espantosas señales de la rabia canina. Entre los salvajes se hace rabiar en casos de guerra; entre españoles basta una diferencia de criterio y á veces menos; con frecuencia es suficiente la envidia. Quien rabia, babea, *echa pez*, se congestiona, gruñe y revienta. Los que han provo-

cado tal estado psicológico gozan lo indecible y se figuran que son unos héroes. Yo, que anoto con sumo cuidado y diligencia todas las modalidades del carácter español, he observado que en la palabra y acto de rabiar se concretan muchos, muchísimos rasgos de nuestra pintoresca morfología flamenca. Hacemos rabiar á *to Cristo*; nos da lo mismo que sea un toro que nuestro mejor amigo. El caso es verle gruñir, ofrecer todos los síntomas del *disloque*. Espiamos con paciencia infinita un momento y nos lanzamos sobre la víctima por gusto de verla sufrir y nada más.

Si nos preguntasen por qué hacíamos eso, les diríamos que porque tal sujeto nos *revienta*. Veis muchas veces que un periodista no *puede ver* á otro y que aprovecha cuantas ocasiones le vienen á mano para abuchearlo; si le interrogarais, os diría sin pudor ni ocultaciones que el tal *bicho* le molesta. ¿Razones? ¿Os parecen pocas las de que el tal *bicho* le molesta? Leed á fondo y veréis cuánto encierra esa hedionda frase española. Discutir, nunca; guiarse por los bajos instintos del egoísmo. Contestamos á las razones con puñaladas, y bien sabéis que éstas no sólo se dan con las navajas, sino con las ideas. Quien esgrime gitanescamente un vocablo, os puede hacer más daño que si os rajara de par en par con una hoja curva de Albacete. Hay sujetos á centenares que se dedican á ese oficio y lo tienen á grande orgullo y hasta lo conceptúan como una grande aureola. Si generali-

záis en vuestros escritos, conversaciones y discursos, ellos particularizan; si impugnáis un problema en conjunto, ellos deducen lo que les da la gana y ya está *armado el lio*. No olvidéis que en España á los problemas se los llama líos y que se les pretende resolver á hachazos. Liarse la manta á la cabeza quiere decir lo mismo que echarse por la calle de enmedio; ó sea que le importa lo mismo que le salga pez ó le salga rana.

En todos los países del universo que conocemos se discute y se odia; pero entre nosotros la discusión tiene una forma que es la antipatía y el odio un molde que es la repugnancia. Aquella tierna y enérgica protesta de Jesús de Galilea: *Qui me non est contra me est*, tiene entre nosotros esta asquerosa variante: la del que no piensa como nosotros está contra nosotros y hay que quemarlo vivo. Nuestra venganza es más formidable que la *vendetta* de los italianos. El italiano se venga de una vez; nosotros de minuto en minuto y en las cosas del alma, en la carne viva del espíritu. Incapaces de abarcar é impugnar un vicio colectivo por cobardía y estrechez de pensamiento, nos cebamos en el sujeto y le volvemos *por pasiva*. Gráficamente, así es. Cuando el sujeto protesta y se enfurece con justicia, le execramos donosamente; decimos: canta la palinodia. Cantar la palinodia es interrogar, es preguntar á los verdugos en qué razones ó leyes fundamentan su odio ó sus martirios. El verdugo se ríe y todos corean. Se concede á las víctimas el

derecho del pataleo, y esto hace tanta gracia, que se desternillan de risa los espectadores, lectores ú oyentes. Patalear es gemir ante la imbecilidad y la impunidad y el fanatismo. Si quemáis vivo á un hereje y patalea hay que reirse forzosamente, porque el desgraciado no sabe que está haciendo el ridículo y se debate en el vacío. Si herís en el alma á un hombre y patalea, hay que concederle el derecho de que levante las *patas* al aire; el pobreillo no se da cuenta de que es necio tal acto y que las cosas que suceden porque deben suceder tienen *más fuerza que Dios*.

Además, *apurando* el tema, podéis estudiar en el amplísimo programa de los sinónimos psicológicos del alma nacional que la palabra *patear* es uno de los movimientos de la rabia. Enfermos y miserables, nos complacemos en hacer daño y en ver con los ojos el daño que hicimos. Hemos sido siempre estérilmente crueles y miserables. La Historia lo dice, y por si lo dudábamos, ha quedado impreso en nosotros etnológicamente ese funesto rasgo de la estirpe. Muchos siglos de guerras exteriores y civiles nos han dejado en el lastimoso estado de nuestro flamenquismo. La emoción nos está vedada si no viene directamente de la sangre vertida. Cuando nos hacemos paladines de una idea, lo primero que compramos para imponerla es un revólver, y los que van á oirnos lo llevan también. Podéis creer que exagero, pero en Granollers os dirán algo de eso. Lo bufo entre nosotros no es

jamás delicado, ni tiene matices. Hubiéramos apedreado en nuestras calles á Luigni Van Beethoven porque llevaba melenas hasta los hombros, como lapidábamos hasta hace poco tiempo á los locos, como insultan hoy nuestros niños á los borrachos. Lo bufo, por reacción, provoca en nosotros el sarcasmo y nunca la sonrisa. Nuestra compasión no es misericordiosa sino miserable. Nuestra compasión hace daño y va acompañada siempre de alguna infamia ó una tremenda brutalidad.

Yo no dudo de que habrá excepciones, pero he de manifestar con serena energía que somos así. La ignorancia absoluta y sin restricción de algún género en que vegetamos ha aguzado nuestro instinto de conservación hasta el punto de que nos es antipático é irresistible todo lo que huele á cultura, generosidad é ideal. Llevar el ideal en la cara es un delito. Ahora bien; si lleváis en la coronilla un apéndice ó la procacidad en el rostro serrano, las mujeres y los hombres os felicitarán con entusiasmo, os seguirán y se os venderán á discreción por dos cuartos en cuerpo y alma. Quiero decir que nos combatimos con armas ilícitas y sin unción ni resultado. Cuando debemos oponernos á una idea, injuriamos; cuando es necesario argumentar, lo primero que eliminamos es al autor del argumento contrario negándole condiciones para discutir con él como si nosotros hubiéramos bajado del cielo la mañana anterior. La envidia entre nosotros es grosera y muy parecida á la que se tienen las mujeres

de baja especie. Como el mercado es chico y malo, defendemos nuestras opiniones como las patatas y nos las arrojamos á la cara. Quien sangra pierde. Quien sangra tiene el derecho de patalear, y cuanto más patalea mayor hilaridad produce. De este modo nos consumimos y en ello radica el que tantos años de lucha y de oposición no creen sino un estado vergonzoso de irritación rabiosa en los de arriba y en los de abajo.

XVIII

Ha de preferir la acción á la crítica y comprender que el que merece aprecio es el que obra de un modo activo, aunque sea imperfectamente, y no el que se contenta con explicar de qué modo debiera procederse.

ROOSEVELT.—*El ideal americano.*

¿Por qué los jóvenes preferimos decir la verdad á realizarla? Necesario es que cambiemos en los procedimientos y que, sea como sea, salgamos á las plazas y hablemos claro. España, como nación moderna, es una lástima, una paradoja viviente, un falansterio de mezquinos intereses, defendidos,

como se defiende lo poco, con atroz ensañamiento. Es evidente que tenemos la obligación de procurar que España sea una nación perfecta, que no siga cometiendo tantas simplezas, que produzca genio. Para esta obra nos sobran razones y parece ser que nos falta voluntad y hasta orientación. El inventario de las cosas que necesitamos está ya hecho. También lo está el de las buenas cosas que conservamos. Mal ó bien, existe una juventud que trabaja en su reforma. ¿Por qué hemos de evitar el contacto de la realidad y legislar desde los gabinetes y los periódicos?

España, nuestra patria, pedazo hermoso de la tierra, colocada en magnífica situación geográfica, puede convertirse por nuestro esfuerzo en una bella nación. Andamos equivocados al refugiarnos en la prensa. Los que leen se mueven con dificultad á la acción, y por muy claro que un asunto se haya expuesto, y por muy perentoria que su resolución sea, nunca influirá tanto en los espíritus como la lucha. Dicen los cobardes que en España no puede haber lucha, que el monólogo es la manifestación dramática de la inteligencia en España; pero los que se atreven á luchar encuentran con grata sorpresa que no es así, que en nuestra patria siguen hallando eco y campo propicio las ideas levantadas, generosas y nobles. La observación como dato es insustituible; pero insistir en acumular teorías, probabilidades, proyectos y críticas, no es levantar el espíritu público ni moverle á la acción. Que-

remos almas generosas, iluminadas por las mismas ideas que concibieron, fuertes con la fortaleza adquirida en la soledad, las cuales se apoderen de los lugares estratégicos para obrar con rapidez y maestría. Sabemos que no tenemos otro remedio que luchar, puesto que la ley de herencia nos regaló el nacer en España y no queremos saber que, siendo muy difícil cambiar los vicios y mecanismos de las instituciones profesionales, necesitamos aprovechar el tiempo.

Los años aumentan el mal, el tiempo conspira en contra nuestra, y mientras discutimos escolásticamente si el difunto está muerto, él se ha podrido. Hora es, ó va siendo, de que demos de lado á las probabilidades que en favor ó en contra existen. La casa se hunde y hay que arreglar la casa. Kant y Platón pensarían de ello lo que tuvieran por conveniente, pero nosotros vemos que materialmente, no moralmente ni ideológicamente, la casa se viene abajo.

Nuestra patria fué grande y dejó de serlo; esto lo saben los niños. Nuestra patria podía ser grande, y por culpa suya no lo es; también lo saben los niños. Lo que no sabemos los jóvenes es que nuestra patria, por incuria nuestra, va á resultar muy chica pudiendo ser muy grande. Los teorizantes—cuya necesidad no es preciso demostrar ni ensalzar—huyen, como gatos del agua, de la lucha, mientras que los luchadores que por estos barrios se estilan ignoran los problemas del espíritu uni-

versal. No es por otra causa por lo que, divorciados el político del sociólogo, anda cada uno por ahí haciendo su labor, desconociendo la esterilidad de su evidente esfuerzo.

El mismo Roosevelt, en el libro de la cita anterior, dice á continuación: «Hay que tener un ideal elevado y esforzarse por realizarlo; pero conviene no ignorar que no se llegará nunca á él por completo y que deben emplearse todas las energías disponibles para lograr la parte que puedan.» Y al principio del capítulo afirma de un modo tan admirable como sencillo que la ilustración (de los jóvenes) les servirá para avergonzarse de sí mismos si obran de modo mezquino y deshonesto y si faltan al ideal de todo buen amante del país. Es preciso que muestren empeño en demostrar que se aprovecharon bien de su cultura; pero no tienen derecho á creerse superiores hasta que sus obras convengan á los demás de que realmente son superiores. Los jóvenes españoles suelen tener gran cantidad de lo que en lenguaje vulgar se llama talento natural; pero va acompañado, desgraciadamente, de un orgullo frío y de una destemplanza del peor de los géneros que los inmoviliza. Además, su entendimiento gusta de no excederse, recordando con sus obras aquella frase de San Juan de la Cruz de que el entendimiento camina á Dios sin entenderle. Donde dice Dios poned porvenir, y veréis que es cierto. Parece ser que somos reacios á obrar en lo que llamamos gráficamente *vacío*, y que nos de-

jamos arrastrar por nuestra propia cultura. Esta engrandece, mas se enmohece y no puede permanecer inactiva sin relajarse.

Temer que la cultura haya de sufrir en la lucha es no conocer la naturaleza de la ciencia. Los caracteres de hierro son muy frecuentes en España, madre de almas hercúleas; pero muy pocas veces la cultura se encarna por pereza en tales caracteres. Así resulta que pudiendo ser España tan grande como Alemania no lleve tal camino ni algún otro, sino que esté á merced de dos fuerzas, la vieja de los políticos y la nueva de los sociólogos que igualmente la desgarran y la inutilizan. Debemos estudiar si la cultura puede adquirir el carácter de hierro y como sí puede y no es difícil, pues para eso hay que renegar del orgullo y del amor propio, tenemos que asegurar á quien quiera oirlo que España se salvará. ¿Cómo? Salvándose. Los jóvenes ilustrados han de salir de sus casilleros y mecedoras á que les dé el aire de las montañas, trepar valientemente por ellas y entregarse á la actividad sin temor. Fecundar la realidad exige ese sacrificio, porque la realidad no ha de venir á entregarse á nuestra casa ni los intereses que medien en el asunto, aun convencidos, han de oponerse á nuestra disposición. Sólo vence quien busca la victoria. No suele ella venir á nosotros, y si la verdad sale del pozo de los tinteros, Bismarck no encontró en ellos la unidad de Alemania.

XIX

—¿Eres tú el caballo *Cid*?

—Sí, yo soy; ¿vienes á molestarme?

—Vengo á que me expongas tus quejas para transmitir las á la Sociedad protectora de animales y plantas.

—Yo no me quejo de nada.

—Lo sé. Lo he visto muchas veces. Cuando el cuerno del toro os arranca la asadura no protestáis. Pero hay ciertas personas á quienes conmueve vuestra suerte.

—¿Y qué personas son esas?... ¿Esa sociedad á que te referías?

—No; esa sociedad ignora que todos los años mueren seis mil caballos viejos en las plazas de toros. Precisamente la constituyen gente rica que venderá sus caballos á los chalanos para el arrastre.

—Entonces, ¿quién se interesa por nosotros?

—Fuera de España, mucha gente. El doctor Guglielminetti y el senador Martín han ideado para defenderos unas corazas protectoras. En el último Congreso de protectores de animales se habló de vosotros. Aquí en España la protección á los ani-

males es causa de chistes y burlas. Proteger á un animal es cosa de orates, viejas y zamacucos. Sin embargo, yo que llevo un látigo en la mano para fustigar á esos imbéciles de la burla, vengo á suplicarte me digas qué género de sufrimientos experimentas en las plazas de toros.

—Pregunta y te responderé lo que proceda.

—¿Por qué te llaman *Cid*?

—Verás. Yo era un magnífico animal de tiro. Era muy bello y muy fuerte. Ese *Cid* debió ser también muy fuerte y muy bello.

—¡Valiente caso hacen del *Cid* sus descendientes! Sigue.

—No sé seguir, ni quiero. Mi historia es la del trabajador. He trabajado mucho y nada más. He comido después de trabajar. Esto creo que no importará á los hombres. Un día me trajeron aquí, me vendaron un ojo y de pronto sentí en el vientre un gran frío seguido de un dolor terrible. Luego he sentido eso muchas veces. Para curarme cosen la piel ó meten estopa. Cuando no puedo andar me pegan. ¿Te interesa saber algo más?

—¿Cuántos años estuviste al servicio del hombre?

—Treinta.

—¿Recuerdas por qué cantidad te vendieron?

—Por doce duros.

—¿Qué te parece del pago que te dan?

—Si pudiera los mataría á coces; pero ellos tienen la fuerza.

—La fuerza es la razón de los hombres. Si hubieras nacido en Inglaterra te hubiera pintado cariñosamente un Horacio Vernet ó un Salvator Rosa. Allí tienen el Derby; aquí tenemos las corridas de toros. Bien es verdad que también salís en los periódicos ilustrados y siempre hay algún discípulo de Perea, Marcelino de Unceta, Domingo ó Esteban que os copia en sus cartones.

—¿Y dices que en Inglaterra?...

—Se os ama. Se reconoce vuestra utilidad y vuestra belleza. Se aprecia vuestra docilidad, bravura, nobleza y gallardía. Se sabe también que sufrís y que vuestro destino inferior os hace interesantes.

—¡Qué diferencia!

—Aquí se ignora todo esto. Si nadie quiere á nadie, ¿cómo se van á compadecer de vosotros? Ni siquiera recuerdan á *Rocinante*. Sólo en memoria de este caballo debían evitaros ese horrendo martirio de las plazas de toros.

—¿Quién fué *Rocinante*?

—Un caballo que estaba en los huesos como tú y cuyo nombre ni los niños ignoran. ¡Tanto talento tenía!...

—¿Y no le recuerdan cuando nos ven en las plazas?

—¡Oh, no! La característica de una plaza de toros es que todo el que entra en ella pierde la memoria.

—¡Qué malos deben ser los hombres!

--Un poco, amigo; pero ellos se creen muy buenos.

--¿Y en qué fundan su bondad?

--En que hacen lo que les da la gana. Cuando el toro mata muchos caballos piden más, y si no se los dan queman la plaza y hacen otras porquerías muy dignas del siglo XX.

--¿En qué siglo dices que vivimos?

--En el veinte de la Era Cristiana, según el Cómputo Gregoriano.

--¿Y han hecho esto con nosotros en los otros siglos?

--Jamás los españoles fueron ingratos con los caballos. Á ellos deben su independencia. ¡Ah, si las Órdenes de Caballería, que aun subsisten, cumplieran con su deber!...

--Dijiste Órdenes de Caballería. ¿Qué es eso?

--Quise decir, *Cid*, que de vuestra nobleza tomaron esos próceres el nombre. Se dice caballero y caballerosidad. Sin duda que lo han olvidado. Quería decir también que esas poderosísimas cuatro Órdenes militares debían evitar la vergüenza de que se os asesine en las plazas.

--¡Parece mentira!...

--Os insultan continuamente, aun después de muertos. ¡Si leyeras cómo os tratan los cronistas taurinos!... Dicen: «El toro dejó en el ruedo tres pencos.» Otras veces os llaman sardinas, babosas y cien mil injurias. Así se divierten.

--¿Pero es posible que eso divierta?

—Eso preguntamos algunos. Pero nos dicen que es llorón, y sentimental, y cursi, y estrafalarío. En España se destrozan los árboles, se frien y comen los pájaros, se pega á los perros y se os arroja á los circos taurinos. España es así.

—¿Y qué les parece á los extranjeros España?

—Un país encantador en el que la civilización no ha entrado aún, y en el que las naturalezas amantes de sensaciones fuertes pueden recordar cómo eran los hombres en las edades bárbaras.

—¡Qué vergüenza!

—Pues no lo creas. Muy pocos se avergüenzan de ser españoles y hasta se ofenden cuando se les llama crueles, fanáticos é ignorantes. Este pueblo no conserva de los tiempos de su grandeza otra cosa que su orgullo y el inmundo prurito de la adulación, como tampoco conserva de aquellos tiempos otro recuerdo que el picador.

—¿El picador?

—Sí, *Cid*, sí. El picador es la caricatura de aquellos piqueros de Italia y Flandes. No lo olvides. La lanza se tornó en puya y el chapeo gentil en castoreño, el jubón de ante en chaquetilla de lentejuelas, las calzas acuchilladas en las bragas amarillas y en la mona.

—Debes tener razón.

—Sirve de muy poco en España tener razón ó no. Mas el espíritu europeo nos exige protestar contra todo martirio.

—Es que creerán que no tenemos alma.

—¿Y el que martiriza ó se goza en el sufrimiento, la tiene? Si el alma no es, como decía un filósofo griego, cierto compuesto de algo que se ignora, ¿qué otra cosa debe ser que el respeto y la veneración de lo que en torno de ella existe, su uso moderado y sabio y su alteza de miras?

—Diles que sufro aunque no me queje.

—Les diré eso por si me oyen; les diré más, *Cid*; les diré que su propia dignidad les exige no prescindir esa crueldad estéril.

—¿Suelen compadecerse los hombres?

—Según les da. Los verdaderamente enérgicos, sí; los débiles, no. Los débiles son la causa de las guerras y de toda desdicha.

—¿Los débiles?

—Los débiles. La fiesta de los toros es la fiesta de la cobardía, de la debilidad, del feminismo. Si los caballos muertos no fueran la prueba, la tendríamos en que una fiesta en la que sólo interviene una ó dos cuadrillas mientras miran y azuzan veinte mil personas es la fiesta de la impotencia.

—¿Y tú se lo dices así?

—Lo llevo diciendo seis meses, lo diré toda la vida.

—Tal vez no te hagan caso.

—¡Y eso qué importa! Mientras ellos cometen sus crímenes sin sanción penal, oirán la voz del que predica en el desierto y les quedará el recurso de taparse los oídos para hacer que no oyen.

—Pero ¿y esas sociedades protectoras de animales qué es lo que protegen?

—Lo ignoro. Para ellas hablo, para ellas escribo y no hacen caso. Suelen estar constituidas de políticos y de mujeres viejas muy religiosas para los cuales la palabra *animal* no debe tener importancia alguna.

—¿Entonces qué es lo que protegen?

—¡Y qué sé yo! Pero debe ser tan hermoso decir que se pertenece á una Sociedad protectora de animales, que muy bien se puede arriesgar un billete del Banco, aunque no se arriesgue otra cosa, al placer de que nos tengan por bondadosos y espirituales.

—¡Cuánta hipocresía!...

—¡Cuánto crimen!

—No hables más. Sufro oyéndote.

—Quédate en paz, *Cid*, y te deseo una muerte rápida.

—Eso deseo yo también.

—Que los manes de Calígula te protejan.

—Guárdate de los hombres.

XX

*Oh fortunatos nimium sui
si bona noriut Agricolaer!...*

VIRGILIO.—*Geórgicas.*

Lo único que resta sano en España es el campesino, y sin embargo, nadie quiere hablarle. Él se lamenta y se encoge de hombros. Mientras él posee de la ciudad un concepto verdadero y grave, la ciudad le mira con desprecio, ó con indiferencia, lo que es cien veces peor. Hay ideas hechas acerca del campesino, lugares comunes que todos manejamos como ciertos. Según ellos, los campesinos son gente egoísta, casera, de educación lamentable, pícara y cristiana; su amor al trabajo es una especie de condena aflictiva; su visión del campo es una labor cotidiana, áspera y poco científica: su instinto doméstico, una querencia. Todo esto es mentira, y el pueblo, la hermosa idea «pueblo», en cuyo nombre tantas ambiciones y medianías hablan y medran, tiene su origen, sus raíces en el campo. Tolstoi ha escrito, hablando de ellos, sus páginas más hermosas. El novelista Daudet ha compuesto verdaderas tragedias con el asunto de la relación entre el hijo del campo y el vientre de la ciudad.

Oerhaerem, el poeta belga, ha lanzado su maldición á las ciudades que arrojan sobre el campo sus tentáculos, sorbiendo su vida por millares de horribles ventosas. Henry George ha elaborado su prodigiosa teoría del valor de la tierra observando las exacciones de que son víctimas los campesinos. Los obreros mismos parecen cuidarse muy poco de la existencia de los labriegos y de su ignorancia. Los jóvenes los rehuyen, evitan su presencia con cuidado, temerosos de entrar en comunión con estas almas solitarias en quienes el pulso de las naciones late en todo su vigor ó decrepitud. El bienestar de los países se mide por el bienestar del campesino. La riqueza de una potencia es la suma de las hectáreas cultivadas. La cultura de un pueblo se traduce en perfecciones de cultivo. España no se toma la molestia menor en estas bagatelas y bate el *record* á Europa en estas insignificancias: abandono del campesino; número mínimo de granjas agrícolas; uso muy pobre de máquinas agrícolas; matrículas escasas en las escuelas experimentales agrarias; ingerencia constante del fisco; absoluta dejadez en cuestiones del régimen interior de los pueblos; ninguna ó rudimentaria protección al maestro de las aldeas; enseñanza por la tradición de las difíciles y pacientes labores del campo; negación á la campesina de los derechos de la mujer de la ciudad. Jovellanos, después Costa, quisieron hacer de España lo que antes era, lo que debe ser, lo único para que sirve: el granero de Europa.

Su informe agrario y el programa de las cámaras agrícolas del Alto Aragón han surtido los siguientes efectos: despoblación anual de las provincias en número aterrador de emigrantes; el vergonzoso proyecto de colonización interior; la negación sistemática de presupuestos extraordinarios de agricultura; las dehesas para pastos de toros bravos de lidia; las inmensas extensiones de cotos para caza; las posesiones enormes cuyo único objeto es la ocultación de riqueza; los intentos repetidos y fracasados de catastro parcelario; la falta de crédito y préstamos, bancos y cajas agrícolas; la lentísima repoblación forestal; las inundaciones periódicas; la pobreza de los pantanos y canales de riego; la escasez de los caminos vecinales. Cuando los próceres republicanos extienden el panorama futuro de nuestras grandezas, describen con gran lujo de detalles la esterilidad de nuestro suelo, erial en su mayor parte, tierras de secano, rastrojos, mesetas y estepas sin aprovechar, vergeles olvidados por los que hoy rueda el siroco ó el solano; pero no dicen lo que se debe hacer, pues la revolución no va á improvisar tierras en estado de cultivo, ni con ametrallar un campo se conseguirá que la arenisca se convierta en greda ó marga arcillosa, ni con hablar al campesino de la tan decantada igualdad se conseguirá que sepa convertir en tierra laborable un terreno cretáceo ó silíceo. ¿Quién ama el apostolado en el campo?

Nuestros escritores husmean por los prados en

busca de anémonas, tréboles, sésamo, navinas y miagros, ó espigan tragedias espeluznantes en la sementera, ó relatan novelones con las leyendas y la ignorancia de los pueblos. Pero no procuran hacerse superiores á la sugestión enfermiza de estas famélicas obras de arte cantando lo que el campo debía ser, arrastrando la gente de la ciudad al campo, convirtiendo el hotel en granja, el jardín en huerta, el patán en labrador. No sólo deben cultivarse las tierras, sino lo mejor posible, lo más científicamente. Se educan la tierra y la planta como las criaturas y no basta necesitarlas ó amarlas. Así es como Rimpau logró su celebrada «semilla de Schlanstedt» ó el cultivador americano Burbank su nueva variedad de patatas, cuyo consumo, por esta causa, aumentó en un año ochenta y cinco millones de francos. (*Biologisches*. De Uries.) Nosotros nos contentaríamos por ahora con que se cultivara todo el terreno que desde el disparatado decreto de expulsión de los moriscos está sin sentir la reja del arado. Los milagros de la agricultura, los prodigios de los abonos minerales, todo lo que significa progreso campesino, es letra muerta para nosotros, comidos y raídos por la pesadilla de la política.

Tanto le importa á nuestro republicanismo la semilla de Schlanstedt como que falten al hombre moderno por atrofia el órgano de Jacobson y la glándula de Harder. ¿Por ventura no se ha hecho en España cuestión política los problemas de la

agricultura, cuando debían ser ajenos á los escandalosos agios y las necedades imperialistas? ¿Y qué republicanismo es ese que no ama la tierra y dedica su fervor por entero al cultivo? Nos asusta el campesino; yo creo que nos aleja de él ese espíritu rancio de aristocratismo y de orgullo que nos ha distinguido siempre, que nos lleva al cielo en ensueños mortales místicos. El «Dios proveerá» nos ha hecho mucho daño. Confiamos en Dios más que en nuestras fuerzas. El campanario vigila los campos. La iglesia atrae ó anatematiza las nubes, porque éstas no son accidentes climatéricos que estudia la meteorología, sino instrumentos de la venganza providencial que adivina el señor cura párroco. ¿Y qué importa que la reja del arado romano ahonde poco si los ángeles del Señor lo conducen y sobre los bueyes descende una aurora celestial? Nuestro campesino es muy poco culto, y nosotros, no él, tenemos la culpa. Podemos reirnos si así lo tenemos por conveniente; pero es cierto que cuando los gatos se atusan y se desprende el hollín de las chimeneas, señal es de lluvia súbita. También es cierto que el tiempo continuará bueno si el reyezuelo canta entre nueve y diez de la mañana y cuatro y cinco de la tarde.

Si veis al anoecer muchos murciélagos, es que amanecerá claro. Es señal de que lloverá dos días y medio si os duele la rótula, pero si el peroné os escuece lloverá tan sólo dos días. Si sentís calambres no habéis de dudar de que se acerca la

tempestad: si un ánade chilla como un niño pequeño es que habrá granizo. ¿Qué culpa tiene el aldeano de ser crédulo, desconfiado, fanático y picardeado? Los hombres de las ciudades debían venerarlos con culto especial; sin embargo, los ridiculizan, los execran, los humillan; cuanto más, les hablan de una política que no entienden, de esa guerra sorda de ambiciones humanas que nada tienen de humanitarias. El partido republicano debía atraerse francamente á los campesinos con apostolado especial, en el que hubiera mucha ciencia agrícola. Mas para hallar á esos hombres de ruda sinceridad, de puro corazón, de cerebro contemplativo, es preciso mucha bondad, mucho amor, y esa verdadera energía del espíritu que consiste en decir cosas grandes con parábolas, en excitar á la acción con sonrisas, en despertar la curiosidad con el ejemplo. Lo demás, queridos republicanos, es quererse explicar por qué razón ó razones el Cristo de Burgos tiene á los pies tres huevos de avestruz. El campo, he ahí el huevo de donde saldrá la revolución.

XXI

Más plantao es mi gitano
con sus tijeras al cinto,
que lo fué el emperaor
llamao Carlos el quinto.

CANTAR POPULAR.

Los gitanos, tan maltrazados por Cervantes, son una de las fuentes necesarias para el que desee estudiar la psicología de nuestro país, si es que nuestro país tiene psicología. El gitanismo, tan poco observado por todos si no es en su pura forma pintoresca de pueblo farandulero y tribu errante, es un caudal de riquísimo estudio para comprender cómo se ha flamenquizado en un grado monstruoso nuestra raza, desde el andaluz hasta el eúskaro, desde el gallego al valenciano, desde el castellano al catalán y aragonés. No aspiro á descubrir nada nuevo; quiero llamar la atención, sencillamente, sobre lo que todos ven y palpan.

Es indudable que en el toreo hay una escuela gitana, que hay otra escuela gitana en el *cante* y *baile*, que hay un gitanismo en la política, que hay una estética española llamada gitana. Ignoro si el vehículo principal del microbio flamenco ha sido

el gitano ó el tren; pero lo que no ignoro es que el gitano ha influido en la entraña de mi pueblo como ninguna otra raza en lo antiguo y en lo moderno.

El alma del gitano, descreída y fanática; incrédula y supersticiosa; amiga de lo ajeno sin otra razón que la uña, la malicia y la astucia; somnolienta y convulsiva; hermosa y sucia; extravagante y liberal, ha emocionado tanto á los españoles, que no pudieron menos de imitarles ó copiarles en la mayor parte de sus caracteres fundamentales. Los escritores, sin casi depurarlas, trasladan esas almas á sus libros con grandes elogios; los cantares populares, en su tercera parte, de origen gitano son; en el mismo señorito español hay infiltraciones y muy abundantes de la gitanería, hasta el punto que sea *lo* que le distingue del *señorío* universal. No pretendo yo ahora profundizar en el asunto, sino presentaros con ese enojoso preámbulo á Pepe Hierbaluisa, cantaor cañi y pelaor supremo de borricos. En la iconografía nacional ocupa un puesto preeminente. Si le retratáramos de cuerpo entero, como ellos prefieren, habríamos de vestirlo de flamenco descuidado y mugriento, con remiendos *estratégicos*, guitarra en bandolera, navaja, tijeras, escapulario y los evangelios del maleficio que le colgó su bendita *mare e su arma* el día *martido* en que *agomitó* la *primera bilis*. De busto es un *ánge*. Pelo en chuletas, flequillo, pelambarrera en la coronilla, *afeitao* como un inglés, ojeras de tres meses, nariz aguileña de tipo hebraico, andaluz,

cejas negras como una noche e tormentos, expresión patibularia y ojazos de eunuco. Vive. Si os parece poco, preguntaos á vosotros mismos cuán cara no es la existencia. Vive, y en torno suyo y sin otra irradiación mental que la suya, viven dos ó tres familias. *Roba con diznidaz; tié más pupila que la calandria en celo; despluma á quien puede; vende bien lo malo, lo que no tié remedio, y se presta á lo que salga eludiendo por contrato de sangre la responsabilidad.*

Esto es admirable, y parece mentira que existiendo 476 cárceles sortee tan orgulloso el Código penal. Y es que lo entiende á maravilla y no hace nada sin complicidad ni complicaciones. Cuando lo cogen con la mano en la masa, hace lo que los singes: pone su alma en los brazos y desarma. Os ruego que os toméis la molestia de fijaros en esta imagen que revela mejor que un libro las tres cuartas partes de nuestro sentimentalismo. Pepe Hierbaluisa, que además de poseer esa arma tiene voz, es la demostración de que no estoy equivocado. Las emociones llegan á su espíritu desprovistas de delicadeza ó sutileza, llegan íntegras en su brutalidad y explotan como cohetes en su sangre. Su *mare* no es mujer, sino su *mare*; su querida no es su concubina ó su esposa, sino una *mujé*; la vida no es la existencia, sino un harén, un paraíso ó un sepulcro, con frecuencia las tres cosas á la vez. Lo generaliza todo reduciéndolo luego á si mismo con un egoísmo embrutecedor. Y canta. La guitarra en

sus manos es triste y su voz no sabe sino las amargas inflexiones del llanto. Plañidera de oficio y de conveniencia, tiene en la garganta modulaciones bárbaras de violencia cariciosa y variaciones religiosas de funeral. Gipea, palmotea, ayea, muge, gime, ronca, retuerce el pescuezo para dar á la voz un giro tortuoso, espata, carraspea, gargajea, gruñe, pica las palabras, las divide, las quiebra, salta las ideas como el trascuerno, se entretiene en inútiles y quejumbrosas codas y gesticula horriblemente con la cara, acompañándose del bastón, las piernas y un movimiento muy curioso de la cabeza.

Todo esto para deciros una necedad lacrimosa, un dolor de fantasía, una aspiración infantil. Salió de *presirio* y se encontró á la *otra*—el *otro* es él—con un *esgalichao* y se lastima del percance pidiendo consuelo á la Macarena. Bebía vino e Jerez cuando pasó la primera *mujé* que él había *jecho una calamiá*, y el vino se le *golvió* vinagre y sal, y como su *arma* se *queó* en carne viva y él no dejó por eso de zamparse el vino, resultó una *carnicería*. Para consolarse de las penas se entró en un cementerio, y ¡zas! lo primero que pisa son los huesos de la que él quería tanto y por la que él robó y mató, bien es verdad que sin meterse con nadie. Él no sabe lo que es el *Mundovillilla*, pero su *mujercivcita* que á él lo mantiene le *tié prohibibilibilibillo* que se asome, no sea que le robe tal joya alguna mala *jembra* que los manges se

coman. Cuando él llora hasta las flores gipean, y de una rosa sabe él que murió el mismo día que su *arma*. Tres cosas hay que él odia á muerte: la primera *mujé* que lo engañó, *er* sol que lo alumbray y la *gachendi* que lo *tié sequito* como hilo e araña.

¿No es todo esto monstruoso, incoherente, hueco y vano? Cuando quiere ser fino es odioso. No pueden interesar las penas de un sujeto que tiene por profesión llorar en todas las juergas. No puede interesar el corazón de un hombre que es un organillo de manubrio. No puede ser portavoz de nada un pobre joven roído por los vicios más bajos, cuya voz suena á casa de lenocinio. Las soleares, el jaleo de Jerez, los panaderos, el fandango, los tientos, los tangos, las malagueñas, las peteneras, el bolero, el vito, las granadinas, las sevillanas, al invadir todas las regiones de España han tomado multitud de formas extrañas al canto árabe, se han alargado, contrahecho, lastimado y entenebrecido. Pero sean lo que sean musicalmente, son imagen exacta de la raza, dicen lo que somos, vacíos, desorientados, juerguistas, presidiarios y muy poco hombres; sobre todo nada estudiosos, ni varoniles, ni poetas. ¿Poesía ese *cante jondo* que sólo habla de huesos de muerto, violaciones, estupro, manzanilla, locuras, mentiras é intentos de suicidio? Pepe Hierbaluisa es famoso. Como dice el pueblo, gana lo que quiere. Se le llama en todas partes, hasta para celebrar los nacimientos de las criaturas. Los que le oyen sienten en el *organismo*

gruesos trastornos y provoca tan complicados estados de alma que ésta no sabe decir sino *olé*, lo que no ha sido estudiado todavía por los psicólogos, pero que sin duda quiere decir algo.

El gitano maneja la voz como la navaja y la hunde hasta las entrañas en el corazón de los simples mortales que sueñan con cementerios, queridas, corridas de toros, chatos de manzanilla, aceitunas, trajes de luces, vírgenes, procesiones y panderetas. Lo que nadie sueña es en ser un hombre. Porque ser un hombre según el Hierbaluisa es pasarse la vida ayeando y mintiendo más que el *Volao*. Se ha estudiado muy poco estos cantos y sus nombres. Todos los alaban, todos se placen en ensalzarlos, nadie los denigra. El Hierbaluisa es célebre, viste como un torero y lleva con desenfado en su rostro las señales del espirocheto pálido de Huismans. ¿Y por qué no? Ello aumenta su genio y la simpatía que despierta y en su rostro atezado y manchado sueñan las mujeres y los hombres, y cuando él canta parece que es la raza quien alza su voz. Cuando no hay canto pela borricos. La tijera y la navaja y la guitarra descansan cerca de él como tentáculos de su alma pobre, libidinosa, de histérico y grosero y zafio. ¡Y todavía hay quien á estos hombres y á estos instrumentos respeta y protege y canta!... Con razón, con razón, ¡vaya! Nada es mejor en unas elecciones para degenerar el sufragio público que los lagrimones del Hierbaluisa. Quien le oye no *tié* otro remedio que imitarlo

y beber chatos y dolerse como el Hierbaluisa. Porque es condición del histerismo la propagación, y un histérico de temperamento gitano contamina á un país, cuanto más á un necio que no estudia, ni lee, ni sufre de veras.

XXII

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y fué que la bella Borrego llegaba á la capital. Siete días con sus siete noches, periódicos, carteles y revistas publicaron retratos, aventuras, anuncios y reclamos. De cabeza á rabo venían atascados los periódicos con el relato de la vida y milagros de la bella Borrego... ¡Oh qué vida!...

Imaginad una mujer. Allí donde las otras mujeres, las de casa, las nuestras, de quien nadie se acuerda, tienen narices, ojos, boca y orejas, algunas pelo y otras dientes, la bella Borrego tenía nada menos que el alma de Andalucía, ó sea, estereotipando, dos niñas de cuerpo entero en cada ojo, un clavel rojo en la boca, narices de cuyas fosas dijéranse comunes, no por lo vulgares, sino por los muertos que podían enterrarse en ellas y ciertas orejas de las que pendían unos brillantes de peso bruto de unas tres arrobas. De la redondez

de los hombros no hablemos porque no es cosa de no dormir en diez días, y de los senos digamos únicamente que siendo dos parecían uno. El palmito, trapío, lámina ó estampa de la circumspecta era capaces de destornillar una tuerca de su perno. Sin ser alta y sin ser gruesa, tal maña se daba para mentir las dos cosas, que con la ayuda de Dios y unos buenos tacones con sólo alargar la mano hubiera cambiado la veleta al Giraldillo.

Pero ¿qué significaba el triunfo de su carne al lado de su historia? Sabíamela yo de carrerilla y hasta la puse en coplas, pues durante siete días con sus siete noches la prensa, que no tiene en qué ocuparse, me la había servido estofada, en salsa, con ilustraciones y autógrafos y en puding. ¡Oh, qué vida!... Figuraos que ese *caramelo*, *pimpollo*, *cogollo* ó pedazo de cielo se enamora un día negro de un toreador, que lo sigue, que se lo come, que le *chanela*, que lo vuelve loco y que lo rapta. ¡Ay condenao... y qué malo me salió el churumbelo!... Después de haberle hecho ver cómo es el alma de Andalucía por dentro, por fuera, de *lao* y en escorzo; después de haberle entregado el tesoro que arriba va descrito, amén de lo que no hemos querido describir, el lidiador la repudió, se enceló y la mandó al cuerno. ¿Sabéis por qué? Pues ella tampoco; pero de seguro por *na*; y si queréis saberlo preguntádselo á él, que os colmará las medidas. ¿Comprendéis ahora, queridos oyentes míos, por qué esta mujer así despreciada no había tenido

otro remedio para su *ajogo*? ¿Os vais dando cuenta por qué este *ánge*, en vez de ir á llorar su mal en la soledad, que cuadra tan bien á las verdaderas penas, salió por el mundo cantando su desgracia? ¡Qué éxito, Dios santo!... ¡Qué reclamo!... ¡La mujer del *Arrope chico* por los escenarios, vestida de desnuda, con una chaquetita torera, rugiendo de coraje y marcándose como las propias rosas!...

Entre las muchas gabelas que yo disfruto como periodista está el no poder entrar en los teatros sin mi correspondiente billete, y robado que fué éste á mano armada de las no menos defendidas de un logrero, entré en el coliseo. ¡Qué entradón! Artistas, políticos, la alta y la baja Banca, Dios y su madre, como impiamente se dice. ¡Qué expectación!... ¿Creéis, por ventura, tan europeos sois que no os explicáis el «toda la capital» en el debut de una cupletista? Es que allí había *hule*, compadres, y no se prodiga así como así nada menos que el «alma de Andalucía» en persona, repudiada por un torero serrano... Lo del *hule* es más verdad que la Virgen, porque allí fué ella. Ni en una corrida. Patadas, voces, berridos y esas palabritas españolas que se clavan en la carne como navajas. Por fin asomó *la jeta* el pasodoble consabido, musiquita que tiene el poder de convertir á un hombre en un energúmeno ó basilisco y á cuyos compases canallas hemos ido los españoles á todos nuestros desastres. Y con el pasodoble gitano y envuelta en un aroma vulgar de bajo precio, la heroína.

Apagado el torbellino de la ovación, que así me lo explicaba yo como el partido de don Melquias, y *hecho* el silencio, el «alma de Andalucía» en jarras, vestida con traje chulesco y alamares negros—el *hule... ¿eh?*—, se adelantó á las candilejas. Apoyé la barbilla en el puño del bastón, y *clavados* los ojos en los del «alma de Andalucía», me harté de ver carmin, polvos, maquillaje y facciones duras, sin riqueza ni espíritu. Resbalando la mirada no tuve el acierto de hallar algo que ya no hubiera visto en los cuerpos de las zánganas que se dedican á cultivar el *cante jondo*; ni siquiera vi ese parpadeo de las flamencas de veras que nos obliga á reirnos de los peces de colores y de la *tontería* de mujeres que por acá se hacen.

Mas la bella Borrego comenzó á jipear, y Dios me tome en cuenta lo malo que soy y quiero ser, *per sæcula seculorum*, si oyendo á la Borrego yo sentí otra cosa que la necesidad de dar una paliza á aquel angelito, meterlo en casa y enseñarlo á cocinar y tener hijos como el Señor mande. Pero ¿era aquello el alma brava de Andalucía ó la fuente de los leones? Lágrimas en los ojos, lágrimas en la voz y lágrimas por todo el cuerpo. Y el público enloquecido, aplaudiendo y llorando, gritando bravos y olés á diestro y siniestro, coreando de un modo salvaje la copla de la Borrego. En el nombre de Dios que no espero ver escena más digna de Cervantes. ¡Aquella buena señora, casada á toque de campana y por la epístola auténtica de San

Pablo, diciéndole al público que ella tenía una *penita* muy honda, y el publiquito, que no se conmueve por la ruina de su patria y tal vez de su casa, llorando la *penita* de la otra!... ¿Y aquello era el alma de Andalucía, el alma brava de la mujer española?

Ganas daban de ponerse en pie, secarle las lágrimas á la infeliz cupletista y decirle en la oreja: «Oye, crío: pero ¿tú sabes lo que es una mujer? Pero ¿tú sabes, llorona, bordón de guitarra, lo que es una mujer digna de serlo? ¿Has parido, como era tu deber? ¿Has luchado como debías en la sombra, en la soledad, sin necesidad de arrastrar tu pena verdadera ó falsa por los escenarios de la lujuria?...»

Y á aquellos otros *bichos* de las butacas les hubiera gritado: «Llorad, mujerzuelas, llorad; conmoveos porque la exmujer de un torero repudiada por él viene á haceros cosquillas; ¿y vuestra patria, la tierra sin labrar, los libros sin leer? ¿No veis, imbéciles, que el culto de esas lágrimas está asesinando á España inmóvil entre esos toreros y esas mujerzuelas? ¿No veis que deificando á estas mujeres ponéis las vuestras en entredicho y les dais un ejemplo horrible? ¿No veis que llenáis las fuentes malditas de nuestro asqueroso sentimentalismo, cruel en el fondo, en la superficie grosero?» Me dieron ganas de gritarles eso. Pero no grité, sino que reí mucho y aplaudí y lloré de risa lágrimas ricas de sal y no me cansé de mirar á la bella Borrego,

cuyas lagrimitas en el yeso y en el carmín hacían un estrago admirable y simbólico.

Cuando huí del salón me encontré á un amigo artista que también huía. «¿Qué te parece», me preguntó. Y yo le respondí en trágico: «Que la historia es el alma de España; que el toreo sería el fenómeno mayor histórico si no existiera el canto flamenco. Y que debéis decir al *Arrope chico* que por caridad le dé una buena paliza á este angelito y lo lleve á casa.»

XXIII

Los nobles de la Restauración, cuando conspiraban en sus salones, se decían misteriosamente en las orejas: «Bailamos sobre un volcán.» Aquel volcán era una pandereta. Por obra y gracia del genio flamenco, España, 497.244 kilómetros cuadrados de tierra española, no son otra cosa que una inmensa piel de pandereta sobre la que bailamos y hacemos toda clase de mojigangas 19.876.398 habitantes. Cuando oyen esta rotunda afirmación los periódicos católicos ó los siervos del Vaticano, rasgan sus vestiduras y rugen como los hipócritas del Sanhedrín: «¡Ha blasfemado!» En efecto, para ser un español perfecto hay que guardar las for-

mas; decir, por ejemplo, que si no somos el primer pueblo del mundo es porque no nos da la gana. ¡Ele!... En cambio lo hemos sido durante tres reinados y medio. En el medio perdimos todo menos el honor y hoy, á semejanza de las solteronas, vivimos pobres, huraños, enfermos; pero con nuestra virginidad á costas. Á un español le podéis llamar ignorante sin temor á que se dé cuenta de lo que ello significa; en cambio tentaos el pelo, si no sois calvos, antes de afirmar que eso del honor nacional es una zaragata.

¡Ah! el honor... Cantad en romance de Calainos la celeberrima «honra de España» ó la cien veces famosa «negra honrilla» de sus indígenas y entraréis por derecho propio en la Academia. Y peor para vosotros si no aceptáis el yugo, porque maniros han que no parezcáis sino juncos. Quiero decir que para medrar en tierras de España y ser tenido en algo ó en algos, habéis de afirmar en vuestros discursos las siguientes maravillas: España ha sido grande cuando la Inquisición regateaba sus dominios ó sus demonios; en los esplendores del califato, Córdoba era la capital intelectual del mundo; en las Cortes de León de 1188, Alfonso IX promulga el *Ordenamiento* cuando Inglaterra no soñaba aún en la Carta Magna; en las Cortes de Zaragoza de 1348 se adivina el *Habeas Corpus* que no había de aparecer en la legislación inglesa hasta 1673; las ricas hembras aragonesas ejercieron su derecho de voto y veto antes que las damas

hereditarias de la Pairía tuvieran el suyo; el procurador de Burgos decía en castellano á Carlos V lo que unos siglos más tarde diría Fernando VII á Calomarde en caló; el 19 de Septiembre de 1789, en Madrid las viejas Cortes afirmaron solemnemente que la partida segunda del título XV de la ley II de *Las Partidas* había sido puesta allí para evitar muchas barbaridades, una de ellas las guerras civiles. Si afirmáis todo esto creerán que sois patriotas, si no os detenéis en esas viejas glorias tan lejanas y habláis de las sandeces de ahora, seréis unos malvados, protervos, réprobos, groseros y anarquistas.

España es un divino país donde, cuando no llueve, no importa, pues basta con sacar en andas un santo. Si sois labradores, veréis con qué facilidad se dan entre nosotros las cosechas, pues para verlo no tenéis sino restar del número total de hectáreas 50.451.688, el de 21.702.880, que son las dedicadas á cultivo. Además, sabed, para vuestro perfeccionamiento, que los agricultores son cuatro millones 559.251, y que sólo el 45 por 100 de los españoles son analfabetos, pues los alarmistas, al contar los asnos, no separaban 4.485.000 de niños menores de ocho años. Y andaos con ojo en esto de los asnos, pues de los otros, de aquellos que, según Heine, había hecho Dios que sirvieran de término de comparación al hombre, hay en tierras de España, en patas redondas, 790.030. Con todos estos datos y cien mil más que á la vista tengo,

podéis asegurar, y no ha de pesaros, que España es un bellissimo país; porque si bien es verdad que hay 39 habitantes y 57 décimas de habitante por kilómetro cuadrado en el mismo espacio de terreno en que Bélgica tiene 248, eso no quiere decir nada más que lo que vosotros queráis que diga, y en paz. España es el país de la alegría, de los sapos, las lagartijas, los animales dañinos y el sol. Cuando un niño ve un pájaro, lo mata, lo fríe y se lo come; ¿por ventura tiene esto algo de particular? Cuando un joven ve un árbol, lo destroza para probar su fuerza; ¿quiere esto decir que es un bruto? Cuando un hombre ve un toro lo lancea por lo fino y lo degüella; ¿es que ese valiente ha de creer como los imbéciles sentimentales que el toro es un animal doméstico y hasta útil? ¡Pues no faltaba más!

España es un país delicioso para quien sabe entenderle. Ahora bien; hay mamarrachos disfrazados de intelectuales y en cuyos labios todavía tienen el biberón de las primeras letras, los cuales andan por ahí gritando como endemoniados que España es una pandereta pintada de toreros, chulas, corridas, flamencos y gente del bronce. Porque vamos á ver, señores: ¿en qué perjudica á una nación la alegría, bullanga, el salero, el tronío, el garbo y el *atorear* por lo fino? ¿Y por qué ha de venir esta plaga, si ello es una epidemia, de la corrupción del genio de la estirpe? ¿Y por qué se ha de haber motivado tal corrupción en la vagancia intelectual y pereza mental á que la Inquisi-

ción y las guerras condenaron á los españoles? El que tal afirme está loco de remate. ¿No tienen los franceses cuarenta y dos plazas de toros á pesar de la ley Grammont? ¿No defendieron las corridas Mistral—el autor de la famosa lucha de toros en las Landas (véase *Mireia*)—, Coppée, Claretie y Edgar Quinet, contra los lagrimones de Sarcey y la maternal Sévérine? Lo que sucede es que hay que buscar la fama sea por donde sea y hay que sacar agua de las peñas ni más ni menos que los santos. Porque en esto de los milagros allá se hallan los santitos de la Iglesia con los literatos de España y así sacan ellos agua de un trozo de cal como resucitan á un muerto, y viceversa.

Dios sea loado y qué cosas se oyen y escriben, todo por ganar una hogaza de á libra y por correr fama de sabido ó teólogo de Trento. El diablo me pierda y yo no me ahorque si la mitad más uno de los que amamos á España y por amarla estudiamos lo que en ella sucede, no somos unos aventureros de oficio, sandios de atar que así hemos leído el *Quijote*, donde más largamente se contienen, como la Biblia, donde toda perfección y virtud se encuentran cuando se buscan con paciencia y ganas de encontrarlas.

España es un paraíso. ¿Qué país de la tierra ha dado al mundo más santos? ¿Cómo este pueblo tan religioso, tan bueno; cómo esta tierra llamada de María Santísima ha de ser cuna del feo vicio del flamenquismo y en qué cabeza cabe ó coge que

España sea una pandereta cuando las mercedes del Señor caen sin cesar como lluvia benéfica sobre nosotros? Teología es lo que hace falta, que nadie puede ser bueno si antes no ve en todo la mano del Señor, y es mucha osadía hablar de lo que no se entiende. ¡Y todavía hay intelectuales que cuando discursen acerca de España no encuentran en ella cosa digna de mención, como si Ignacio de Loyola no valiera lo que Goethe, y Domingo de Guzmán lo que Bismarck, y Torquemada lo que Wágner!...

XXIV

Tan cierto como que las reglas relativas á la gracia están latamente explicadas en el cap. IV, libro 9, tomo I de los *Dogmas*, del padre Petau, y no menos cierto que el hecho de ofrecer los aficionados de Sevilla 25.000 pesetas oro por las zapatillas del Tato y la muleta manchada de sangre que usara la tarde de su muerte el Espartero; mucho más cierto que el nuevo partido republicano que intenta formarse es que no existe en calendario alguno, ni en los padres Bolandistas, ni en las Actas de los Santos, el extraño y sugestivo título de Nuestra Señora de las Parihuelas. Invención mía

es, sin embargo, tan necesaria, que suplico á los cronistas taurinos se la recomienden á los capellanes de las plazas de toros. Dióme un día en la nariz, que como sabéis es bien larga y merece el nombre de narices, olor de cloroformo, protóxido de ázoe, ácido fénico y algodón hidrófilo en cierta enfermería de esas plazas de toros, y obtenido que hube el permiso, entré. Precisamente el Tubérculo no se moría, como el diestro del cuadro de Viniegra que posee el emperador de Alemania, pero el pitón izquierdo le había hecho bastante pupa en las regiones del coxis, hueso llamado dulce, ignoro por qué razón, mas donde indudablemente el primer hombre, el hombre erectus de Java, reconstituido por Hæckel, tuvo un rabo.

Sin tantas paráfrasis quiero decir que el cuerno del pobre toro había hecho una verdadera carnicería en las posaderas, que sin perdón así se llaman. Daba grima verlas, sangrientas, horribles. El cirujano había cortado la culera de seda, y ésta pendía como los trozos de piel que se arrancan en las disecciones de los cadáveres. El Tubérculo lanzaba de vez en vez ó de vez en cuando ayes que partían el alma, quejidos que tres periodistas anotaban allí cerca para componer uno de esos relatos espeluznantes que tienen la virtud de aumentar la tirada de un periódico en seis ó siete mil ejemplares. Lagrimeaba yo escuchando al héroe de Mantinea, Platea ó Salamina. Su madre pasaba por su imaginación con una ternura que os ponía el cora-

zón como un puño. Tres ó cuatro sábanas habia destrozado con los dientes, que parecían encajes de ratones de cárcel. Su cuadrilla le velaba, y cosidos que fueron los cinco ó seis agujeros de las posaderas, el Tubérculo pudo ser interrogado por mi humilde persona acerca de las cosas que se ven cuando el torero se encuentra en el aire, allá junto á la cornisa de la plaza. Entretanto la gente acudía á la plaza y la policia hubo de requerir el auxilio de un regimiento de lanceros. Todos querian ver á su ídolo que, de bruces, ofrecia el espectáculo más heroico del mundo, todo ello muy artistico, digno de uno de esos cuadros á lo Villegas en los que se muere un torero con todos los recursos de un final de ópera. La sangre del diestro, auténtica, roja, manchaba los alamares y las lentejuelas. ¡Oh, aquellas sus lágrimas eran dignas de caer en chatos de manzanilla y de ser apuradas por las mujeres de Zuloaga! Pero el que se apuraba era el Tubérculo.

Él decía que sus lamentos por su madre eran; mas bien á las claras se traslucía que allá en las posaderas habria una de mil demonios y el portero. Así es que el médico le propinó una dosis de morfina, con lo que debió sufrir mucho el valor de aquel superhombre. Diez años han pasado de esto y aun recuerdo cómo preguntaba aquella fiera hermosísima, aquel león vestido de payaso, si el toro que lo hirió murió de la estocada suya. ¡Qué ojos al saber que el toro estaba en el corral comiendo tranquila-

mente y aventando con sus movimientos de cabeza los ástiles de las banderillas!... ¡*Mardita sea!*... Y lloraba y rugía y todos decían: «¿Ha visto usted valor semejante? Si este hombre cogiera al toro lo...» Como el cirujano creyera deber suyo traer un capellán, se desarrolló una escena siniestra, que cinco fotografías tuvieron buen cuidado de perpetuar en sus placas. Llorábamos todos á lágrima viva, que no parecía aquella dependencia aneja á una plaza de toros, sino el espoliarum del circo Flavio ó de las calderas de Botero. Válgame Dios y en qué amargos trances se ven estos hombres por alegrar al vecino y atracarse de toro como mandan los cánones y encunarse como María Santísima. Y que viene Nuestra Señora aquí como pedrada en ojo de boticario, pues viendo ó creyendo en su fin próximo comenzó el héroe á darse de cruces que no parecía sino que el diablo andaba por la enfermería.

Notado que fué por mí tanta religiosidad y unas parihuelas con funda de hule allí próximas, pensé en hablar con un canónigo amigo acerca de si convendría dotar de una patrona á la tauromaquia con nombre apropiado y sugeridor, que fuera como la estrella de salvación de estos hombres arrogantes que tan alto ponen el nombre de España allí donde se habla de nosotros, hasta el punto que nadie hable ni mal ni bien si ellos están presentes. Porque no hay que darle vueltas y es más verdad que Dios: cuando un hombre es hombre y *díquela*

y *tié* facultades y *plora las churipas en el barinó* y escupe en corro y *atose*, que no se vengan sabios, ni filósofos, ni europeos á enseñarnos *cencia* y circunstancias; lo esencial es una hembra de *cuidao* y marcarse y quedar más *plantao* que un ángel cuando se le viene á uno encima el universo.

Mi amigo el canónigo, que en esto de patronas sabe más que los Santos Padres, me envió cierto día el título. Nada más grato. Las parihuelas y la Providencia son tan españolas, tan nuestras, que, repasando la historia, vemos con qué gentileza de las unas pasamos á manos de la otra. Los toreros tenían ya su patrona, y antes de salir al ruedo podrían entrar en la capilla y arrodillarse á estilo de esos cuadros de pandereta ó de abanico que horrorizarían, si resucitaran, á los papas que excomulgaron nuestra fiesta nacional por darse de puñetazos el suicidio voluntario y el dogma. Pero en esto de amalgamas, componendas, contradicciones, hipótesis y bambolla allá se van Roma con Santiago, y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga, que nosotros, los españoles, así ensartamos refranes como hacemos caso de ellos.

Lo de las parihuelas en nada podía ofender á Nuestra Señora, pues de su tierra ha salido la torería andante y el flamenquismo y ha de ser muy poco cristiano el que no vea en nuestras mujeres un retrato de la madre de aquel hombre que mataron por meterse á redentor. La Virgen no tome en cuenta estos párrafos que no son míos, sino propie-

dad literaria de mi pueblo, creyente hasta el fanatismo y que sabe quién es y lo que vale y le da dos *hostias* al *sursum corda*.

Quedamos, pues, que esto de Nuestra Señora de las Parihuelas á nadie trae perjuicio, sino antes al contrario, porque me aconsejó y así pienso llevarlo á efecto en un mitin que para evitar muertes y cogidas, todas ellas poco cristianas y penadas por el Código, se paseara la Santa Virgen por el ruedo tres veces, llevando los matadores sendos cirios en las manos é invocando los circunstantes la protección de la reina de los cielos como es uso y costumbre en España, bien cuando un río se sale de madre ó cuando del cielo no cae gota, dicho sea sin ofender á la Providencia. Yo creo que esa procesión sería muy española y tendríamos un gran éxito en Europa dado que no nos faltan dos dedos para volvernos rematadamente locos y tal vez esos actos de piedad y devoción nos trajeran los días de dicha que á las naciones de Europa y por sus pecados les trae el trabajo. Que Nuestra Señora nos oiga y no echad la ideica donde arrojáis las del maestro Cavia, que se llamó en el mundo *Sobaquillo*.

XXV

Nuestra aristocracia no tendrá dinero ni acierto en gastarlo; pero sal, posturas, sangre y malicia... por arrobas. De una tal doña Beatriz Margarita Narcisa María de Ele y Ole sé yo que es el prototipo de nuestras marquesas palatinas, dama rancia de estirpe, añeja de sangre y otras hierbas. La edad no importa: es joven, ó lo parece. Sin duda tiene inteligencia, porque se cuentan de ella frases muy ingeniosas, tan sutiles de puro profundas que parecen absurdas.

Las cortesanas de otras naciones escriben succulentas Memorias; la marquesita de Ole no sabe escribir literariamente, lo que no le priva de criticar libros con mucha gracia. Sus antepasados cercenaban robles de un cintarazo, bebían el agua en los cráneos de sus enemigos y cazaban leones; mi buena^a amiga es tan delgada que puedo describírosla robando á Zorrilla aquella frase cáustica... corta andando como naipe el viento... También caza faisanes inofensivos, pichones, chochas y ánades. Gusta de la amistad de los hombres, á los que, sin embargo, desprecia soberanamente y suele dar escándalos públicos por vicios que nada tienen de particular.

Los hombres de España le gustan por estas dos razones: porque se parecen á las mujeres y porque son muy vagos. La encontráis de noche en todos los tugurios en compañía de los hampones elevados, cierta clase de buhos de sangre azul que así se libran del servicio militar como violan menores de edad. La marquesita los critica despiadadamente, y aunque de ella nada de provecho puede contarse, yo os aseguro que los conoce bien. Su españolismo es encantador, y por eso yo la traigo de los pelos á las columnas del periódico. Tiene dos amores: su patria y los toros. Para conservar aquélla, reza; para cultivar la afición se hace amiga íntima de los lidiadores. Dios y el Merengue chico, ¿no son los dos polos de España? Es á un tiempo soltera, casada y viuda.

Hay quien cree que no está en su sano juicio; pero esto no es verdad, porque toda España es semejante á ella. Da dinero para hospitales, hospicios, heridos de la guerra y orfanatorios. Visita las Arrepentidas y los claustros. Tiene confesor, capilla privada y capellán. Sostiene once costureras que hacen ropas para los pobres, y confía ganar con ello la gran cruz de Beneficencia. Como se encuentra á menudo en laberínticos casos de conciencia, visita al obispo, que la absuelve de ellos. En palacio se la recibe con los ojos bajos, pero se la recibe. Gasta bromas pesadas con ancianos de elevada alcurnia y da con el abanico en la barriga á los generales gordos. Hace y dice travesuras deli-

ciosas, que el pueblo comenta y paladea; chistes peligrosos, que obligan á fruncir el ceño á las personas sensatas. Asiste á las procesiones, juntas de caridad, fiestas de salón y á los reservados de los grandes restaurants. Empuña alegremente un cirio y una botella de champaña. Junto al escapulario lleva un falo. Lee los crímenes de los apaches con fruición. Ha contribuído con su dinero á levantar iglesias en los alrededores de la capital, y cuando habla de la Virgen se le llenan sus ojos de lágrimas. Otorga dotes á jovencitas cansadas de este pícaro mundo y que se encierran para meditar en las cosas del otro.

Los toreros la encantan. No falta á corrida alguna. Tiene perfecto derecho á creer que los toros es el único lazo de unión que ata unas regiones á otras. La Iglesia ha excomulgado á los que van á presenciar esas fiestas de maldición, pero yendo y presidiéndolas los reyes, muy bien puede ir ella. Se cuentan aventuras famosas con toreros que ella tiene buen cuidado en no desmentir. Hay quien la ha visto con el Tripita en posturas deshonestas, cosa en España vulgar ya, pues la aristocracia y los toreros han gustado mucho los unos de los otros. Estamos seguros de que la bravura y la sangre rancia engendrarían un monstruo de energía, pero aun no sabemos que exista, lo cual es de lamentar hondamente. De un grande de España y una gitana nació una bailarina famosa. De una marquesa y un torero podría nacer un hombre *bragao*, cuya

asadura hubiera que colgar como exvoto en algún altar mayor. La marquesita de Ele es tan castiza, que no sabiendo qué hacer del dinero lo tira. Sin duda alguna que existen en España problemas sociales y agrarios; no lo ignora, y la prueba es que la encontráis con frecuencia en los barrios bajos y calles estrechas.

Nuestra aristocracia de sangre es prudente. No arriesga dinero en industrias y se lo da al Estado, acto cívico que los ignorantes denigran confundiendo el cupón con la usura. Nuestra nobleza se preocupa de España mucho más de lo que creemos los republicanos, y si no visitad las academias, los ministerios y las embajadas. La marquesita de Ele y Ole es una mujer noble por los cuatro costados, y si la estudiarais podríais asegurar que sabíais más de nuestra aristocracia que Tolstoi de la rusa. Su tacto es tan delicado, que siendo beata, insexuada, hipócrita y embustera, parece todo lo contrario. Hay zánganos y abejorros que la llaman la última maja, insulto del que yo quiero librarla galantemente á riesgo de ser desmentido por ella. Poseemos en la capital jóvenes de talento cuya inteligencia ha encontrado en las palabras *majachulo*, *muscadín*, etc., el secreto de la raza.

En efecto, un organillero de pantalón de odalisca no es el Pecas, sino un símbolo nacional, y si sois educados habéis de quitaros ante él vuestro sombrero. Una chula no es la mujer alcahueta, desvergonzada, sucia é ignorante que todos conoce-

mos, sino un elemento artístico y la *sal* de España; habéis, pues, de quitaros el abrigo y rogarle que pase por encima. El pueblo no está embrutecido lo suficiente por estas *majaderías*, pero no os impacientéis, no tardará en estarlo. Un torero no es un hombre, es cien á la vez, un fósil, España en substancia. Quien hiciera la síntesis de un torero, como Adolfo de Baeyer la del añil, habría de meter en una redoma estos elementos; sol, vino, la catedral de Toledo, la Giralda, el barrio de las Maravillas, una guitarra, la Caleta, la guerra de la Independencia, las tres guerras civiles, la Maja de Goya, la sangre de los cinco mil toros y seis mil ochocientos caballos que mueren por temporada. El Escorial, la Feria de Sevilla y su Semana Santa.

Si negáis que esto es castizo, negáis que hay Dios. La marquesita de Ele es necesaria y el argumento es que existe. Cuando esta clase de personas existen, es que son producidas por un estado de cosas. Los genios y los imbéciles se parecen en que los crea toda una época. De la marquesita no se puede hablar sino diciendo en el epígrafe: «La marquesita de Ele y su tiempo.» Ella lo sabe y tiene el orgullo de quien carga con la responsabilidad de un siglo. La creó todo un siglo de sangre, de sol, de vino, de procesiones y de guerras; es, en consecuencia, un documento histórico. Cuando la veo, la sigo. Y en su figura enclenque, desgarbada y petulante, estudio á mi España, á esta raza hipócrita y cobarde, cuya hermosa inteligencia, hoy encana-

llada, está paralizada por un siglo de toros, de vino, de cirios y de guerras. Como ella, España marcha. No dan ganas de decir ante nuestra salada España: *jole y ele!*...

XXVI

La histeria española tiene dos manifestaciones ó casos clínicos: uno de ellos religioso; el otro de estética. Los dos muy curiosos, rebosantes de originalidad y de crímenes. El distintivo de nuestros rasgos psicológicos es su bárbara eficacia en el organismo de nuestra nación. Tenemos el alma y el cuerpo tan íntimamente unidos, que los vicios y los tejidos forman una trama armónica é indisoluble. Somos ejecutivos. Como en las razas inferiores el pensamiento, la expresión y el acto se dan en nosotros espontáneamente, casi se puede decir que esporádicamente. La navaja, el hisopo y el cohete nos retratan á maravilla. La serenidad del alma griega se ha perpetuado hasta en los utensilios. Por éstos estudiamos aquellos siglos en los que realmente los dioses y los hombres eran una misma cosa.

Nosotros legaremos á los venideros grandes hue-

llas, bellísimos despojos; he aquí algunos cuya importancia estriba en la universalidad de su uso y en que son perfectamente psicológicos; es decir, que tienen nuestra alma: un manto de virgen, la capa de un torero, árboles de pirotecnia, arcos triunfales de hojarasca, los «pasos» de las procesiones, las banderillas, el estoque de matar, la puntilla, las banderolas, las guitarras, castañuelas y panderetas, la bota de vino, el asno, el carromato, la reata, la diligencia, la cazuela y el puchero, la bacía del barbero, las lentejuelas y el traje de luces. Pensad un poco y veréis cómo en esos trapajes y cacharros está el alma entera de España. Hay otros; ya los iremos inventariando; hoy basta con el traje de luces que los resume todos y simplifica. En el traje de luces de los toreros hay tal cantidad de España, que no comprendo por qué esos psicólogos que tantos libros escriben acerca de nuestro espíritu no le han dedicado un buen capítulo.

Desde que Teófilo Gautier se mandó hacer uno en Sevilla, Europa lo ha descrito y comentado en todos los tonos. Últimamente, en Alemania, se premió á un compatriota nuestro que asistió vestido de lidiador á un baile. Artísticamente ese traje es un adefesio, una corrupción del traje de los majos, una variante carnavalesca de los vestidos del campesino andaluz. Tiene la luminosidad irritante del corpiño de las cupletistas y el corte del terno chulesco. Es inmoral: femenino y barroco. La bragueta

de las calzas varoniles se llama taleguilla. Es una malla ridícula de circo indigna del atleta y muy propia para los saltimbanquis. Recuerda los trajes absurdos de la etiqueta, los uniformes de palacio, las libreas de los palafreneros. Las mujeres lo copian porque se ciñe, se adapta y sirve para enseñar las formas de un modo lúbrico.

En los escenarios de nuestros *music-halls* no se ven otra cosa que trajes de luces. Cubre los músculos y descubre las partes blandas, fofas y sin belleza. La grupa y las ingles á través de un tejido finísimo de seda y lo restante del cuerpo embaulado en una pesada armazón de alamares. No hay allí brazos, ni acromiones, ni esternón, ni el juego magnífico de las caderas del hombre sepultadas bajo una faja. La arrogancia del torero es precisamente la caricatura de la esbeltez. El torero, por exigencia de ese traje, ha de mantenerse siempre vertical y sus movimientos son insípidamente geométricos. No hay flexibilidad. Cuando huyen perseguidos por el pobre animal que asesinan con los martirios más monstruosos, recuerda el alma los efebos púgiles de Olimpia y no hay otro remedio que reir fuerte.

Cuando son heridos y por las desgarraduras del traje se ven las ropas interiores, dan ganas de cubrirse los ojos con las manos. Por una serie de valores mal entendidos, España ha idealizado ese traje con caracteres de fuego, y nada resiste al traje del torero cuando el sol le ilumina en la plaza.

Hay allí luz, y en vano es decir que hay allí lentejuelas. Las mujeres se entusiasman y los hombres envidian. Aquéllas y éstos sienten no ponerse el traje del lidiador. No ven la ridiculez de aquellos trabajos de pasamanería, los palillos de oro en cuyas puntas se echan de menos cascabeles ó campanillas. No ven las líneas del traje, líneas sin belleza, cargadas de hombreras, adornos, caireles, borlas, lazos y moñas. Hay en él tanto oro, que vale dos mil pesetas. Cualquier esclavo antiguo tenía una túnica en los banquetes de su señor, superior á ese precio y de valor artístico inapreciable. Los recamados, los bordados, la trencería son chabacanos, sin interés, pobres. Los mamarrachos, los fantoches, los polichinelas y las marionetas sacan en su exhibición cosas parecidas.

España enmudece de emoción y espanto ante ese traje de lentejuelas. Según los españoles, en él destella su genio aventurero, la imagen de su valor, el alma brava de nuestra sangre. Y es verdad. Por ese traje hemos perdido las colonias, el dominio del mar, las batallas y la dignidad. Á Europa le gusta porque le habla de cosas lejanas, de mandarines, de sicofantas mandchúes, de bracmanes, de guacamayos en día de fiesta. Á Europa le agrada porque es un recuerdo de los siglos estériles en que los árabes bordaban las piedras y las telas con agujas microscópicas. España, que es fanática, aunque no religiosa, gusta de ese traje porque así legaliza el esplendor de los vestidos del culto, los

mantos célebres de nuestras vírgenes, las enaguillas de nuestros cristos, el boato de nuestros grandes. Se da el caso absurdo de que el haraposo sea el defensor de ese traje. Los mendigos, los tabernarios, los vagos, los que se hartaron de placeres miran embelesados el traje célebre sobre el respaldo de una silla. Ven en él á D. Juan Tenorio, los tercios de Flandes, los séquitos de las reinas extranjeras, las Indias y el Vaticano.

Los hombres son necios, pues no usan esos ternos diariamente. Sería una nota de color y una admirable originalidad. Europa vendría á vernos de mejor gana. Visitaría las ciudades viejas, las sacristías de los monasterios, los tres castillos que nos quedan en pie, los tesoros de las catedrales, y se llevarían un traje de torero para colocarlo en una panoplia, como se hace con las armas de los bárbaros, las máscaras de los hotentotes y los trapajos medioevales. Resucitaríamos así los viejos tiempos de la *Vicaría* de Fortuny y tendríamos tipos tenebrosos de bandidos. Los colorines, las lentejuelas, las patillas, las medias de color de carne, las capitas bordadas, los mantones de flecos, deben de imponerse. Con ello hemos disfrazado nuestra miseria y hemos pasado por emperadores. Con ello hemos hecho creer que nos bañábamos y que en casa, sobre el hogar, brillaban siempre las simbólicas ascuas.

Un traje de luces significa majestad, dinero, sangre, vino, riflones, *niñas*, penitas muy hondas,

todo lo que queráis menos vergüenza. ¿Queréis pruebas? Dos: no hay cupletista que no se ponga ese traje. La otra prueba es europea; cuando nos quieren representar nos visten con el traje de luces. Lo que demuestra nuestra miseria, la fatuidad y el escándalo en que continuamente y sin escarmiento vivimos. Si los locos de un manicomio necesitaran un uniforme oficial, yo propondría el traje de luces. Su rareza, su ningún sentido ni significación, la legendaria trama de embustes que le envuelve lo haría á propósito para ello. Y lo más repugnante de ese traje es que los artistas lo han divinizado y los poetas incapaces de la Epopeya lo riman en versos de Teócrito y Anacreonte. El asunto es divertirse, acudir al engaño, al *alivio*, fingirnos los unos á los otros que nuestra miseria no es miserable. Yo he visto muchas veces sobre el mapa de España á la *Muerte* vestida con el traje de luces, y os juro que estaba para *comérsela viva*.

XXVII

«...que con razón me quejo de la vuestra fermosura.» Hablaban así nuestros tatarabuelos, y vive Dios que no podían hacerlo de una manera más española, simpática y altanera. Cervantes la puso

en solfa creyendo de buena fe que tan enrevesada locución no respondía á los sentimientos de la raza. Pero Cervantes es el mayor enemigo que ha tenido el *Romancero* y aquí nos encontráis pendientes de los libros de Menéndez Pidal, de su gramática histórica y de su flamante *Cid*, los cuales libros pretenden restaurar en las conciencias los tiempos heroicos. Es muy curioso observar cómo las naciones á medida que degeneran y se extravían hozan y escarban en su pasado, entregándose á éste de tan desaforada manera, que no parece sino que habemos de restaurar las épocas del conde Dirlos, del conde Ciaros, del conde Alarcos ó del conde García.

Las mejores inteligencias excavan en los yacimientos históricos y nos descubren maravillas mientras nuestro presente es un horrible é inmundo falansterio. ¿Por qué cerebros tan privilegiados no se dedican á revelarnos los misterios físicos y sistematizan las teorías naturales, los problemas de la vida, las cuestiones de la producción? ¿Por qué se da en España un autor de la Biblioteca Nueva ó un Gallardo y no un Darwin, ó un Hæckel, ó un Pasteur, ó un George? ¿Qué dirán de nosotros los venideros al repasar el inventario que les legaremos y no encontrar en él otra cosa que prodigios de erudición acerca de unos viejos siglos de leyenda y encanto? ¿Qué diablos les interesará un libro formidable que descubra las fuentes del derecho español mientras en los albores del siglo XX

nadie tiene genio ni energía para codificar nuestras costumbres, nuestras leyes, en armonía con los ideales de nuestro tiempo y exigencias científicas? ¿Es que vale más descubrir una nueva y obscura crónica que una estrella, que una bacteria, que una ley psicológica? ¿Y por qué endemoniado destino hemos de poseer nosotros bibliotecarios sublimes y no profundos inventores?... Algunos creerán que estas interrogaciones no tienen contestación, demostrado ya que los españoles no han contribuido al progreso humano de estos últimos tiempos en otra moneda que en excesos de fanatismo é intransigencia. Tienen respuesta, ya lo creo que la tienen. España es un país en el que el pueblo, por instinto, va siempre adelante y sus sabios y poderes públicos hacia atrás.

Si yo hubiera estudiado en Alemania y pensara en alemán, ¿de qué modo tan enrevesado os daría formulada esta ley sociológica española... Todos nuestros desastres, como las lenguas habladas en el mundo, tienen escasamente un centenar de raíces. En cien líneas podríamos saber cuáles eran las causas de nuestras fatales é incesantes equivocaciones. Y esas cien líneas bien caben sintetizadas en esta idea simple y brava: en España el Genio es conservador, el Instinto revolucionario. Precisamente lo contrario que ocurre á las otras razas, en las que el Genio conduce al pueblo, como Pegaso á la Inspiración. Cuando entre nosotros brota un alma genial, ¿sabéis á lo que se dedica?

A rebuscar en el pasado. ¿El presente y el porvenir? ¡Bah! El pueblo se preocupará de él. ¡El pueblo!... el colosal autor de ese admirable y gigantesco pasado, el que ideó y realizó la epopeya grandiosa del *Romancero*. Sin embargo, el porvenir nuestro es muy triste. Las mentalidades se dedican á descombrar lo pasado, y vemos en la alta intelectualidad española una tendencia siniestra á la evocación de los viejos días. Las Academias lo demuestran: allí no hay promesa del mañana. Las Bibliotecas lo afirman: allí no hay redención.

El pueblo mira esa labor con indiferencia, porque los genios no le dicen lo que ha de hacer, sino lo que ha hecho, y nuestro pueblo no puede pararse á reflexionar y deducir de aquella labor la futura. ¿No pensáis así estudiando las obras de don Marcelino Menéndez Pelayo? ¡Qué falange de sabios en torno suyo! ¡Qué verdaderas autoridades del pasado! De ellos se puede decir lo que hace unos años afirmaban de don Aureliano Fernández Guéron y Orbe: que había vivido en el siglo XVI, tal era su documentación de aquel siglo... Bonilla y San Martín, Hinojosa, Menéndez y Pidal, Rodríguez Marín... Pueden estar orgullosos los bibliotecarios y los archiveros de esos hombres suyos pacientes, pacientísimos, geniales, cuyo cerebro ilumina los rincones del pasado y nos describe los encantos guardados ó escondidos allí. En cambio, nadie se adelanta al pueblo y prepara su mañana. Esto es más difícil, más sombrío; duele mucho el

corazón en este ingrato trabajo seco, lleno de peligros, trampas y errores. Don Marcelino Menéndez Pelayo historió aquellos lejanos siglos; sistematizó los hombres, las ideas y sus libros; los encasilló; quiso hacernos ver que teníamos una ciencia española, como tenemos una pintura nuestra y una literatura; quiso también demostrarnos que, oponiéndose nuestro sombrío genio político á los heterodoxos españoles, escaparemos del mayor de los males: la Reforma. Y claro está, su obra merítisima, á la que no es posible regatear buena voluntad, trabajo y genio, no ha llegado al pueblo encarnada en actos, ni llegará jamás. Lo triste sería que llegara, que nuestro pueblo se convenciera de haber sido grande al amparo de la intransigencia.

Entonces ¿cómo decirle que el progreso moderno es un resultado de aquellos hombres de la Reforma, de aquella legión del Renacimiento, que pintara en grupo el admirable Kolbach? ¿Cómo decirle que solamente contribuimos á ese movimiento intelectual con Cervantes? Cervantes es nuestro refugio. Todavía chasquea en el aire su látigo. Él nos habla con ironía sangrienta de unos días en los que nuestras heroicidades parecían cosa de titanes y nos aconseja para no renovarlos quemar aquellos libros. El pasado nos mata, nos asesina. Nuestros hombres de genio beben en esas fuentes la esterilidad para la acción. El pueblo que los necesita oye solamente que un día fué el más grande de todos, que Vives no tiene nada que envidiar á Rogerio

Bacón, que la Inquisición nos hizo mucho bien, que de los monasterios salieron los gigantes capaces de oponerse á la invasión del pensamiento universal. ¿Qué conductor de pueblos se atrevería á dirigir un pueblo con esa impedimenta? ¿Qué necesidad tiene un pueblo tan grande de moverse si sus destinos fueron cumplidos? ¿No os parece contemplar á nuestro pueblo delante de la civilización moderna enjaretándole esa frase?... La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal modo mi razón enflaquece... Pero con estas razones no se descubre el bacilo de Kock, ni el radio, ni la síntesis de la acetilena, ni el mañana. El pueblo lo sabe, escucha y calla.

XXVIII

Emilio Torreznos era un español de cuerpo entero. No tenía un cuarto; pero como tenía mucha gracia, con la gracia sacaba los cuartos. Sus sesos hubieran cabido en la palma de la mano, á pesar de lo cual le salían tantas cosas de la cabeza, que se comprendía tuviera tan grandes las orejas, los ojos, narices y boca. Era feo, mas como si no lo fuera, porque las mujeres se lo rifaban. De una sé

yo que se escapó de casa detrás de él y todavía no ha vuelto, como aquella primera paloma del arca de Noé. Otra se escapó también, pero esa volvió y no precisamente como la segunda paloma bíblica con un ramito verde en el pico, sino con los verdugones más graciosos que han recibido espaldas de cristiana. Porque Emilio Torreznos tenía de las mujeres una gran idea.

Cierto día fué á un teatro donde un hombre de pantalones abotinados se metía en el puño á público y actores, y le oyó decir monologando: «Donde esté un hombre con ganas de serlo ya *pué* tener el bolsillo más vacío que la órdiga, que las mujeres se lo llenarán de balde y...» etc. Esto le iluminó acerca de su destino, copió al personaje en sus maneras y en los gestos de la cara y se lanzó á la vida. Un hombre de la vida es una cosa terrible. Os da papirotazos en la nariz, os pide pesetas y la mujer. Si no se lo dais os abre por medio de un navajazo. ¿La cárcel? ¡Bah! Emilio Torreznos aprendió pronto á no ir. Allá van sólo esos escritores que no saben nadar y guardar la ropa. El caso es arriarse á un político. Pero ¿cómo?... ¡Pss!... Metiéndose en una casa de juego. Precisamente él era el encargado de llevar al gobernador lo que le tocaba en el negocio. Se metió y el idem fué redondo. El gobernador era un *gachó del arpa que diqueló* al amigo y lo usó y lo hizo hombre.

Llegaron las elecciones, y como premio del triunfo, Emilio Torreznos lució sortijas y se codeó

con la madre de Dios. Como sabía leer y escribir y tenía más gracia que el verbo divino, se echó á la política. Lo mismo le daba á él lo negro que lo blanco, el asunto era el morrillo, que es donde están los billetes de mil, Vosotros no sabréis dónde está el morrillo en política, tal vez; pero el Emilio acertó pronto. El gobernador de marras le hizo secretario suyo, y en una visita de los reyes y por méritos contraídos en el adorno de la escalera, se le condecoró. Hacía *de reir* á la Biblia en pasta y se le ocurría *ca cosa*... Su cuerpecito era una fli-grana, y así mataba él corazones como conejos quien yo me sé. Uno de los primeros en caer fué el de la gobernadora. Marquesa ella y con más borlas que un estandarte de la Virgen, con perdón sea dicho de los de Cristo, que también las tienen y abundantes. El idilio aquel no tuvo fronteras ó límites, como vulgarmente se dice, y tales *achares* dió á la pobre mujer, que hubo de enterarse hasta la Corte. ¿Creeréis que vino el desastre? Ya... ya... lo que vino fué una credencial de tomo y lomo, seguida de otra condecoración y rematada por una misión á Roma ó al diablo, de la que vino de nuevo condecorado y con el título de barón de la Concordia. ¡Dios sea servido, y qué suerte!... ¿Pero cómo se las arreglaba ese hombre sin la menor ilustración? Pues arreglándose, es decir, echando por esa boca gracia por arrobas y teniendo más riñones que el Espíritu Santo.

Su fama era enorme, crecía y crecía amena-

zando con llegar hasta... Hasta donde llegó. Le hicieron parlamentario, gobernador y ministro. ¿Ministro? ¡Pues no faltaba más! ¡Y por sus propios méritos!... Pues ¡si parece mentira! Pero no lo es. Ya en la poltrona, nuestro héroe de cuento comenzó á dar tanto que decir, que se hizo tan popular como un torero. Si hablaba se llenaba el Parlamento. Si no hablaba se lastimaba todo el mundo de su silencio, que consideraban una desgracia nacional. Unos á otros se decían: «¿Pero usted ha visto un tío con más gracia?...» Cuando en el Congreso le atacaban hacía reir hasta á los propios ángeles. ¡Qué salidas!... ¡Y en el ministerio!... Todo el mundo se hacía lenguas de aquel hombre. Venían á buscarle matones, jugadores, contrabandistas, perdidos, y á todos convertía en un santiamén ó periquete, de tal modo que entraban en su despacho con facha de bandidos y salían flamantes como si acabaran de vestirse en un gran almacén. Ropa, credenciales, misiones delicadas, honores... ¿No era esta la verdadera democracia? No tardaron en verse los frutos de estas medidas.

El partido obtiene victoria tras victoria y el barón de la Concordia echaba panza de banquero. Los que sabían que no estudió jamás, que no leía un libro, se persignaban asustados y se preguntaban cariacontecidos: «¿En dónde se ha preparado este hombre para los cargos de que disfruta tan á gusto de todo el universo?» Y el comentario á tales lloriqueos era el siguiente: «Pero qué gracia tiene

este tío...» El «tío» hacia de las suyas, y como es natural y de elemental psicología, con las glorias se le fueron las memorias contra el acertado consejo de aquel gobernador de la ínsula Barataria. Comenzó por creer á ciegas en sus propios méritos y allí fué Troya. Decreto, tras decreto el ministerio de su cargo fué por la ventana. Los periodistas se alarmaron tímidamente, pero él sabía engañarlos con chistes y lindezas que pasando al periódico eran regocijo de la patria y leña de su fama. Mas como continuara el despilfarro y la incompetencia hasta el absurdo, sin que le valieran sus víctimas femeninas de tacón alto y bordados de Valencienes, hubo de presentar la dimisión no sin obtener antes una compensación por los servicios prestados, al lado de la cual lo de la baronía y la poltrona eran migas de pan dibujadas en hostias de cerero.

Una amiga suya, la condesita de X, le consoló con una senaduría vitalicia, desde la que dijo é hizo tantas gracias, que las expoliaciones y barbaridades se fueron al demonio y no había baile donde él no luciera su barriga y su calva, ni acto político del que él no fuera coco. ¡Ay, Dios mío, y cómo premiáis á ciertos hombres las abundantes mercedes de que los dotáis!... Vinose encima un Congreso de Pedagogía internacional, en el que tomaban parte activa las mayores autoridades del mapa. Entoncés, el Gobierno de la S. M. pensó en Emilio Torreznos para la inauguración y presidencia. Retrato en toda la prensa y artículos encomiásticos

notificaron á la patria lo feliz de aquel alumbramiento gubernamental. ¡Y qué discurso inaugural!... ¡Qué de frases graciosas, qué retruécanos, qué sal, salero y salsa, qué arte en el no decir una palabra y tener cinco horas cautivo al auditorio!... Aquel acto fué su consagración definitiva. Indudablemente en el país no había hombre con más hígados que aquel «tío». Diósele en pago la gran cruz de no sé qué Orden y el collar de la tal, y como no pareciera bastante pensósele hacer príncipe de Instrucción pública, título sonoro y principado sin precedentes, pero que á nadie pareció injusto ó desproporcionado. Antes al contrario, se le resarcíó, ofreciéndole un banquete extraordinario, á cuyos postres hizo tan disparatadas y saladísimas declaraciones políticas, que todos juraron no haber oído jamás asunto tan serio tratado con mayor amenidad y negligencia.

Desbordóse con esto el entusiasmo, y como hubiera por entonces algunas diferencias con una nación vecina, se le nombró árbitro entre el aplauso de los más y de los menos. Se portó tan á maravilla en esto, que al día siguiente de su gestión las actas estaban á la firma respectiva y aunque la nación perdía cuanto tenía que perder más lo que no tenía, hizo ó causó tanta sensación la inusitada prontitud, que se le nombró duque del Tratado de la Maravilla y Caballero de la Imperial, etcétera... Caminaba así nuestro hombre cuanto reventó inopinadamente no se sabe de qué en un almuerzo ínti-

mo con lo duquesa de Z. El duelo fué nacional. En el cortejo iba el gobierno en pleno, los caballos que usó en vida y las Cámaras.

Ya en el cementerio, el digno presidente de la Liga en defensa de los intereses de Oceanía, á la que había pertenecido Torreznos, concluyó así su discurso, dicho entre sollozos: «...Descubrémonos (ya lo estaban) ante este gigante que dedicó toda su vida á la nación, todo su enorme cerebro, toda su poderosa masculinidad...» Y no carecía de razón el buen liguero. Como que había llegado á ese punto por riñones y con más gracia que Dios.

XXIX

En Alicante di hace unos cuantos días una de mis conferencias antiflamenquistas. Tuvo la virtud de obligar á pensar, y los mismos que discutían rabiosos una faena del Merengue procuraban después de oirme sacar libre á mi ídolo de mis anatemas. Cuando un joven de corazón formó la Sociedad Antiflamenquista Cultural, la exasperación creció hasta el delirio. Entonces me dediqué, como en mí es costumbre, á estudiar los curiosísimos fenómenos retroactivos que se desarrollan en las

inteligencias españolas cuando ven que una idea encarna en un acto. Los jóvenes que reparan más en el propio triunfo que en las diatribas que se les dirigen por determinada acción pública, no cuidan de dar de lado esa preocupación y profundizar en las causas por las que se mueve en torno de ellos tal algarabía de odios, pareceres, distingos y mezcolanzas. ¡Cómo se estudia así al pueblo!... ¡Cómo se descubren así las miserables raíces de nuestra exigua mentalidad, la anemia de nuestro entendimiento siempre unilateral, siempre tendencioso, siempre derrochador y baratero!... Lo interesante para mí no fué el clamor que en torno de mis audaces afirmaciones se levantó, me puse á observar y vi que habían entendido bien, que habían escuchado á plena oreja, que no habían perdido palabra ni imagen. Pero al mismo tiempo y por ese maldito fenómeno reflejo puramente español comprendí que procuraban demostrarse unos á otros que no se habían enterado, que no habían comprendido. Además, heridos certeramente en la médula, blanco de mis palabras, se revolvían como toros contra las ideas, les negaban causa, razones y eficacia, al mismo tiempo que infantilmente se ponían, ó lo intentaban, fuera de la trascendencia social que pudiera tener la verificación de cuanto yo había dicho. Este juego siniestro de las inteligencias degeneradas produce espanto. Nada más terrible que ver funcionar al revés la máquina admirable del entendimiento y ver cómo almas, no

mal dotadas con ese organismo llamado talento natural, quieren y no quieren ver, desean y no desean dar importancia, toman y no toman en cuenta, afirman y se desdicen, y concluyen por rebelarse airados contra quien removi6 la charca y sac6 6 flor de agua el cieno de los bajos fondos.

Profundizando sin esfuerzo, sin grandes conocimientos psicol6gicos, se observa que las ideas, que, como antes he dicho, se conservaron bien en la memoria, no pasan 6ntegras al cerebro y se refractan y se desv6an como si en tales almas hubiera una lesi6n org6nica que les impidiera encarnar y producir la reflexi6n. Es decir, que en vez de engendrar la natural funci6n reflexiva, crean una refracci6n lastimosa. Todo esto va acompa6ado de una sublevaci6n del sentimentalismo, muy parecida 6 los v6mitos que siguen 6 un trastorno de las v6sceras. Discuten si se debi6 6 no decir lo que se dijo; si se pudo decir de otra manera y no de la que oyeron; si se debi6 disfrazar el lenguaje y atenuar la importancia. Cuando el argumento es indestructible, supremo, quiebran en la poca cabeza, le esquivan al sesgo y no atrevi6ndose 6 negar la comentan groseramente. Dan patadas 6 la piedra que les hizo da6o. Muchos de ellos se enojan 6 fingen el enojo con insuperable maestr6a de c6micos viejos. Est6n ofendidos, su pudor se ha rebelado, ellos no hab6an o6do jams tales asertos, y como no los hab6an o6do cre6an que jams pod6an o6rlos. Y en esta imposibilidad, aunque parezca absurdo, cifra-

ban ellos cierto orgullo, el de creer que no ocurriéndoseles tal asunto ni á ellos ni á otro alguno hasta el momento presente, era de rigor que ya á nadie se le ocurriese. Este raciocinio, más sencillo de lo que parece, es la verdad misma y acusa en relieve el engranaje de tales espíritus. ¡Ah, si pudiéramos oír en el silencio de la noche cómo funcionan esos cerebros!... Oiríamos ruidos contradictorios, rechinamientos y rozamientos monstruosos, golpes sin ritmo, acoplamientos á destajo, un martilleo irritante.

Pero lo peor es que saben qué se hacen. Saben que no les da la gana de trabajar con regularidad y no quieren forzarse y obligar al entendimiento á que siga su natural curso. Puede en ellos más el concepto alto que de sí mismos tienen. Puede en ellos más la pereza mental. Los grandes hombres, mejor dicho, los hombres que ellos conceptúan como grandes, no les hablan sino al amor propio y con todo lujo de precauciones, procurando siempre acariciarlos y adularlos á fin de tenerlos propicios con facilidad. Y aunque saben, porque lo saben, que lo buscado en esa adulación incesante es el medro personal ó familiar, *se dejan querer* y hacen de burros. ¡Qué verdadero es el caso aquel de uno que subía á otro una cuesta enorme sólo porque el jinete alababa continuamente las espaldas del caballo bípedo!... Ante la adulación se rinden; aunque jamás hayan pensado, como se les diga que lo pensaron, es suficiente para que *hagan*

como que lo creen. Esto es una labor deplorable; pero pocos, muy pocos hombres influyentes se preocupan de los enormes males que trae. ¡Es tan humano creer, que lo que estamos oyendo se nos ha ocurrido ya á nosotros otras veces! ¡Es tan español imaginarse que lo hemos pensado todo y que el que nos predica no hace sino plagiarnos!...

Y me fijo yo en estas y en muchísimas otras cosas buscando con sencillez la manera de remediarlo. Yo amo mucho á mi patria, pero amo mucho más al *Hombre* como máquina pensante, como organismo activo; y fuera de mi labor de patriota hay una intensa curiosidad científica por los misterios del espíritu, por la fenomenología interna que produce casos como los españoles dignos de atentísimo y cariñoso estudio. Para todo hay una explicación, una teoría, un cálculo de probabilidades; lo que es necesario buscar es el medio no violento de que las almas degeneradas, los espíritus privados del alma interior no refracten lo que oigan, sino que se lo asimilen para que de este sencillo trabajo produzcan la reflexión. Hacen falta jóvenes que se dediquen á enseñar á estas almas contra su voluntad y con una difícil sencillez, jóvenes que no reparen en los incultos, que no se cuiden del clamor que produzcan, á quienes guste beber el acíbar. En España no se puede dar un paso sin hallar en la misión impuesta, cualquiera que ella sea, una gota de acíbar. La encontráis hasta en el triunfo indiscutible. Mas el que se acos-

tumbra á ella esteriliza el veneno y queda inmune imperceptiblemente para mayores y más fuertes dolores. Esa gota de acíbar es muy dulce cuando nos la hace beber el amor, más dulce todavía cuando nos la manda apurar la convicción.

XXX

La miseria en Madrid es espantosa, una epidemia crónica á la que nadie puede hacer frente, porque extinguida periódicamente en su forma externa de mendicidad, renace é invade la funesta villa. Yo creo que algún día podré aportar al problema algunos datos; hoy deseo plantearle de otro modo que acostumbran á hacerlo aquellos que estudian la miseria desde el gabinete. Feliz ó desgraciadamente, he pasado por todos los aspectos de la miseria, he sufrido en la niñez y en la adolescencia todos los abandonos de un Estado cuyos municipios son viveros de política y no otra cosa más. Así es que cuento con razón suficiente para reirme de esas recogidas de mendigos, de las Asociaciones y Conferencias de caridad. ¡Cuántas veces, el saquito al hombro, he marchado á la abacería curioseando una extraña moneda rubia, horadada y

grabada como una ficha, cuyo valor de una peseta no satisfacía las necesidades de mi madre y algunos hermanos!... ¡Cuántas veces hemos guardado vez en la covachuela de los memorialistas y esperado meses enteros el éxito de esos memoriales!... ¡Qué escenas, siendo seminarista, las de repartición de socorros en la parroquia, las actas de las reuniones de las Conferencias de San Vicente de Paúl!... La miseria en Madrid es tan honda, tan vasta, que para estudiarla es necesario haberla vivido. Hoy que sé alguna cosa de la carestía de las subsistencias, de la penuria de los salarios, de la falta de escuelas, del excesivo número de asilos, de la progresión creciente de la criminalidad, no sé más que en aquellos tremendos días, cuando toda una casa de trescientas familias se desplomaba sobre la parroquia y recogían una peseta ó un bono del saquito que portaba yo.

La miseria de la capital de España no se parece á la de ninguna otra capital de Europa; no proviene como en ellas de la aglomeración ó de la concurrencia; la miseria de la villa es una miseria viciosa, la miseria del abandono, la miseria que nadie cura de raíz porque se acude á ella con hisopo en la mano y estola, caridad religiosa y primitiva á la que se debe la imposibilidad de sistematizar su extinción á la manera de L'Office Central de la Charité, en París, ó la Charity Organization Society de Londres. Por ahí anda un libro que dice en la portada: «Recopilación que para conoci-

miento general de todas las clases sociales publica don Eduardo Vincenti, alcalde de Madrid.» Leéis ese libro y os quedáis asombrados; con la tercera parte de Asilos y Asistencias benéficas ó domiciliarias, habría suficiente para anular la miseria. Es un secreto á voces la razón de tanta ineficacia. Alguien que no sabe lo que hace, que muere en olor de santidad y con la bendición apostólica, deja sus millones para levantar asilos como ciudades. Alguien que posee muchos millones reparte mensualmente un céntimo por familia, exigiendo á cambio una vida religiosa, legalizada por el párroco respectivo. Por eso la miseria no se extingue y nadie comprende cómo se recrudece en proporciones violentas. Centenares de duquesas y millares de condes confeccionan trapos, reparten ropas, dan moneditas, sin que su obra surta otros efectos que los lastimosos de todos los años, esas teatrales manifestaciones de la caridad monárquica, que obligan á pensar en las sublimes palabras de San Agustín: «...Porque al que da le llamáis misericordioso y al que recibe miserable...»

Una de aquellas tardes en que no tenía yo que comer se me ocurrió, al salir de la Biblioteca del Museo Pedagógico, acogerme al Santo Refugio. Era por los últimos días de Noviembre, encendían los faroles y á su luz pude leer sobre la puerta: «Santa, Pontificia y Real Hermandad del Refugio y Piedad de Madrid.» Nada más llamativo y consolador: el Cielo, el Vaticano y Palacio me brinda-

ban refugio. Venía yo de estudiar á Spencer. Dos guardias me indicaron una habitación en la que había de esperar no sé qué extraño examen. Había allí hasta sesenta harapientos y como una docena de mujeres con muchos niños, alineados en bancos, perfectamente separados por sexos. Fumaban, hablaban soezmente y se enseñaban documentos, la mayor parte falsificados, en los que habían de demostrar que salían de un hospital, iban de viaje ó hacia quince días que no reclamaban refugio en aquel lugar. Se fijaron en mis melenas, en mi tez desmayada, en mis ojos brillantes y me insultaron donosamente. Ellos representaban allí cuantos aspectos tiene la miseria de la villa: el golfo, el quincenario, el obrero vago, el buscón chulesco, el cretino, el sádico, el cesante, el pordiosero de oficio, todos sanos, útiles, charlatanes. Algunos llevaban un vendaje en la frente y enormes cicatrices en el cuello.

Dos jovenzuelos muy listos, casi desnudos, estremeciéndose de frío me contaron cómo se proveía la mayor parte de aquella gente de salidas falsas del hospital ó cédulas de identidad. En eso llegaron unos señores lujosísimos, el sombrero de copa en la mano, olientes á esencias, la sonrisa del poderoso en la boca. El hampa calló respetuosa. Uno á uno los pobres fingidos ó verdaderos fueron pasando á una pieza inmediata. Los Estatutos del establecimiento sólo facilitan refugio á 38, y aquellos señorones, constituidos en Junta eliminatória, exa-

minaban los documentos, hacían chistes, y cumplían su menester lo más cristiana y alegremente que podían. Les causé gran extrañeza, y después de mil preguntas pusieron en el pase militar un sello. Recuerdo aquel estrado, el Cristo, un enorme libro donde apuntaron mi nombre y mi profesión de estudiante y la cara avinagrada de un sacerdote, á quien sin duda dió en las narices una tufarada de Spencer. Los elegidos, hombres, mujeres y niños, fuimos encomendados á un portero grueso que, á pesar de ser grueso, no era bueno, y ya en un refectorio, nos dieron una sopa y un gran pan, no sin antes rezar el *Benedicite* y otras oraciones. Comiendo supe que no debía admirarme de ver tanto niño. Los traían á propósito, porque á cada niño le dan un pan. *La cena*, de Leonardo Vinci, presidía aquella triste refacción.

Desde allí, por unas escaleras, nos llevaron á los dormitorios, situados en los sótanos, separados los hombres de las mujeres por una puerta. Nos recomendaron que «no armáramos la de todas las noches», y nos dejaron solos. Entonces presencié una escena edificante. Los hombres saltaron de sus camas, y en torno de la lámpara se cosían sus trapajos, se enseñaban sus cicatrices, hacían apuestas á ver quién poseía en su cuerpo mayor número de cicatrices venéreas, y se arrojaban unos á otros las frases más inmundas. En el dormitorio de las mujeres la algarabía era atroz, y oíamos los más atroces términos, reñían desesperadamente y llo-

raban los niños. Colgaban de los hierros de las camas sacos con los panes de la cena. Hedía el antiquísimo vertedero. Y ya muy entrada la noche, cuando todos roncaban, reclinado sobre la almohada, viendo la roja colcha de la piedad cubrir tanta miseria moral, me preguntaba yo si aquellos señores, duques, políticos, palatinos, que habían escogido los 38 pobres, estarían satisfechos de su obra.

¡No lo habían de estar!... La caridad en cuenta-gotas, á dosis, de superior á inferior, midiendo perfectamente las distancias y las limosnas, dando un pan y la orden de pedir á Dios el de mañana, satisfacen á esas venerables momias del pasado, tan amigas del medro presente, que en vez de levantar una escuela alzan un asilo colosal. Y cuando salimos del Refugio, á las cinco de la mañana, después de tomar un pequeño refrigerio los 38 inválidos de la vida, inmóvil en la esquina de la calle de la Puebla, reflexioné que no hay modo mejor de conservar la imbecilidad moral de un pueblo que el sostener su miseria. Y he ahí por qué en vez de erigir una Universidad como la de Hodwart, hemos edificado el inmenso y monstruoso Asilo de la Paloma.

XXXI

Serenísima señora: Habéis nacido el día en que un Consejo de guerra acordó que seis hombres debían ser fusilados ó ahorcados. Como tal vez no sepáis aún en qué consiste eso, yo os lo quiero enseñar, serenísima señora. Parece ser que los hombres se han decretado autoridad suficiente para matar á otros hombres, y que tienen el sombrío poder de borrar un delito de sangre con la sangre del culpable. Parece ser también, ilustre niña nacida ya infanta, que hay en vuestro palacio, y cerca del solio donde vuestro padre hace justicia, una estatua de bronce vendados los ojos, y que representa la Fe. Si vuestro padre y soberano le arranca la venda, y con ella cubre sus ojos y firma á ciegas la sentencia funesta, la otra estatua de bronce, que tiene una espada en la mano y simboliza la Justicia profesional, quedará vengada, radiante y satisfecha. Pero hay otros hombres, excelsa niñita, que han meditado profundamente y han demostrado que la sociedad no tiene derecho á privar á un hombre de la vida en nombre de las colectividades heridas en su honra de profesión, en nombre de las ideas hechas de orden y conservación. Y esos hombres

generosos y fuertes, tenidos unos de ellos por locos, por revolucionarios y amparadores del crimen los otros, acuden hoy á la cuna de una niña para pedirle, para exigirle el perdón de los culpables. Un día, serenísima señora, creceréis, y cuando volváis sobre vuestra vida os estremeceréis al divisar en torno de la canastilla de vuestra infancia seis cadalsos horribles, de los que penden seis hombres.

Así nacisteis; ese fué el primer espectáculo que contemplaron vuestros dulces ojos; el Destino os condujo á la tierra, no en brazos de un ángel, sino en los brazos de la muerte. ¿Permitiréis eso, no concederéis el perdón? Yo os ruego que al acercarse á vuestros labios purísimos los labios de vuestro padre y señor le neguéis el beso, si él no os concede el indulto de esos hombres.

Él puede, él debe hacerlo; no le creáis si os dice que le atan las manos las represalias de la magistratura ó el partido conservador. Él es rey, y esa magistratura y ese partido no vivirían si él no quisiera y si él faltara. Cuando seáis mayorcita os enseñarán dondequiera que entonces estéis, seáis ó no entonces infanta de España, que la única prerrogativa hermosa de vuestro padre augusto y la única que al ejercitarse deja de ser privilegio es la facultad de perdonar. Hombres muy crueles, hombres cegados por la pasión política, la más inmunda y estéril de las pasiones, claman como ranas ó sapos á su rey, pidiendo seis verdugos para seis hombres. El rey vuestro padre, el rey que firmó en la página

primera de la *Revista del Ateneo* aquella frase: «Soy el primer intelectual»; el rey de veintiséis años, el más joven de Europa, no puede ni debe firmar la sentencia. Serenísima niñita: si firmara vuestro padre esa sentencia, los jóvenes pensadores, los que amamos á España, los que trabajamos por ella, no podríamos soportar la presencia de vuestro padre. Hoy, sobre la realeza y sus privilegios, está la Ciencia. La Ciencia no mata, la Ciencia perdona. Á la teoría de la responsabilidad sucede la necesidad del perdón. No se discute el crimen; se ventila una cuestión de competencia. El cadalso pudre la tierra en la que se alza. Queremos el perdón porque no queremos la muerte oficial. Cuando estabais en el vientre de vuestra madre mataron á un hombre en la cubierta de un barco; ahora quieren hacer odiosa vuestra cuna, que os saludemos siempre con las palabras terribles: «¡La infanta Cristina Margarita, ¡ah!... la que nació cuando mataron á aquellos seis hombres!»

Puesto que os han concedido tan altos honores, y Dios, por oficio del Papa, os ha dado su bendición, puesto que siendo tan niña, menuda y delicada, sois mucho más poderosa que nosotros y nuestros ministros, á vos, serenísima infanta de España, acudimos en justa demanda de perdón. La queremos y la exigimos. La Ciencia no pide; exige. Un día una reina enseñó á un revolucionario la cuna donde el Delfín dormía, y el revolucionario lloró. Ante las cunas, los odios callan, calla la po-

lítica, callan los partidos. Queremos, infantita, libraros de que vuestra cuna se meza en un fétido sepulcro y que al abrir vuestros ojos veáis seis hombres colgando de infamantes patibulos. El rey no firmará; se negará á firmar. Y ese perdón se lo deberemos á Cristina Margarita y no lo olvidaremos jamás. ¡Quién sabe!... Los pueblos se vuelven contra los tronos y es posible que las circunstancias pongan á un revolucionario junto á la hermosa cuna en que os mecéis, y es posible —¡quién sabe!— que si no habéis perdonado en nombre del orden, no se os perdone en nombre del bien del pueblo.

Pero si perdonaréis. Besamos vuestros piececitos, y más tarde, seáis ó no infanta de España, os saludaremos así: «Cristina Margarita, que antes de ser infanta ejerció el privilegio de su nacimiento, el perdón; el divino perdón por el que Jesús de Galilea vino á este mundo de mentiras y de odios.»

XXXII

*En partent du golfe d'Otrante,
nous étions trante.
En arrivent à Cadiz,
nous étions diz.*

VÍCTOR HUGO.—Canción de los piratas en la *Leyenda de los siglos*.

Los que leyeron la *Gaceta* del viernes 20 de este mes se encontraron con una sorpresa. El ministerio de Marina daba de baja al guardacostas *Numancia*, por viejo. Así, sin más preámbulos, á lo español, como es nuestra costumbre cuando de héroes se trata. Se subastará. Un armador rico quitará de la cuaderna de popa el nombre glorioso y lo sustituirá con el de algún desdichado político, y el buque inválido seguirá prestando servicios inestimables. Nada de formar ante él la escuadra en línea de combate y despedirle entre el fulgor y el estampido de los cañonazos. El buque republicano es dado de baja sin honores y no volverá á aparecer su silueta esbeltísima en el Barincourt de todos los años. Menos afortunado el último barco heroico que los buques ingleses, no tendrá un Jacob Maris,

ó un Turner, ó un Visley, que haga de él una acuarela sublime. No le veremos cerca de un muelle, envuelto entre nimbos de gloria, flotando en un mar de misterio. Y sin embargo, ¿qué buque de nuestra escuadra ó qué barco del mundo merecen como él un homenaje militar?

¡Triste destino el de los héroes en España, desaparecer sin ruido, en la ignominia de un silencio abrumador! Los republicanos debían amparar la vejez de este barco, debíamos comprarle, para que nadie lo explote ya, dedicarle en cualquier puerto á una misión santa. Veíale yo en Melilla muchas mañanas en aquel puerto primitivo y ante el monte funesto. Las dos cofas de sus altos palos y la chata chimenea no podían borrar el tipo aventurero y la forma artística de la fragata. Era como el pobre genio de nuestra raza decrépita ladrando á la fortaleza que se había tragado unos miles de hombres. Estuvo en el Callao y muere como Méndez Núñez. Los que van á las bibliotecas pueden leer en un gran libro cómo este barco dió la vuelta al mundo bajo la mirada de Camoens. Se le encuentra en el libro de Pirala, y es hermano de aquellos barcos que cantaran el viejo Alcalá Galiano y el conde de Toreno. Ha hecho lo que ha podido, como un español. Se ha batido como un guerrillero, y como un pirata, y como un bravo. Ha sido el tipo de barco político. Se ha fulgurado sobre él en las Cortes el anatema de corso y ha sufrido voluntario destierro. La ruta de Cartagena á Orán era en sus

fastos una ruta de sangre. Antoñete Gálvez proclamó en él la República federal, y en su cubierta murió un pobre loco fusilado de prisa más por el miedo que inspirara la nave legendaria que por sus propias culpas.

Albergaba los restos de nuestro romanticismo de estirpe, y de él salía la catástrofe vestida de locura. Su presencia en los puertos era todavía peligrosa. Tenía calaveradas trágicas y bromas mortales. Su hoja de servicios se inflamaria como algodón-pólvora. En nuestra escuadra, en la que casi todas las unidades tienen nombres palatinos, él era como un remordimiento, como una evocación. La *Numancia* era un barco fantasma. En el golfo de Lyon luchó contra un temporal horrible que hubiera echado á pique á formidables acorazados. No se cuentan de él claudicaciones ni averías vergonzosas. Era de madera, y nada se le añadió con el revoco de la coraza si no es un peso inútil, del que él protestó siempre. Últimamente huroneaba por nuestras costas como un viejo lobo de mar. Sus últimos paseos marinos son esas costas nuestras sin artillería, ni puertos, ni faros, ni otra cosa que los 13 semáforos de reglamento y los ocho vigías. Sus 7.300 toneladas lo eran de hígados. Navegaba por heroísmo, por amor al mar, no por sus condiciones marineras.

Ahora este barco desaparece; pasa á la escala de tierra, como un buen marino que hubiese cumplido sesenta años. Con él se rompe la página últi-

ma de nuestra historia dramática, de aquella historia de locos. Desartillado, le veremos en un puerto muy pronto, evocando sus escabrosos anales de aventurero. Muere con él algo muy nuestro, que bien muerto está, pero que produce todavía las fuertes emociones que inspirara en otro tiempo. Merece un adiós sincero; merece mucho más: que el Arte no lo olvide, que el Arte lo cante. Se van con él días de esperanza, que sostuvo con valor desesperado. Muere lleno de merecimientos, de honra, de pobreza y de vejez. Imagen perfecta del alma española, reliquia veneranda de nuestros destinos odiosos, ese barco, protegido, recosido, apuntalado, tiene aún ladeado el gesto en rasgos de bravo y es un viejo noble. Bien vale un adiós. Que ahora, desarmado, nadie lo vilipendie poniendo en la cuaderna de popa algún nombre ridículo. Mejor sería hacerle astillas.

XXXIII

El hidalgo se apoyó malhumorado en el paredón del mentidero, atusó aquellos mostachos algo grises y la puntiaguda barba que pusiera en moda Spínola, movió dos ó tres veces el cuello dentro de su rizada gorguera, y suspiró tan fuerte, que su mujer se creyó en el caso de preguntarle la causa.

Dos horas, algo más que menos, llevaban allí marido y mujer contemplando el desfile de los tercios que el villano favorito se había visto obligado á retirar de Europa. Pasaron lentamente, algo indisciplinados, los piqueros, cuyos jubones de cuero tenían grandes lamparones de sangre y en cuyos chapeos de enormes alas y pluma caída sobre un hombro los hierros de las lanzas habían abierto gloriosos agujeros. Más despacio y en apretadas filas, se mostraron los tercios de Farnesio, tocados de espantables chambergos y luciendo sobre el gorjal abullonadas banderolas. Los mosqueteros traían ahumados sus arcabuces, y en sus fajas encarnadas y azules asomaban los muñones de enormes pistolas de chispa. Las cuadrillas de los terciarios se sucedían diezmadas, indolentes, atezadas, muy sucias sus vistosas ropas, sus gregüescos acuchillados, sus zapatones, sus calzas de ante dobladas á medio muslo, mal colgados los tahalís de damasco ó cordobán, cenceños los rostros barbados y angulosos.

El pueblo los veía pasar en silencio. Aquellas legiones le habían dejado exhausto, por sostenerlas en extrañas luchas, cuya causa casi siempre desconocía y cuyos frutos no veía por parte alguna. Ahora volvían, dejada su fama en las manos juveniles de Condé.

El hidalgo fijaba sus ojos saltones en aquella tropa, y temblaban sus labios, movidos por la palabra interior. Un señor capitán de guardias wa lo

nas colocóse en esto de tal modo, que el hidalgo hubo de decirle:

—Repárese vuesa merced en que una dama es quien mira, que no yo, á fe mía, y hágase un poco acá, que harto ganarán mis ojos con no ver lo que están viendo, mal de su gusto.

Y como no hiciera caso de tales palabras el capitán, nuestro hidalgo se adelantó á él, y tomándole por un brazo le separó hacia su derecha, cosa de dos varas, más bien más que menos.

Hubo algazara y remolino, y así hubieran quedado las cosas si el hidalgo, dirigiéndose á su mujer, no la dijera:

—Esos que ves ahí no son soldados, que si lo fueran, no hubieran vuelto. Bien parece en el triunfo la vestidura rota, el polvo y la suciedad; pero en la derrota, de felones es volver de esa guisa y trasnochamiento.

Oírlo y encrespase todo fué uno. El capitán walón apostrofó al hidalgo con más voz que substancia:

—Hidalgo habiades de ser para no ser mentecato, y vuesa merced se engaña si cree que tales tercios vuelven derrotados; no sino dejar que tales hisopos hablen y os pondrán como alcuzas.

Paró en cuarta el hidalgo, y cruzándose los aceros de la mirada habló de esta manera:

—Seor capitán de la larga lengua: dos horas hace que pasan ante mis ojos embelecados y espantos vestidos de soldados, pero entre ellos no vi uno que

se os pareciera, porque á todos dais ciento y raya en lo de venir en pelo y mondo como un duende.

—Castigaros habría por mi mano si un golilla, mi amigo, no quisiera tomaros en cuenta del Santo Oficio.

—¡Ah felón! ¿Golillas á mí? Cobarde sois como esos que por ahí pasan. Si esa espada no es una vara, mediros he vuestras costillas con ella como si lo fuera.

Formábase ya en torno de los demandantes un grupo que discutía las razones de las partes, pesando el pro y el contra con esa gracia española que tiene la virtud de azuzar una contienda con chascarrillos y donaires. El capitán walón desnudó su espada y otro tanto hizo el famoso hidalgo, mientras le decía con mesurado reposo:

—Á fe que vuesa merced tendrá que quitar á su espada las telarañas antes de esgrimirla.

Su mujer le agarró cuando, varonilmente y enhiesto el brazo, acometía á su adversario; pero dióla tan fuerte golpe en la frente la cazoleta, que vino al suelo desmayada. Enfurecióse con esto más el malaventurado hidalgo, y á no venir ya en su busca el capitán y su guardia, le hubiera atravesado de parte á parte, como diz que se ensartaban los antiguos donceles.

Trazaron en torno suyo, con sus movimientos violentísimos, el campo, y haciendo el capitán escudo de su ropilla, le tiraba grandes tajos y fendientes, mientras le decía:

—Hidalguillo. Así pagarás las injurias contra el ejército del Señor Nuestro Rey, como me llamo yo Alonso de Cabuérniga Fontecha y Guirlache de Alcocoricón.

—Injuriado no he al ejército del Señor Nuestro Rey, sino que la verdad le he dicho. ¿Cuándo ha sido la verdad injuria, seor soldado?

Y hablando así le cortaba el terreno con zancadas peligrosas y saltos que un estudiante de Alcalá conoció ser de Bautista Mesón de los Pontoneros, maestro esgrimador de los Arraeces.

—Justicia me he de hacer por mí mismo—vociferaba el walón—contra este enemigo de Su Majestad.

—No de Su Majestad, sino de cobardes como tú, hacérmela he yo en un punto. Bufón eres si afirmas que yo ofendí...

Tan recios eran los golpes y tan continuadas las razones, que nadie, á no haberlo visto con gusto, hubiera podido meter baza. Chocaban los aceros y las palabras que parecía venirse abajo el mundo. Gritaban las mujeres, se enzarzaban los hombres en opiniones, corrían los chicuelos y reían los soldados.

Poco duró la extraña lucha. El hidalgo burló un falso avance, y en un amén metió tres palmos de acero en el vientre enorme del capitán, que cayó de bruces sobre las baldosas del mentidero.

—Sea Dios servido—dijo sencillamente el héroe.

Y cuentan los *Avisos de Palazuelos*, de donde

entresaco este hecho, que cuando el oidor preguntó al hidalgo la causa de su desafío, respondió éste con arrogancia:

—El señor capitán se figuraba hacer justicia del rey matándome, y yo la hice del pueblo matándole á él.

Este fué el verídico fin de la preciosa vida del capitán walón Alonso de Cabuérniga Fontecha y Guirlache de Alcocoricón, á cuya viuda señaló la racionería de su majestad una pensión de quince escudos y tres maravedises sobre alcabalas de los pueblos de Potes y Valenzuela.

Palazuelos jura haber oído y visto lo que consigna, y como me ofrece crédito el buen periodista de aquellos tiempos—compañero de Barrionuevo—, no tengo inconveniente en recordar esta graciosa hazaña de ese hidalgo á quien sin duda no había sentado bien que los famosos tercios españoles perdieran la batalla de Rocroy.

XXXIV

Hay que irse acostumbrando á la idea de que está uno loco. Los españoles tenemos olfato de penco para descubrir orates y es lástima que Olóriz ó Salillas no hayan estudiado en su Psiquiatría

esta facultad nacional. Estar loco es investigar. Veis por la calle un hombre que, leyendo, se da un trompazo. ¿Por ventura habrá algún infeliz que demuestre que este hombre está en su sano juicio? Paseáis; un flamenco roba, enloda y avergüenza á una joven, le llamáis grosero, le dais un bastonazo y le tiráis de las orejas para que gruñía como los gorrinos: ¿no significa este acto que estáis rematadamente locos?... Vais siempre silenciosos, meditabundos, preocupados con los problemas sociales ó las múltiples cuestiones de vuestro propio espíritu, no contestáis por esta causa á los saludos ni paráis en la calle á los conocidos: ¿seréis tan necios que no veáis aquí de manifiesto á un emotivo de Bain ó un cliente de Triebteder?... Pero ¡ah! la cordura española sí que es curiosa. Ser cuerdo es ser un *gachó* más vivo que el tío Tabique el de Estepa, el cual así que distinguía un guardia civil no paraba hasta Cádiz.

Nuestra cordura tiene un mote bonito. En España hasta las ideas fundamentales tienen mote; se llama *pupila*, y su manifestación más evidente es el «no hacer el primo». Haréis el primo cuando intentéis conformar la vida con el sentido común. Si creéis que por «vuestra linda cara» vais á arreglar las cosas, ignoráis lo que es ser un *panoli*. El sacrificio es una *primada*; la abnegación, una *coladura*; la previsión, una *espantá*. Si queréis, pues, vivir en España con fama de cuerdos, habéis de visitar á la Berros y á su querido, que os ilustrarán

acerca de tan provechoso tema. Ella es una de esas mujeres tan comunes en nuestra tierra que se describe y hasta fotografía de cuerpo entero con la palabra *prenda*. Lo mismo empeña su palabra de honor que el honor ó las palabras si hay quien las compra, que sí lo hay, y cuando no, se busca y se encuentra. Él es un morlaco, berrendo en negro, con más escamas que un besugo y más lengua que Toribio. No sabe una palabra de nada, pero no se lo digáis si os estimáis en algo; lo mismo esgrime él la lengua que la navaja, y así rebana él nueces de Adán como se come los hígados de sus detractores. El angelito cumplió nueve del *ala* en un *presirio*, y sabido es que el que entra en una penitenciaría española, sale de ella con peor sangre que un toro.

Á poco de salir dió en tablas, y quien dice en tablas dice en un negocio, y se llevó cerca de mil duros limpios de polvo y paja. Con ellos y con la contrata de caballos para las corridas no salió diputado porque no le dió la gana y porque la Berros se le echó encima y le encaminó por donde van los hombres que son hombres y no tienen el caletre averiado. ¡Y que no tiene porvenir un hombre asesorado por una mujer como la Berros!... Á ver en qué fregado se había ella metido, y sin embargo no había negocio ni cuestión que no adivinara. En carne *chipendi* no había quien la aventajase y que alce el dedo quien le conociese un hombre que no fuera su «hombre». Porque si es verdad que siguió

á la Macarena con los pies descalzos y un cirio en la mano, de otras sabía ella que habían cometido la *farta*, sí, y aun ni penitencia hacían, y corramos un velo sobre todas estas cosas, que peores las sabemos todos y nos callamos. La Berros y sú Mengue eran más listos que un mono de dos años en eso de buscarse el pan de flor y la harina de que se hace y aun el molino *onde* se muele y la tierra *onde* se siembra. Sin saber sumar daban lecciones de teneduría de libros, y con un poco *e* memoria y mala *sangre* se habían hecho con cortijo, dehesas, cotos y la mar salada.

Pero diréis, ¿cómo? ¡Y qué sé yo, y qué sabe *nai*del! Pues ahí la gracia y la solera fina. Porque robar no, y Dios nos libre de los malos pensamientos; negociando, eso sí, y con una vista de *chipén de lerendi*. ¿Que no entendéis esto? ¡Y cómo queréis que yo os explique lo inexplicable y que os traduzca lo que quiere decir la *sandunga de la saragandunga* del *repiqueleque*! Al hecho me atengo y de él no me apeo, y allá vuestro cacumen. Á discurrir tocan y cada cual cargue con la solución de la charada. Lo que yo afirmo ante notario es que la Berros y el Mengue sabían vivir mejor que la Virgen, y que en punto á honra y *diznidaz* ni que hablar hay. ¡Y luego hay quien emigra al otro mundo en busca de fortuna ó energía para adquirirla!... Palominos son, que no hombres, porque Andalucía es la tierra *onde to* Dios vive sin más que aguzar el magín, y quien no tenga corazón y

no *puea* ponerse ante un marrajo, con sólo *chanelaar* un asunto ya *tié pa* ir viviendo. ¿Un asunto? Si la Berros supiera escribir, ¡atiza y qué libro nos iba á soltar la *gachí*, hablando de los negocios! Y eso es estar cuerdo y no ver visiones y no andarse en *colúminas* de los *aranceles* ó librecambios ó proteccionismos... Con tomar unas cañas *de la propia* y *jacer asina* y ladearse el castoreño y salirse por pases de pecho, de costado y de frente por detrás ya está el negocio y el caballo *güeno*, y al que haga guñños se le pincha en hueso y aquí no *tié* que hacer *naita* Henry George ni Cristo.

La Berros no cobra por las lecciones, ni es ella de las que se muerden la lengua en consultas; así es que os recomiendo la visitéis, porque ella os colmará las medidas en eso de los negocios españoles y *formalidaz* comercial. Refrán suyo es el de que «palabra *jace farta*, que no dinero», y está para comérsela viva ó con boquerones cuando puesta en jarras delante de un montón de duros, los mira de través y os dice: «¡Y pensar que hay hombres que se *güelven* locos por amontonar *parné!*» Yo no olvidaré jamás á esta hembra española ni á su célebre macho. Ellos personifican ese aspecto trágico del flamenquismo comercial, que es una peste, una epidemia horrenda, enteramente desconocida. Pero *eso* es vivir y lo demás filfa, y pudiendo lucir un mantón de Manila en la plaza, que vengan decires y no sean de frente, y á ver si os explicáis lo que es la *charrifisanda de los instipidos*

bandos. Que esto es estar cuerdo y ver de largo y comprar en diez lo que vale mil después de la *granizá*. Conque *abur* y hasta la feria, y no olvidéis al Mengue ni á la Berros y dejasos de Economía Política ni otras antiguallas. La verdad es plata *manque* sea vieja, y de esas verdades come el hombre. ¿Me entendéis? ¿No?... ¡Y cómo explicar de otra manera lo inexplicable!...

XXXV

Cuenta el admirable y querido catedrático Agustín Murúa, en su libro *Tres años en Alemania*, que leyó la siguiente anotación de Goethe sobre un papel, en el que el poeta iba fijando la marcha de la política y pensamientos internacionales:

«1828. España, abandonada á sí misma.

»1829. No se encuentra mejor; el rey se casa: lo restante va como puede.»

Supongamos que añadimos el 1911, y nos será forzoso escribir en el estilo conciso del genio: «España no encuentra salvación. Se habla de República. Los intelectuales se encogen de hombros. Las inteligencias se cotizan en Bolsa como papel del Estado, y se vive bien así. Todos contentos.»

Me admira que seamos incapaces de ponernos de acuerdo; me asombra que entre nosotros, los republicanos, no se tomen medidas francamente revolucionarias. Dificilmente volverán días como los actuales, de una absoluta desorganización exterior é interior. Cualquier real decreto en sentido democrático, una ley sabia promulgada á tiempo, alejarán las favorables circunstancias indefinidamente, y luego nos quejaremos una vez más de haber perdido el tiempo. ¿Qué extraño Mesías esperamos? ¿Á qué raros cálculos ó combinaciones se han entregado nuestros jefes? El balance y el inventario están hechos; acusan una total descomposición del genio de la raza. Los que van al extranjero escriben libros tenebrosos y afirman que somos impotentes, que necesitaríamos treinta años largos de cruentos sacrificios para colocarnos en disposición de ser útiles al pensamiento universal. En el periodismo militante—hay un periodismo híbrido, pasivo y necio—los artículos, las elucubraciones, los fondos, las mismas eutrapelias de mero pasatiempo, enseñan que nos morimos, que nos desvanecemos en el vivir europeo como débiles substancias solubles. Recientemente han aparecido cinco libros de viajes dentro de nuestra miserable península, y dan ganas de exclamar ante nuestro mapa como Bobadilla ante Toledo: «¡Así te pudras!» Mauricio Barrés decía: «España es el país más desenfrenado del mundo. En sus costumbres, los españoles, bajo un cielo de color violento, se

conforman con sus sensaciones. Es un país propio de salvaje que nada sabe, ó de filósofo, que de todo está agotado, excepto de energía; aquí todo es brusco y de un acento que muerde.» Y Mauricio Barrés tiene todavía razón. Podrida nuestra sensibilidad por el genio de Andalucía, somos débiles y sucios, no intentamos la resurrección, oímos, leemos, y con el periódico dejamos todas las fatigas espirituales. ¿Por qué somos así? Millones de veces se han dado las razones y causas de ello. Lo que es preciso es insinuar procedimientos para no ser así, para en el menor espacio de tiempo ganar el perdido.

Paralela á la obra de análisis que se hace en España acerca de nuestros defectos y vicios, existe otra de síntesis, de integración, por la que determinados intelectuales quieren hacernos creer que la patria sin violencias será bien pronto un paraíso gracias á su trabajo de documentación. Á mí no me importa que cada uno se libre por propio esfuerzo; lo que deseo es que mi patria deje de ser el país del escarnio; quiero verlo, contribuir á ello y no creer en las calendas griegas. Deben saber esas inteligencias que, una vez liberadas por el trabajo, tienen la obligación de ocupar los lugares estratégicos del Estado y clamar contra él; porque esperar á que la voz adivinadora del pueblo se les adelante y allane el camino, es tan cobarde como poco intelectual. Resulta que los jóvenes se han acorazado con una prudencia de buen tono, y pa-

rece ser que echarán así raíces y crearán estómago. Resulta también que nuestros jóvenes no se atreven á pasar unos días malos, y que la sublimidad y aureola del esfuerzo les parece muy impropias de sus cabezas rapadas al cero. Entonces ¿cómo acordar la edad y la ciencia con el estado sórdido y repugnante de nuestro país? ¿Cómo interpretar esos centenares de artículos suyos en los que no queda institución con cabeza? ¿Cómo entender su palabra «revolución»? Y mudando de valores, ¿cómo creer que hay en España una inmensa juventud republicana si no se ponen de acuerdo en cuanto á procedimientos?

Yo quiero aventurarme á proponer uno: armar de punta en blanco la inteligencia, ponerla en estado de guerra y dejarse ya de sermonarios é himnos. La inteligencia en estado de guerra es el apostolado. Dice Renán «que el grande atractivo que hizo á los pobres adherirse al cristianismo fué la facilidad que se ofreciera á las clases desheredadas de rehabilitarse, profesando un culto que les enaltecía y les presentaba infinitos recursos de asistencia y de compasión». El que haya estudiado profundamente la incubación de los ideales sociológicos desde los contenidos en aquel código grandioso llamado Dharma-Sastra hasta los expresados por Henri George en el país de Gales, sabe que la única forma posible de adaptación al medio de toda doctrina revolucionaria es el apostolado. Para ser apóstol de un ideal no es suficiente hablar ó escri-

bir bien acerca de ese mismo ideal; lo necesario es lanzarse á la provocación del contrario, á la guerra, salir á su encuentro y vencer. La disciplina de las ideas, la lentitud con que éstas cerebralmente se transforman en sentimientos, retrotrae del ardiente apostolado al intelectualismo; pero sin él... Predicar es dar trigo. Las muchedumbres buscan su salvación si sienten la palabra, si el verbo encarna en la sangre, y el espíritu, no la lengua, habla. El fracaso del orador de mitin es evidente ya, y nadie que entienda en cosas de espíritu se atreverá á declamar en el vacío. La inteligencia pura, franca, resuelta, que ha convertido su ciencia en sentimiento por un prodigio fácil de amor y de esfuerzo, vencerá y creará la revolución. Los que investigan cómo se propagaron las relaciones, encuentran en sus principios una simplicidad asombrosa de medios, en los que tal vez el menor en méritos es la persona del fundador — Creuser y Guigniaut—. Tal simplicidad consiste en descender hasta el mal y dialogar allí con él. Porque hacemos lo contrario, porque nos llevamos el mal al gabinete, como pieza de disección, no sabemos una palabra de los procedimientos para verificar la necesaria y anhelada revolución social española.

XXXVI

El arrimen, el empujen y el tripoteo.—Si yo fuera cajista pondría en letras de cien leguas el anterior titulito. Porque se las trae. ¿Verdad que se las trae? Cualquiera que lea eso del *arrimen*, y del *empujen*, lo del *tripoteo*, deja de leer... ¡Á un lado la modestia y á otro el pudor, ese titulito daría de sí *lo suyo*. Vamos, es un decir. Porque el literato que lo desentrañara, si á tanto se atrevía, habría de encontrar nada menos que una de las raíces de nuestro carácter.

Dice ó decía Montesquieu que el peor de los caracteres es no tener ingenio. Nosotros poseemos uno muy pintoresco, tan definido y claro, que no se necesita mucho talento para pintarnos como somos. Basta solamente investigar por ahí el lenguaje y las costumbres, en España unidos de tal modo, que uno y otras forman un solo cuerpo de doctrina. Esos tres nombrecitos expresivos y gráficos, si los hay, proceden del caló popular, no del caló del hampa, y describen los tres momentos históricos del baile del *agarrao*. Otras autoridades en la materia ó pus del asunto, dicen que se llaman de otro modo: *parcheo*, *magreo* y *jaripeo*; pero nos-

otros, que somos un pozo sin fondo en eso de la cultura intelectual, afirmamos bajo palabra de hombres que estos tres últimos *palabros* son de origen americano, boro puro de ley y originarios de alguna *juerga* de bohío.

En fin, Cejador aparte, queremos decir que eso del *arrimen*, *empujen* y *tripoteo* tiene más importancia que el Congreso Eucarístico de Viena y que si nos apuran un poco, no del *agarrao*, sino del espíritu nacional responden. El que ó los que se interesan en nuestra psicología podrían investigar si no es verdad que procedemos en todas nuestras cosas por tres tiempos y si esos tiempos se llaman ó no así. Primero nos *arrimamos* al asunto, luego le *empujamos* y después lo *tripoteamos*. *Arrimarse* es una gran frase completamente nuestra; significa perder la vergüenza, cosa no tan fácil como parece y aventura expuesta á determinado número de mamporros, coscorriones, *jabeques* y *bofetás*. *Arrimarse* un hombre á una mujer es buscar la querencia, *aluspiar* en blando y buscar hule ó pupa; tiene por extremo máximo el *arrejuntarse* y por extremo mínimo el contacto ó conjunción de *casual*, *mogollón* y *tirabeque*. Os ruego que no os alarméis y que sigáis leyendo, porque esto no es hablar en chino, sino en español castizo. Quien se arrime ha de ejecutar ese segundo movimiento estratégico que se llama *empujen*, no exento de percances tampoco y para el que se necesitan *facultades*.

Por *facultades* se entiende el *traérselas*, ser un

niño de cuidao, salvarse por pies, farolear, dar en el morrillo y no *achantarse*. El *tripotear* es marcarse como Dios y los cánones mandan y no ser asadura ni dar en hueso, sino clavarlas en las mismas péndolas y cerrar el terció con dos de lo fino, de castigo y estirando los brazos. Alabado sea el Señor si yo me entiendo, pero vosotros me entendéis, y eso es lo que busco. Si *diqueláis* veréis que no *marro* ó *yerro*, sino que pincho donde manda María Santísima. Empapando un asunto, así sea el tan manoseado de vuestra salvación, estad seguros de que es nuestro, de que nos *hacemos* con él, y el desmiguen. Arrimarse á un asunto es citarle con limpieza, tener más vista que Dios y medir los terrenos. Empujarle es hacerle nuestro, sacándole del hilo de las tablas, y tripotearse es resolverse por hechuras, riñones y circunstancias. ¿Se trata, por ejemplo, de una dificultad técnica ó cultural en esta ó en esotra profesión? Pues habéis de dejaros de estudio y de reflexión, y saltar la barrera, y citar en corto, y salir de la suerte por la izquierda. Andar con prácticas es andar á gatas, y experimentar, estar más mochales que un cencerro. Habéis de acercaros al libro que deseáis conocer, torva la mirada, ladeada la cabeza, procurando no cambiar los terrenos y manejando la izquierda mejor que los ángeles.

Las cuestiones no se resuelven meditando, sino con dos arrobas de sal é hígados y dando tripita, cadera y magras con vistas al sarcófago. Si los

extranjeros leyeran estas cosas no las entenderían; pero á quienes no entendemos nosotros es á ellos. Andarse con filosofías es jipear, y hacer cálculos es meterse en camisa de once varas. Para resolver un problema habéis de tener en cuenta los siguientes datos: que los varilargueros han de seguir con turno riguroso; que no hay que confundir la navarra con la larga á punta de capote; que la temporada empieza después de la Cuaresma y que son 396 las plazas de toros. Todo es cuestión de arri-men, empujen y tripoteo. Aplicad estos tres tiempos á la política española y notaréis con sorpresa cuánta es la razón que tengo. Tripotear en política da excelentes resultados, y si me perdonarais la manera de señalar, yo os diría los nenes que hay por esos barrios quitando el hipo, los moños y los postizos. Del *arri-men* no hablemos, porque ¿quién no sabe de centenares de angelitos que viven del arrimo y de la sombra y del sol que más calienta, y así pestañean ellos si no se lo mandan como el Tarugo? En el *empujen* es ella porque es libre y en las apreturas está el *balduque*, la *metonimia*, el *par-cheo*, el *magreo* y el *jaripeo*.

Por uno que toque en hueso, cien dan en blando, y así se preocupan ellos de las circunstancias como del Papa. Hay que hablar así, amigos míos, porque si no *lo toman á uno* por un panoli ó un infante en la lactancia, y librees Dios de hablar de otro modo, que de intelectuales está el infierno lleno. Quien ignore estas cosas está en el limbo y no *camela* ni

ve venir los reyes. Por eso os ruego que no toméis á broma ó en broma lo que vais leyendo, sino que os lo aprendáis de carrerilla y procuréis no olvidarlo. Trabajo cuesta darse á partido y creer que esto es bueno; mas en España vivimos y preciso es agarrarse al Diccionario como de un clavo ardiendo y ver de qué gráfica y admirable manera están consubstanciados genio y figura, carácter y lenguaje, modales y costumbres. No es vanidad de literato ni capricho de folklorista; es la verdad sencilla y grave; no tenéis más que examinar los vocablos del pueblo, profundizar en ellos un poco y veréis cómo responden á la entraña de la raza. En país alguno del mundo está como en el nuestro unido así la expresión de lo que somos con la substancia del ser. Y así vamos pasando la perra vida, tripoteando los sucesos, empujando los acontecimientos y arrimándonos á las circunstancias: como á mujeres.

XXXVII

«Cuando yo nací—decía el gran poeta—, el siglo tenía dos años», el 22 de Mayo de 1885 aquel hombre encarnado en el verbo humano recibía á la muerte con un amoroso: «Bien venida seas.» Su cuerpo fué expuesto bajo el Arco de Triunfo, pie-

dra labrada que despertara en él al cantor de las grandezas y desviara su genio poético de las vírgenes de Vérdum para atraerse al océano de las luchas democráticas. Dos millones de hombres velaron el cadáver y la cabalgata de su entierro renovaba las cesáreas. Parecía morir con él el siglo XIX. El mundo se asoció al duelo de Francia. Su cuerpo descansó en el Panteón y su imagen proteica vaciada en bronce, cincelada en mármoles, anunció á los hombres que un dios había muerto.

Cuando yo vi las láminas de aquella noche; la enorme plaza; las antorchas; el féretro sobre túmulo asirio; la cuadriga velada por el inmenso crespón; los centenares de blandones y de coronas; las guardias nocturnas de coraceros, volví á mi patria la vista, interrogué al siglo, busqué un hombre como aquél, un homenaje semejante, y al no encontrarlos blasfemé de mi raza, que sólo crea cuervos y cardos. Y una vasta amargura consumió mi adolescencia. Estudiaba desganado, siempre en las fuentes extranjeras, siempre lejos de Cervantes, siempre desterrado de aquellas glorias que hicieron grande y única á mi patria, madre de cincuenta repúblicas. Buscaba con ansiedad grandeza y sólo oía el rumor trágico de la piqueta, del hacha, de la hoz de la muerte. Las leyendas se desvanecían, España quedaba ante el mundo miserablemente desnuda. Éramos incapaces de crear hombres como Víctor Hugo, indignos de sostenerlos é impotentes para venerarlos. Oía en torno mío política y

más política. Un arte flojo entretenía á la estirpe que parió el *Quijote* y el *Romancero*, y mi alma sedienta de maravillas había de buscarlas allá, muy lejos, en Europa, en regiones que se me figuraban lejanas como estrellas. Cuando volví escruté las entrañas de esa raza mía, estéril como una mula; y acabado ese estudio, la escena de la apoteosis huguesa apareció ante mí fija, con líneas indelebles, mudados los valores.

Era en la Puerta de Alcalá. Un velo negro envolvía las armaduras y los angelotes del friso, colgaba por los vanos, cubría el pavimento, hasta perderse en los macizos de jardinería. Los tripodes de bronce iluminaban el túmulo con su fuego sagrado. Escuadrones de coraceros enlutados guardaban el féretro. Y en un trono, bajo dosel, bajo el arco romano, rodeado de emblemas, preseas y flores, el cadáver de un hombre español cuyo genio había llenado el siglo. ¿Qué hizo?

Fué sombría su labor. Hubo primeramente de dar ojos y orejas á su raza miserable, cruel é indiferente. Mostróle luego su indignidad, hasta conducirla á una inmensa desesperación. En la borrasca hizo brillar el faro de la ciencia, y dando al divino idioma ternuras y grandezas desconocidas, precipitó en el faro las muchedumbres, como se arrojan las albatros y gaviotas en la antorcha de la estatua de Bedloe. Y el pueblo trabajó incansable. Las obras de aquel hombre glorificaban la labor cotidiana, el sudor, la constancia, el amor y

el valor de la tierra. Pobló el cielo de monstruos y las almas huyeron de él como de un verdadero infierno. Y en torno de los poemas del hombre surgió una generación audaz.

Europa aprendió nuestro idioma porque ya no se escribían en él necedades, sino palabras de vida eterna. La seriedad hidalga de la raza triunfó de su descomposición, y Europa la vieja se inyectaba en sus venas hinchadas de crápula y desenfado la sangre varonil de España la nueva. América, invencible, pujante, creaba en la metrópoli el centro de su formidable irradiación. El espíritu triunfaba y mataba la ley polvorienta, las telas de araña de la justicia, los viejos conceptos de las monarquías. Huía el rey. Y detrás de él, en equipaje imponente, las instituciones mohosas del régimen. Las obras de aquel hombre habían sido traducidas á todas las lenguas, porque ya no eran obras cantables, arias imposibles, monólogos grasientos. Antes bien, hablaban un extraño idioma universal de sentimientos y todos los hombres las entendían y á todos los hombres decían algo nuevo. Era una luz infinita, mezcla de poesía y de ciencia, que verificaba milagros como los rayos ultravioleta. ¿Sufrió? ¡Oh! estuvo muchas veces en brazos de la muerte; pero su propio genio le salvó de ella. Y en sus propias desgracias halló el amor de las ajenas. Y su misericordia se llamó caridad y su caridad ciencia. Amputó y sanó.

Y un día el hombre murió como los hombres;

pero éstos no eran ruines ni envidiosos; no tenían un rey que acaparara para sí cuanta gloria y honores existían en su país, la monarquía no podía impedir aquella apoteosis de un hombre de origen celular, de derecho humano.

Siempre que paso por esa puerta este ensueño enturbia mis ojos y veo la escena bendita. Mas la raza es la misma. Una monarquía envidiosa, glorificadora de sí misma, despótica y cruel, domina sobre los hombres, que son aún malos, y vagos, y religiosos. Europa no se cuida de nosotros, y sin los manes sagrados de Cervantes, que velan por nosotros, no existiríamos ya. Por los mares no navega un buque digno de ese nombre. No tenemos colonias. El suelo indígena está seco, abandonado y erial. Los sacerdotes se reparten el gobierno con los políticos. Los desastres nada nos enseñan y vivimos y deambulamos con un infame orgullo hueco como corona de rey.

Bien venida seas, muerte. Mi stirpe no tendrá su Víctor Hugo ni bajo ese arco de piedra berroqueña pondrá el cuerpo de un hombre. La envidia les roe las entrañas, y en su médula podrida sólo caben las reverencias del espinazo ante lo ancestral, lo muerto, lo saponificado. Cervantes vela, y tal es nuestra envidia y podredumbre, que alzamos á su vez una pirámide milenaria y al genio de los genios le hemos abandonado indignamente. ¿Cómo existirá otro de nueva especie? ¡Oh raza mía, estéril como una mula!...

XXXVIII

—La cogida fué horrorosa, imponente, espeluznante. El toro hizo por él en tablas del 2, lo recogió con el pitón derecho y lo campaneó horriblemente. Un grito de horror salió de la plaza entera. El *Pato* se levantó pálido, se tambaleó y cayó desplomado sobre la barrera. La sangre salía á torrentes del pecho y del muslo izquierdo. Algunas señoras se desmayaron. — (6-40 tarde.)

—El *Pato* ha tenido una cornada de suerte. Si el pitón hiere un poco más arriba, la nación hubiera tenido un día de luto. Felizmente será cosa de mes y medio.—(7-30 tarde.)

—El *Pato* ha conversado largamente con nosotros. La cura duró cinco horas. El diestro la sufrió riendo y bromeando, haciendo graciosísimos chistes, que desternillaban de risa á los doctores que le operaban.—(3 mañana.)

—Á pesar de la hora, la camilla en que conducían al valiente torero tuvo que ser rodeada por un escuadrón de lanceros, pues la multitud era tanta, que ocupaba toda la calle. A través del hule

de la camilla se oía al diestro cantar con inimitable estilo un tiento del *Niño de Cabra*.—(De madrugada.)

(Estilo de cronistas taurinos.)

Cuando queremos alegrarnos de haber nacido en España, afirmamos solemnemente que es el nuestro el país de la sobriedad, del *aguante* y de la resistencia. Semejantes á esas diatoneas de que habla la ciencia, si nos parten en dos pedazos no sólo revivimos, sino que cada fragmento se multiplica prodigiosamente. Somos un pueblo soberbio, y tienen razón los que no se explican cómo hay tanto descontento en nuestra magnífica tierra de promisión. Porque no existe raza que después de un desastre se quede como antes de la hecatombe, y si es posible, más rozagante y más fresca. Nosotros, después de la catástrofe, manifestamos un valor suprahumano, y los extranjeros no comprenden por qué no detuvimos con ese valor la catástrofe, y así nos hubiéramos evitado sus consecuencias. La cultura precave, pero las plazas de toros nos han enseñado á los felicísimos españoles que precaver es tener miedo y que la prudencia se llama *canguelo* en la tierra de María Santísima. Valor es dejar llegar y después del trompazo reír como angelitos. Ahí tenéis los toreros.

Estos señores, simbolos por excelencia de la estirpe, son documentos vivos de lo que vamos

diciendo. ¿No habéis leído con detalles espeluznantes la cogida de un lidiador? Según el espantable relato, el desgraciado saltimbanqui de circo taurino quedó muerto en la arena; la sangre hacía flotar en el redondel, como en una naumaquia de pesadilla, los cadáveres de los caballos; tenía atravesado el pulmón, seccionada la yugular, rotas tres costillas, partido el cráneo y declarada la peritonitis. ¿Y cómo es que á los dos días el malaventurado diestro torea de nuevo y le veis por la calle andando con más salero que la Virgen y marcándose con más gracia que la Chorlito? Negad ahora que esto sólo sucede en España. Cuéntanos Vicente Pastor en sus *Memorias*—un tomo en 4.º de ocho páginas—que en sus mocedades, como le viera cierta vecina las piernas, dijo á su señora madre: «Vuestro hijo tiene pantorrillas de torero.» Con lo que el ilustre escritor quiere demostrar que la carne torera es una carne especial, únicamente nuestra.

Los doctores encargados de la curación de los diestros se admiran de esta asombrosa condición, y cuando levantan á sus clientes el apósito de urgencia, cuentan siempre como recurso excepcional con la naturaleza torera del enfermo. Los cirujanos extranjeros debían darse una vuelta por España y ver si esta carne maravillosa está dotada de alguna cualidad exotérica, con lo que no medraríamos poco, pues podríamos cultivar toreros para la exportación de injertos humanos, comercio cien-

tífico llamado á tener gran porvenir, y de cuyas excelencias vienen de los Estados Unidos grandes y merecidas alabanzas. Los españoles teníamos en nuestro *folk-lore* la célebre frasecita «carne de perro», con la que caracterizábamos nuestra salud á prueba de miserias y epidemias; pero la echaremos al olvido sustituyéndola con la de «carne de torero», bien seguros de no perder nada en el cambio. Ó la fagocitosis se verifica con mayor rapidez en los tejidos y músculos de los toreros, ó existe en la sangre de los españoles algún bichito raro que en cuanto nos abren un boquete salva sea la parte, lo arregla todo en un periquete.

Convendría descubrir esto, por dos pequeñas razones, las dos muy españolas. Por contribuir en algún centimito á la cultura científica moderna y por ver si al fin los albañiles tenían su patrono. Yo no tengo inconveniente en anunciar al Instituto Pasteur en la persona de Elie Metchnikorffé un descubrimiento mío teórico, que de verificarse, por la experimentación, me daría gloria de veras como sucesor en la organoterapia de aquel gigante que se llamó Carlos Eduardo Brown-Séguard. Me refiero al simpático bichito de la sangre torera que habría de bautizar con el admirable nombre de *Espirocheto flamencus cornupetensis*, de Noel. ¿Eh?... ¿qué tal? Este animáculo, vibrión, bacilo ó lo que sea, debe existir. Si no existe, ¿cómo os explicáis que las heridas de un torero se cierran á las veinticuatro horas? ¿Cómo entender que en espacios

inverosímiles los órganos más complicados se unan y pongan en perfecto funcionamiento? Además, este bicharraco nos haría justamente célebres; podríamos cultivarle, exportar sus sueros y añadir un triunfo á la moderna terapéutica.

Los ingleses se inyectarian «sangre torera» y de ese modo se arrojarían sin más preámbulos sobre las escuadras alemanas, y he ahí cómo de nuevo seríamos árbitros del mundo, pues los desgraciados que no poseyeran el *espirocheto flamen-cus* serían víctimas de los que previamente se hubieran vacunado con él. ¡Carne de torero!... ¡Y que nadie se haya fijado en esta trascendentalísima cuestión!... Pero en fin, el asunto está denunciado, y tal vez algún médico lo tome en serio y nos sorprenda con un descubrimiento que haga época. Yo con mi deber de escritor cumplo anunciando el hecho de darse la carne de torero, ó sea un tejido muscular que tiene la virtud de curarse á sí propio en el minimum de tiempo el máximum de desperfectos. ¿No podrían asimismo los fisiólogos estudiar si el endemoniado bichito de la «sangre torera» era uno de los causantes de la tan decantada resistencia física y sobriedad y fortaleza espirituales de la raza? Como veis, queridos lectores, el flamenquismo es un pozo de sorpresas, y burla burlando buscaremos en él la verdad de nuestro embrutecimiento ó la promesa de nuestra regeneración. Quedaos con Dios y á mí no me deje.

XXXIX

Los clérigos no deben cortarse el cabello de raíz como los sacerdotes de Isis ó Serapis, ni tampoco dejárselo crecer del mismo modo que los que ostentan lujo, sino cortárselo dejando cubierto el cutis.

SAN JERÓNIMO.—*In Ezequiel*, lib. XIII, cap. XLIV.

La misma Naturaleza enseña que le sería ignominioso al varón criar cabello; como, al contrario, le es decoroso á la mujer criarlo, porque los cabellos le han sido dados en lugar de velo.

SAN PABLO, *Epist. I Ad Corintios*, XI, 14.

...Secreta petit loca, balnea vitat, nauciscetur enim pretium nomenque poetæ...

HORACIO, *Ad Pisones*.

Una de las cosas más saladas de España no es el tocino de cerdo, como puede creerse, sino la prontitud inverosímil de nuestros juicios. Os encontráis, paseando, un transeunte; os ve, se detiene, gira sobre sus talones y os endereza un consejo crítico. Le ha extrañado vuestro andar, el traje,

la cara ó el pelo y no quiere dejar de aconsejaros. Esto es inconveniente, incorrecto y grosero; mas ¡qué le vamos á hacer!... somos así. Cuando una cosa nos llama la atención, no podemos refrenar la lengua; igual, igual que nuestras venerandas mujeres. Las señoras critican por envidia ó por una finísima sensación del ridículo. Los señores murmuran por exceso de familiaridad. Se creen con derecho á la crítica en voz alta á causa de la vulgaridad en que vivimos. Tales abusos de confianza son legítimos, estoy por decir legales, á causa de que los españoles vivimos en las ciudades como en familia. Otra causa es la falta de asuntos graves que puedan interesarnos.

Figuraos, pues, si os da la gana, á qué comentarios no dará lugar la simpática manía de las melenas. ¿Simpática? Reflexionemos. Hemos convenido, á medida que se extinguían los grandes ideales, que las melenas son cosa superflua. Aquellas generaciones románticas, cuyos cromos tanto nos gustan, nos legaron el desencanto, el desengaño, la desilusión; entonces encomendamos al barbero nuestra cabeza y nos pelamos al rape. Con este acto nos pelamos también esa desilusión; pero nos quedamos tranquilos, creyendo de buena fe haber despojado á la cabeza de ensueños peligrosos. ¡Pobre de aquel que «se dejó» largo el cabello!

Los sabios murmuran en su oído aquellos versos de Horacio, al juzgar la estéril vanidad de los poe-

tas melenudos: «*Si caput insanabile nunquam tribus Autyciris, tousori Licino commiserit.*» ¿Por qué? Sencillamente, por odio. Veíamos un joven á quien no le había dado la gana desilusionarse, y esto molestaba el gran concepto que formáramos de nosotros mismos. Legiones de hombres afirmaron que los cabellos largos eran señal inequívoca de feminidad; filosofaron asimismo que eran innecesarios; los ridiculizaron, juzgando que no cuadraban al carácter de nuestro tiempo y moda igualitaria de nuestros trajes; y punto en boca.

La máquina del cero segó las cabelleras é igualó los pelos del cráneo en su raíz; lo que no hizo fué darnos otro carácter, ni virilizó los entendimientos, ni encauzó la imaginación por el álveo de las invenciones positivas. Discurrimos graciosísimos cortes de pelo, con raya al lado y un tupé coronando la frente, con lo que creamos el joven pendiente de nuestros días, de aspecto estúpido, zaino, hurón, de cabecita de ajo. ¡Si la dichosa máquina del cero, al rapar la cabeza, hubiera dado más horizontes y ensanchado la visión de aquel cráneo! Pero lo que hizo la tal maquinita fué dar á los jóvenes una idea muy pobre de su rostro, el sentimiento de una esclavitud que no es la disciplina y la idea de la igualdad tal como la concibieron ciertos revolucionarios franceses al tirar abajo los campanarios para que no sobresalieran de las casas.

La melena no da talento á quien no lo tiene,

pero hace interesante el cráneo. Y no vendría mal en estos días de odiosa é infecunda vulgaridad que los jóvenes cuidaran más su cabeza que los trapos. ¿Concebís un león sin su melena? Científicamente el pelo es un excremento; moralmente, innecesario, convenido, mas ved cualquier lámina de juventudes antiguas y os entusiasmarán aquellas cabezas melenudas, simbólicas, llenas de esperanzas y de fe en su destino. ¿Acaso interesa hoy la juventud á nadie? Se entiende en España por joven á una especie de boceto de hombre sin personalidad propia, y parece irritar que los jóvenes tengan un ideal y lleven la señal de él donde deben llevarla, en la cabeza.

Estos buenos transeuntes y patriotas que siempre que pueden ridiculizan las melenas en nombre del pensamiento moderno, simbolizado en la máquina del cero, quieren igualar la juventud con los otros estados ó etapas de la vida, privarla de la audacia gentil, de esa energía simpática que consiste en querer dar fe constante de fuerza. Sin embargo, no temáis que execren la coleta de sus toreros. ¡Les tienen tanto miedo!... Cuando un lidiador se encuentra á un transeunte, éste calla azorado, encandila los ojos y se cuida muy bien de criticar ó de insultar; antes bien, le deja la derecha aunque haya un bache y tenga que dar á su señora contra un árbol. La coleta de los toreros es sagrada é inviolable, y guáy del que demuestre que es el único mechón de pelos largos que hace

fea, absurda y degenerada una cabeza de hombre moderno.

Y lo que es más curioso de observar son las palabras soeces que se les ocurre ante un melencudo á esos venerables señores de los pelos en la coronilla. Convencidos de que representan á una nación y el ideal de un país, no se cuidan de respetar el ideal ajeno, ese bellísimo y arrogante concepto de la cabeza humana orlada de cabellos como la de los leones. La cuestión puede parecer infantil, mas se ventila en ella la supremacía de dos ideas: el de la fuerza moral y el de la brutalidad física. No obstante los diez millones de espíritus ecuanímenes que hay en España, de cuya pusilanimidad, longanimidad y mansedumbre dan idea el estado en que tienen á su patria, seguirán adorando reverentes los cuatro pelos largos de sus funestos lidiadores y execrando á los jóvenes cuyo cráneo se envuelva en los cabellos leoninos.

Los jóvenes debían «dejarse» la melena. Sería el caso de unión, el imperativo de su voluntad, la muestra de su independencia, el desprecio á esa máquina del cero que todo lo va nivelando y arrasando en España. La burla, la injuria, la chanza, se ceban en esas demostraciones de la fuerza cerebral. Pero ¿cómo luchar de otra manera contra ese delirio de risa y de burla que roe á España si no es afrontándolas con gentileza? Cuando uno de esos jóvenes valientes ceden á la burla y dejan á la máquina del bárbaro Licinio su cabellera, tal

vez no pierdan su talento, pero su juventud sí. ¿Qué es la verdadera juventud sino la fuerza moral de corazón, resplandeciente en los ojos, en las sienes, en las facciones y en el cráneo? ¿Qué es sino el vigor suficiente para imponer á los demás nuestro propio concepto de las personas y las cosas?

XL

Las excelencias del sistema republicano en el gobierno de los pueblos son indiscutibles. No existe un intelectual que pueda defender el absurdo de la monarquía ante un tribunal supremo de cultura. Carneggie, cien veces millonario, dice: «La democracia tiene por deber el desembarazarse de los jefes hereditarios, que son inútiles y peligrosos. ¿No han llenado aquéllos el mundo de guerras, lanzado á los hombres contra sus hermanos, sin considerar jamás otra cosa que el interés personal? Siempre serán un obstáculo á la fraternidad de las razas, que es el fin de la democracia.» Un estudio imparcial, severísimo, de las dinastías, obliga á aborrecerlas. Después de unos años de trabajo, de investigación científica en todos los órdenes de la sabiduría humana, el intelectual derroca el privi-

legio, desacata el dogma, desprecia el doctrinarismo, y documentado con la *Política* de Aristóteles é iluminado por la *República* de Platón, los dos eternos modelos, se juramenta delante de sí propio para continuar la labor de la Revolución francesa.

El pueblo debe, quiere y puede gobernarse por sí mismo, y toda otra forma de gobierno es una usurpación de atribuciones. La cultura así lo determina; pero los intelectuales suelen afirmar que el pueblo no puede darse á sí mismo su gobierno, y temen lanzarle á la revolución. Tal es el secreto de su criminal abstención, de su actitud expectante, de su cobardía inteligente. El pueblo se inquieta y se indigna; ellos fingen no darse cuenta, y abandonan al pueblo, suplicándole silencio y paciencia, demostrándole que el tumulto, la protesta franca y el motín son contraproducentes.

Yo me pregunto: El que estudia en la soledad, sin egoísmos, sin otro ideal que la verdad y otra fe que el bien de su patria, ¿debe abandonarse á su facultad estudiosa, á la estéril tarea de fingir compatibles la libertad y el privilegio? Ante el avance del socialismo y el triunfo de los laboratorios, ¿puede el estudiante defender el concubinato estúpido é inmoral de la regia prerrogativa y la voluntad de los parlamentos? Y me admira que existan en mi patria tantas inteligencias cuya disciplina mental tan rígida es, que por no desbaratar un artificial estado de cosas prefieren ver perpetuarse tal estado. No me admira, me repugna. El joven convenci-

do, por la cultura, de la triste privanza de la aristocracia, que observa cómo ésta restringe por egoísmo de clase la instrucción pública—porque los privilegios mueren cuando la instrucción se difunde—y no combate por instaurar un régimen de suprema legalidad espiritual, ese joven, moralmente, inutiliza su ciencia y se hace fiador voluntario, cómplice y encubridor de un gravísimo delito, del crimen de lesa patria. Esto no lo quieren oír, alegan las dificultades poderosas que los retrotraen, la lentitud insufrible con que los grandes principios se propagan, el peligro de desconcertar la vida nacional en lo que ésta tiene de eterno y de herencia de estirpe, y aducen el ejemplo de grandes naciones, cuya grandeza hermana con instituciones arcaicas. El caso es no moverse, no sacrificarse, no inmolarsé. El millonario americano Andrés Carnegie afirma: «¡Si yo me ocupase de política en Inglaterra!... (en Inglaterra, ¿eh? ¡Qué diría en España!) Me avergonzaría de malgastar mi energía contra las Cámaras, el Gobierno, la Iglesia, el derecho de primogenitura y demás aberraciones del sistema constitucional; únicamente atacaría y combatiría la institución monárquica, causa de todos los males.» Mas luchar con la monarquía en Europa es condenarse á muerte lenta, á un martirio eterno, peregrinar de cárcel en cárcel, de dolor en dolor, verse muchas veces en el trance de no tener qué comer, empeñar los mismos libros que nos enseñan á luchar por los ideales y sentir como puña-

les la indiferencia y grosería del partido en que valientemente milita. Sabiendo nadar entre dos aguas, neutralizando la soberbia idea del deber, podemos confesarnos que nuestra cobardía es obra de circunstancias y fruto de la prudencia; pero no convenceremos, y alguien nos delatará, y alguien descubrirá en nuestra juventud miedo y horror al desamparo, á las persecuciones, á la tristeza de la existencia precaria.

Antes había más acometividad y audacia que ciencia. ¿De qué sirven hoy á los intelectuales tantos conocimientos en todos los órdenes?; ¿por qué no concilian la acción y la meditación?; ¿por qué se malgastan fundando pequeñas academias y cenáculos, á cuyas sesiones la presencia de los reyes quita el interés severo de la elaboración mental, para convertirse en exhibiciones teatrales y torneo de adulaciones? Milton, el autor inmortal de *El paraíso perdido*, en 1649, después de presenciar la decapitación de su rey, volvía á casa y proponía á sus pequeñuelos el tema de los tres géneros gramaticales. Aquel formidable intelectual republicano, cuyo cerebro fué cuna de todas las libertades modernas, escribió en su *Ensayo acerca de los reyes y magistrados (Tenure of kings and magistrates)*: «¿Dirá alguno que los pueblos han sido creados para el rey, y el rey no para el pueblo? ¿Tendrán que ser considerados esos pueblos, en su multitud numérica, como inferiores al individuo real? Sostener que los reyes no son responsables de su conducta sino

ante Dios, es lo mismo que destruir toda sociedad política.» Yo creo que los jóvenes intelectuales del siglo XX debían avergonzarse al leer las obras y los hechos de este inconmensurable poeta, á quien no estorbó la concepción de su gigantesco «Satanás» para hablar á los reyes y á los magistrados, como nadie lo ha hecho jamás. ¡Oh aquella *Defensio pro populo anglicano*, y sobre todo su *Defensio secunda!* Por eso, porque veo malgastada tanta ciencia, me irrito contra la sabiduría que evita las calles y las plazas, y como veo alejarse el día de la victoria, no me conmueven los artículos y los libros de los intelectuales, libros y artículos indignos de nuestro tiempo, absolutamente libre. ¡Cuánto llorar sobre España! ¡Cuánta lágrima estéril sobre la necia patria, ignorante y avellanada! ¿Y el fin? ¿Dónde está el resultado práctico de los lamentos del recuento macabro de estadísticas, de la homérica enumeración de abusos, fraudes y cataclismos, del hojeo de ese dantesco *Diario de las Sesiones?* No veo por parte alguna la solución de los problemas por los intelectuales planteados desde todos los países del mundo. ¿Cuándo se unirán en acción al pueblo militante, como parecen estarlo en espíritu? ¿Á qué decir: «Mientras las izquierdas españolas no cuenten con suficiente número de hombres en quienes confie el pueblo, será utópico pensar en la victoria»? ¿Á qué sentenciar: «El separatismo profesional nos parece tan peligroso y nefando como el mismo separatismo regional»? Si

los que así piensan, si los que pensando así son ensalzados á la más alta fama por el pueblo, ¿por qué no vuelven al pueblo, en méritos de acción, su nombre célebre? Porque la sabiduría egoísta es la más bárbara de las mentiras; porque esa llamada aristocracia del talento es la más bestial de las aristocracias; porque republicanismo quiere decir austeridad, privación y conciencia, y es muy dulce adquirir fama de intelectual admirable sin otra labor que la del gabinete, en la compañía amable de los libros y la sonriente protección de los reyes y los magistrados, á quienes en nada alarman y estorban.

XLI

Yo he comprendido que en la prensa republicana los periodistas dejan mucho que desear en materia de independencia. También he comprendido que gustan en su mayoría de codearse con los políticos, «hacer política» y traducir á prosa batalladora y moliente las sugerencias de un inspirador. El periodista que así obra, ni entiende su oficio ni le hace bueno á su ídolo; se condena á la esterilidad más depresiva y aleja del ideal único de República todos esos buenos ciudadanos que pertene-

cen á cada una de las fracciones malditas del partido. No pueden engañar; se creen libres, pero detrás de ellos alguien les dicta lo que han de escribir. Por eso vemos que los mejores periodistas, ó se lanzan á la política activa y representativa, ó emigran á los periódicos de la monarquía. La triste verdad es que carecemos de buenos periodistas, porque les falta lo que da vida al periodismo moderno: la independencia; escribir de otro modo es escribir al dictado. No lo creen ellos así; mas el público sí lo cree, se va dando cuenta de ello, y los periódicos republicanos no ostentan todo el prestigio que sería necesario. Cierto que existen dos ó tres, pero caro les ha costado su privilegio; ved sus sienes: blanquean ya.

El periodista español necesita de su independencia, no para labrarse un porvenir, sino para contribuir al de su patria en la medida de su cultura y no de su obediencia. Los próceres republicanos gustan muy poco de tales sujetos libres, porque no se avienen con facilidad ó en el nombre de la disciplina á sus ordenanzas de taifas; porque contrastan las circunstancias con los principios y los hechos con las ideas, manera muy difícil de brujulear dentro de nuestra repulsiva é histérica política; porque no dan un paso sin previa y minuciosa meditación de valores, y ellos creen al periodista más grande y hábil cuanto más improvisa y corre é inventa. Además, les domina constantemente el miedo á un probable competidor nuevo ó

el temor de que la crítica profunda demuela el altarcillo del icono. Gracias á esos terrores nadie les disputa su puesto, y lanzan los periódicos unos contra otros, hasta el punto que avergüenza esa inmunda guerra de periodistas asalariados, guerra tanto más cruel cuanto menos sentida, más indigna como menos sincera. Da grima hojear las colecciones de los viejos periódicos de lucha por las libertades y saltar á nuestros tomos de consulta; parece ser que nada nuevo hemos aprendido en tantos años como han transcurrido, y que los periódicos extranjeros del cambio no se hojean en nuestras redacciones. Somos los mismos periodistas del 68, nos discutimos por idénticos procedimientos, y acusamos un estado de alma más pícaro, pero menos idealista.

Felizmente, el intercambio mental es hoy tan fácil, que los periodistas no pueden ser malos en el sentido cultural y mundano; pero es más numerosa la legión de los cultos que la de los buenos. La cultura sin la bondad es un grave mal, y suele aumentar la ambición y aun dislacerarla en perversas direcciones. Cuando un joven periodista culto pone al servicio de un aventurero de la política esa cultura, el daño es muy grande para la causa veneranda, aunque aparentemente pretenda servir á dos señores. De tal naturaleza es el ideal republicano, que entroniza la moral sobre toda una conveniencia política ó social, como eleva la conciencia á supremo guía del entendimiento en el in-

dividuo. Se engañan los que crean servir á ese ideal romano escribiendo artículos y libros de oportunismo, de estrategia política, de recursos revolucionarios, y se engañan á causa de caer en los mismos males que pretenden extraer del árbol de las oligarquías, todas ellas muy oportunistas y sumisas á lo circunstancial. El que logró por su inteligencia, y nada más que por su labor inteligente, crearse un concepto de seriedad y valor, un nombre, una firma, pierde todo ese bagaje inapreciable el día que capitula con los políticos y se ofrece como un arma de remachar clavos. Asimismo, los que le exigen el don de su independencia son traidores á su predicación y apostolado. Ignoran estos señores cuán amargas renunciaciones cuesta el ser independiente, moral, equilibrado, serio en plena juventud, inflexible en alta mar de elementos culturales, bueno entre malos; ignoran que la independencia de criterio, por lo mismo que es efecto de honda autoscopia, no puede producir ambiciosos, y como los temen y no los quieren, y á duras penas transigen con ellos, cuando brusca-mente no les vuelven las espaldas, les dejan morir de hambre ó les arrojan como á un criado de comedia.

Ser independiente es ser imparcial, colocar en la mesa de trabajo junto al tintero el hecho ó la idea y disecarlos, cotejando su anatomía con la anterior labor de clínica, con los hermosos libros reconocidos como autoridades, y luego exponer

valientemente, imperiosamente, nuestra opinión en lenguaje sano, manso, enérgico en su substancia, nunca hinchado ó rabioso en la forma. Ser independiente es ser moral, profundamente moral en el corazón, ser incapaz de insultar, de agredir, de amparar ambiciones ó nulidades, ser culturalmente «salvaje», ser capaz del sacrificio en todos los aspectos y de la abnegación en cualquiera de sus realidades, no transigir jamás con los viejos procedimientos de nuestra política, aunque ellos trajeran la victoria, porque estamos escarmentados y sabemos qué efímeras han sido esas victorias logradas de ese modo. Si nos burlamos de esto, la farsa continuará; llamaremos República á una idea fosilizada, cristalizada en mil errores, y nos los arrojaremos á la cara mutuamente, nos llamaremos federales, progresistas, unionistas, lerrouxistas, conjuncionistas, autonomistas ó radicales de lo uno ó de lo otro, y daremos el espectáculo de no poseer inteligencias en gran número, cuya disciplina mental sea envidia de la monarquía y su prensa. Nada más triste, más desgarrador, más irritantemente bufo que nuestra posición actual. Europa cuenta ya con la caída de la monarquía y de los oligarcas del 98, el 9 y el 11, y en tanto la prensa republicana no puede unificar su acción, que, disciplinada, sería por su número incontrastable. Y no podemos porque desconocemos lo que son los periódicos modernos. ¿Quién objetará el lugar común de los intereses de empresa?... Tanto más se lee un perió

dico cuanto mayor número de voluntades puede apreciar en él un lector. ¿En qué puede conspirar el autor independiente á la justa armonía de un periódico y su espíritu? Los periódicos van á la cabeza de la civilización ó en la impedimenta, como escarnio de inválidos. El periódico republicano que teme en sus columnas el libre cambio espiritual y no aloja en ellas la suprema imparcialidad, merece ir en los mulos del bagaje, al lado de la prensa reaccionaria, dogmática y romana. Desde el 98 debía España ser republicana y no lo es, por causa de nuestra prensa. Ahora, enfadaos conmigo.

XLII

Los que amamos una completa regeneración de España, nos preguntamos: «¿El periódico ó el libro?» Cuando Lemoinne entró en la Academia Francesa, el 83, decía: «Los que escriben libros han reconocido á los que sólo escriben páginas.» Treinta años llevaba el gran periodista escribiendo. Creo que esa frase resuelve la cuestión y que el periódico, cuidadosamente encuadernado, es un admirable libro. Sin embargo, al tratarse en España de estas cosas, el problema toma un aspecto

primitivo y vergonzoso. Como todas las cuestiones, ya resueltas por Europa, entre nosotros es aún paavorosa dificultad cultural. No poseemos un gran periódico. Faltan lectores, gusto y dinero. Yo creo también que faltan periodistas. Moret trató medianamente este asunto, y en nuestra prensa aparecen frecuentes artículos lamentando las causas del analfabetismo, que parece ser el motivo de nuestra penuria periodística.

Descartemos el espíritu de los periódicos, su poder, su influencia exterior ó interna, su número de lectores. En nuestra patria no se puede hablar de ello sin enrojecer de vergüenza. Veamos si es posible que nuestros periodistas respondan á las necesidades del pueblo. «El periodista de los tiempos modernos—ha dicho Watterson—, aun más que el actor en la época de Shakespeare, es la crónica breve y abstracta de la vida y pensar del pueblo.» Pero en esta labor ha de haber un constante progreso, y en consecuencia, un continuo choque. Si el pueblo ama, por ejemplo, sus hediondas corridas de toros y quiere leer la faena de su diestro predilecto, el periodista tiene obligación moral de comentarla en sentido radicalmente moralista, y sólo cumplirá con su deber dando escuetas noticias de esos pugilatos de bestialidad en la sección de los sucesos ó los suicidios. Es decir, que el periodista ha de poseer un alma varonil, de serenidad recia, para afrontar la ira del pueblo cuyos intereses administra. Para adquirir este espíritu no es sufi-

ciente la práctica, y se puede llegar con el tiempo á ser muy hábil en el oficio ó profesión de «escritor de periódicos»; pero no es el tiempo el libro donde el periodista se ha de ilustrar. Yo creo que el periodismo es un apostolado, el único posible en nuestros días, y como doy á su labor espíritu moral, me parece que el periodista ha de ser integérrimo é intachable, sin caer en los abismos de la honra y sus derivados.

Sin corazón, la más vasta cultura se esteriliza. Sin bondad, no hay energía. Sin grandeza de espíritu, la inteligencia es odre de vanidades. En el apostolado del periodismo, los sufrimientos que se inician por las más humillantes privaciones constituyen el más sólido aprendizaje. Pasar de un profundo culto del yo al amor de la muchedumbre y sus intereses, y poner en la defensa de éstos cuantas exquisiteces y vida intensa se adquirió, es obligación del periodista, al que ya no bastan profundos conocimientos en las materias. En efecto, es necesario poseer la bondad en todas sus manifestaciones, la más ardiente caridad y encubrir la sabiduría con raudales de amor. Todo está en formación en España, y únicamente una gran energía bien sustentada en las viejas ideas de piedad y amor puede sufrir las veleidades de un pueblo grosero que todo lo ignora, horro de las más tristes culpas é incurias.

Mas con los poderosos, esa energía ha de ser acero. No ha de valerles su encumbramiento ó su

dinero. Cuanto más elevados están en la monstruosa escala social, más se amparan en la inviolabilidad real, de cuyo uso se creen en perfecto derecho. Así es que el periodista ha de afrontar su poderío con intrepidez, siempre por el amor del pueblo, y retar á poderosísimas colectividades, que valiéndose de su masa y privilegios obstruyen el camino. ¡Qué importa saberse de memoria la historia de los presidentes de los Estados Unidos ó la vida austera del cuáquero fundador de Filadelfia, si el periodista no imita? Quiero decir que las crónicas sangrientas, el suceso macabro, la variación política, no deben encontrar desprevenido al periodista ni deben arrancarle lamentaciones de circunstancias, sino que ha de ir con antelación sembrando ideas de paz y de cultura. En cierto modo, es gobernante, y su misión es precaver. Aun en el comento del artículo de fondo caben esas previsiones, que suelen alejar grandes males.

Precisamente el encanto de un artículo es la pasión, la sangre disuelta en las palabras, el interés verdadero. En un libro, el estilista amasará escultóricamente sus sentimientos; pero en el periódico, esos sentimientos han de ser de una diaphanidad y una pureza embelesadoras. El arte de escribir no hará jamás un buen periodista; hay en la técnica de las letras mucho de convencional y de falso. ¡La sobriedad y la sencillez hermanan tan bien con la profundidad y la verdad del dolor ó la pasión!... La indecisión, el desaliño, la irre-

verencia, el descuido, están mal; pero son preferibles á la petulancia, al descoco, al verbo infatuado. En los periodistas revolucionarios esta salud de corazón es substancial; sin ella, su ideal es una farsa, un modo de vivir. La energía honda y la vasta cultura del periodista republicano moderno se han de manifestar en artículos cuyo mérito sea la sinceridad, y en esta cualidad se ha de llegar hasta lo sublime, aunque los otros periodistas ridiculicen.

Una pieza periodística llena de erudición y competencia no hace el efecto en nuestro pueblo que un artículo escrito con ternura, con amor, con esa difícilísima magia del corazón que es infantilismo en la superficie, en la forma, y ciencia en la substancia.

Yo creo que en nuestro periodismo faltan hombres de esta clase; y sin pararme á investigar los motivos y acusada la falta, creo que serían muy convenientes, dada la naturaleza cruel é indiferente de nuestra raza. La escuela de los periodistas es en España la siniestra política. Hace muchísimos años que saltan de la prensa á los Congresos y puestos públicos. Por eso los periodistas participan de una actitud agresiva de combate en lides de posición; las mismas ideas abstractas se manejan como armas en esa lucha, sombría por lo interminable, sombría por lo infecunda.

En tal escuela es, sin duda, donde los periodistas han aprendido las teorías de los lances de honor, la ciencia náutica de capear los temporales,

la sabiduría innata que conduce á juzgar mal de las palabras é ideas. Pero la escuela de los periodistas no está ni en la política española, con sus misterios eleuxinos, ni en el espectáculo soberbio de Europa: está en el corazón, en la paciencia, en la bondad, en las virtudes interiores, de las cuales son débil trasunto las cívicas. La independencia del publicista no es la arrogancia; mas han de escribirse las ideas con imperio y sustentarse con dignidad. Un asunto importante no puede tratarse con trivialidad, y debe sangrar la palabra si la idea está herida. La exaltación del periodista republicano nunca será explosiva sin causa; pero el látigo, al castigar, hace ruido, y el ideal revolucionario pide un tono que le es propio.

En la prensa española se habla con frecuencia de cortesía, de caballerosidad, de transigencia. Esto no está mal; mas yo quisiera leer artículos tras de los cuales mi conciencia, libre y sana, viera cierta cantidad de verdadero interés, de convicción. La hidalguía activa, con sus lances de honor, no tapa esos centenares de artículos y comentarios que huelen á amor propio, á posiciones sociales entrevistas, á fáciles conjeturas. El periodista debe dejar llegar á él á sus lectores; nunca buscarlos. Cuando se los busca, es que se les necesita; cuando ellos acuden, es que nos necesitan y nos quieren. Yo creo que los periodistas españoles no sabemos hacernos querer de los lectores. ¿Por qué no intentarlo? Buena falta nos hace á todos.

XLIII

Era un hombre cariñosísimo, y tan buen padre de familia, que si mataba era para dar pan á sus hijos.

(De una historia popular de bandidos, de la que se han vendido cerca de 200.000 ejemplares.)

Zugasti ha hecho una historia del bandolerismo en unos ocho tomos de apretada prosa, y allá remitimos al lector, seguros de que encontrará solaz para cosa de un siglo. Baste decir, como preámbulo, que remontándose á los orígenes de una plaga española, casi los encuentra en Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, primer poblador de España, según sus contemporáneos. Queremos decir, y no podemos asegurar si lo decimos, que eso del bandolerismo es cosa vieja, un tanto manoseada y puesta en coplas como un millón de veces. Pero el diablo, que es el patrón de los flamencos, ó cuernos mienten, quiere que yo escriba acerca de los bandidos un articulejo de esos con los que yo secundo mi propia campaña. Y viene á cuento, pues andando yo estudia que te estudia á este santo pueblo mío,

que lo mismo le da el sí que el no, di de bruces en las historias enrevesadas de bandidos. *Topar* con ellas y no dejarlas de la mano todo fué uno, y no creo yo que Ignacio de Loyola leyera su tomito famoso de las vidas de santos como yo me empapé de las vidas de estos otros bienaventurados. Bienaventurados digo, y atrás no me vuelvo, porque ó yo estoy loco, que es muy posible, y no fuera de las cosas probables, ó yo leí en aquellas encantadoras y deleitosas páginas hechos y rasgos de almas dotadas con los doce dones del Espíritu Santo. Figuraos que un bandido no es un ladrón como los que se dan por el extranjero, ni un apache, ni un criminal, sino la más buena persona y el hombre más de bien que Lubbock pudiera soñar. Imaginaos un hombre de pelo en pecho, que meditando cierta endiablada tarde acerca del desbarajuste social que reina en España y gobierna en castigo de nuestros muchos pecados, descubrió la ley de hierro del salario, Lassalle me perdone, y se dió á cavilaciones, ó como decimos, libros de caballería, y de mata en mata se encontró en el corazón mismo de Sierra Morena. Quiero decir que tomando un rifle, que por casualidad tenía un vecino suyo de unas siete leguas á la redonda, y aliviando á un jamelgo de la vara de cierta mala agüela de las cercanías, en cosa de dos días llegó á una venta, cortijo, caserío ó merendero, donde mandó que le sirvieran como unos nueve platos. Sin pagarlos se iba, cuando un mancebo, que para su desdicha allí servía, le

pidió el importe. No bien lo hubo dicho el malaventurado mozo, y ya estaba ante San Pedro, contándole el caso. De aquí en adelante, las aventuras se sucedían de tal modo, que no se daban tregua ni descanso. Mató, desvalijó, persiguió, metió miedo y ruido de dos mil demonios, y no digo yo que diera el viejo caso de un rey español capitulando de poder á poder con un bandolero; pero cerca sí le anduvo y hasta le hizo cosquillas, porque la prensa, viéndose encima un tan peregrino suceso, envió allá fotografías y corresponsales. No hubo en España capital ni villa donde las hazañas del bandido no se comentaran, y necio es afirmar que favorablemente. Los ciegos y los de larga vista, que en España son los más, vieron en el admirado sujeto un sociólogo de monta. Quién decía que era bachiller en artes, quién doctor en leyes, quién filósofo con más camándulas que el perro del tío Quico. Arriba y abajo los niños llegaron á saber la existencia del gran hombre y á cantar su vida á coro. Se alegraban cuando el criminal endiosado burlaba la justicia y se encogían de hombros cuando leían que había matado diez guardias. Aparecieron cartelones con cuadros alusivos y coplas, en los y en las que se idealizaba al héroe. Copiáronse sus patillas y las jovencitas soñaban con ellas. En tanto, el célebre hombre campaba á su gusto, carteándose con los políticos de nota y enviando á los bancos enormes cantidades. Su familia era venerada y la gente se arrodillaba á su

paso. Varias de las cartas que escribía el bandido fueron cromolitografiadas y repartidas como pan bendito. ¿Por qué? Pues ahí es nada: porque esos son hombres y lo demás es *substancia láctea*. Aquel hijo de Dios era un *ser* que había *diquelado* las injusticias de este mundo y no había querido ser toda su vida un *primo alumbrado*, y viendo que siempre habrá ricos y pobres torció por el atajo, se entró en el corral y no dejó gallo sano. Ni más ni menos, y el que no hace lo que él hizo es que no *tié* sangre, ni es hombre, ni *na*. Así es que su nombre se extendió por España que daba gloria verlo. ¡Qué discusiones!... Se le comparaba con Napoleón. Se contaba de él que después de haber dado cien puñaladas á un rico había ido disfrazado á la población y dejado á la puerta de la iglesia un bolso de dinero para un manto á la Virgen. Este rasgo venerable le atrajo la simpatía del clero, y hasta de Roma vinieron preces por su conversión al buen camino. Los profesores de energías estaban atónitos. ¡Qué hombre!... Como que era español y más bragao que un morlaco de cinco. Con muchos como ese se acabó.

¿El qué había de acabarse? La injusticia, sí señor. Aquel bandido no robaba, ni mataba, ni se metía con nadie; lo que hacía era dar á cada cual lo suyo. Y ya podríais abrir ojos tamaños, que por menos los han cerrado para siempre los infelices que se atrevieron á discutir tan enrevesado modo de entender el socialismo comunista. España esta-

ba loca de contenta. La aparición de un hombre de esta clase es en España un gran acontecimiento. La charca recobra su esplendor, se charla, se discute, se lee. Inmediatamente de surgir, se hace en extremo simpático y sus crímenes son sanciones, venganzas justicieras y adorables. Las mujeres de ojos negros que por aquí se estilan languidecen de amor por tal *gachí* y... el *desmiguen*. ¡Oh qué divina raza y con qué golpe de vista descubre ella á su *hombre!*... Porque nuestra patria busca un hombre, y precisamente uno de estos tipos celestiales, *nenes* á cuyo paso hay que arrojar la capa y la vergüenza. En los carnavales la misma Justicia permite comparsas de hombres vestidos de bandidos; ¿y qué quiere decir eso sino que es un tipo común, cívico, profesión absolutamente legal? ¡Los siete niños de Ecija!... Ahí le duele y no hay nadie que diga esto es mío donde hay *achares* é hígados. El pueblo está cansado de errores é injusticias, y cuando un Mesías de éstos viene por casualidad á este maldito mundo, hay que conservarlo y quererlo. Del cariño no hablemos, que cuando el baidido, fatigado, bajaba á las ciudades, antes que delatarle, se dejarían rebanar el pescuezo. Un hombre no mata sino cuando tiene hambre y cuando se le pone entre ceja y ceja el mengue; que todos somos hombres y la tierra es chica y no llueve sino cuando Dios quiere. Que viene á ser, traducido al periodismo, cosa así como el *struggle for life* ó la perra lucha por la existencia. Porque es lo que

dice el pueblo: más bandidos hay en las alturas, y sin embargo, *naide* les dice *na*; conque hay que tolerar á los de abajo. Mas un día una *mardita* bala le mató, y ahí fué ella. Coplas, guitarras, historias, panegíricos, su recuerdo volando por la Península y su efigie en cromos. Un consuelo quedaba, el de que esa semilla no muere. ¡Qué ha de morir! Cuando el pueblo está *jarto* de sufrir sale uno de esos sociólogos y ponen *too* más derecho que una vela. ¡Como que si no fuera por ellos!.. Y pasáis por la sierra y el guía os dice: «¿Ve usted esa piedra? Pues ahí murió el *Garrapata*. ¡Si él viviera!» Y en sus ojos leéis el poema de una gran raza que está rematadamente loca.

XLIV

Sofé que estaba sentado en las raíces de aquel árbol viejo del camino de Graus, donde Joaquín Costa apetecía descansar. La horquilla del tronco sagrado, semejante á un apero de labranza, abría sus dos ramas. Cantaban en ella unos pajarillos. Á mis pies cierta lápida de mármol, lisa, blanca, sin adorno alguno, como la tumba de Beethoven en Bohn, contenía el cuerpo del hombre que murió de amar á su patria.

Y aquel hombre, en cuyos sesos todo el genio secular de Aragón había labrado el porvenir de España, levantó la piedra de su tumba y erguido en ella me habló así: «Necesitamos un cirujano de hierro. Vete por toda España gritando esas palabras, únicamente esas palabras. Si te oyen le pedirán. Si no te oyen les escupes. Yo tenía la médula mala. Este cuerpo mío no podía vestirse de torero. Tú, en cambio, puedes ponerte el traje de luces, hablar con él, mover las caderas y escupir por el colmillo. Es preciso hablar á España en flamenco, tener los gestos de Prim; el talento de Aranda, Floridablanca ó Jovellanos, estéril es sin la pupila del Paquiro ó Cúchares y la sal de los brazos de Reverte.»

Vi desvanecerse la sombra de Costa. Los pajarrillos seguían cantando. La horquilla del árbol venerable, el Guernica de nuestras futuras libertades, trazaba sobre mi cabeza un ramaje seco parecido á los retoños de un sauce en invierno. La piedra de la tumba se obscureció bajo una capa de musgo y vi en él un hermoso sapo, un enorme sapo, muy salado, descansando sobre sus patas traseras, erguida la petulante cabeza, toda ella boca, acuosos los ojos provocativos, enhiesta la panza blancuzca. Aquel sapo llevaba lentes en un cordón negro caído á lo largo de la panza. En una de sus patas, no puedo precisaros cuál de las delanteras, tenía un libro abierto. El sapo se encaró conmigo y creo que me habló así:

—Necesitamos un cirujano de hierro. Lo ha dicho Costa. Hasta que Costa no lo aseguró así nadie lo sabía; pero desde que lo dijo nadie le ha hecho caso. Sin embargo, si no lo hubiera dicho no lo sabríamos, y hoy que lo sabemos nos tiene sin cuidado. Tú no entenderás este lenguaje, pero yo te aseguro que los sapos no podemos entendernos de otra manera, aunque para decirte verdad entre nosotros nos entendemos admirablemente.

Y como deseara demostrarme sus palabras, leyó en tono campanudo párrafos del magnífico discurso en el que Costa sintetizara un programa de regeneración, el anatema contra el pasado, la fórmula del odio. Terminada su lectura, el sapo se santiguó devotamente con ese gesto apostólico de los pastores protestantes cuando cierran sobre el atril su Biblia comentada. Entonces se atrevió á decir, ya en cuatro patas y con acento lastimero:

—¿No te parece á ti que no necesitamos un cirujano de hierro? Los sapos tenemos cierta inteligencia y pesamos el pro y el contra antes de decidirnos. ¿Á qué buscar por ahí un cirujano de hierro? Cuando él que valía más que nosotros, según hemos sabido después de su muerte, aunque en vida no dejáramos de saber lo que valía, cuando él no quiso ser ese cirujano de hierro, ¿no te parece á ti que será muy difícil, por no decir imposible, encontrar quien valga más que valió él? No obstante, podría ser que hubiera por ahí alguien y esperase.

á que le dijéramos: «Tú eres el cirujano de hierro, sálvanos», lo cual sería muy gracioso.

Me levanté, y de un fuerte golpe con el tacón de mis botas de campo aplasté al sapo. Al volver no hallé el árbol. Semejante á los cedros del bosque encantado en el poema del Tasso, habíase convertido en un espíritu magnífico. No era más bello el Merlin soñado por Doré para los cuentos de Tennyson. Sus barbas blancas retorcidas traían á la memoria las del *Moisés* de Buonarroti ó las patillas del *Moisés* de Sluter en Champinot. Me estremecí de veras por no ser ya un niño é ignorar que dentro de los árboles existieran tales prodigios. Humildemente, como los santos á sus apariciones, le dije:

—¿Qué quieres?

Y oí:

—Quiero que se cumpla la última voluntad de un hombre.

Entonces, rojo de vergüenza, me sinceré atropelladamente:

—No te indignes, ser sobrenatural ó lo que seas; tal vez hablas de que el cuerpo de Costa debía reposar aquí. Tienes razón; él lo mandó así. ¡Cuántos santos trasladados contra su voluntad por el orgullo de los simples hombres, que creen así honrarse y honrarles, han furtiva y nocturnamente dejado los suntuosos sepulcros y vuelto á los humildes lugares adonde tuvieron la dicha de expirar!...

El anciano interrumpió mi charla:

—¡No es eso!—dijo.

Esperé más apesadumbrado que antes temiendo la ira del espíritu.

—Ese hombre—murmuró la aparición—que habitó entre vosotros, porque en algunos siglos el Verbo se hace carne, que murió por vosotros después de haberos amado hasta el fin, ese hombre dejó dicho que buscarais un cirujano de hierro. ¿Lo habéis buscado?

Le contesté que no y razoné mi negativa de este pobre modo:

—Si tú hubieras oído hablar á un sapo que hará cosa de poco charlaba aquí como un animal de Fedro, comprenderías que los hombres no siempre podemos hacer lo que debiéramos hacer. Poseemos un género de mollera en la que el *sí* y el *no* juntan el cráneo como un jarrón etrusco. Vemos el *pro* y el *contra*, los pesamos y nunca nos decidimos por uno de ellos, no resulte que el otro sea el verdadero. Así no se medra; pero los hombres se imaginan que hacen algo.

—¿Y tú piensas así?—me preguntó el espectro.

—Si pensara así—le contesté algo más animado—no hubiese aplastado al sapo de que te hablo. Yo busco el cirujano de hierro. Mis compañeros van á Europa á buscarlo y vuelven con un arsenal de cirugía en vez del cirujano.

—¿Y tú?

—¿Yo? lo busco en mi propio corazón.

Como si mis palabras me aterraran, las rectifi-

qué suplicando al espectro no las tomase en otro sentido que en una fervorosa voluntad de hacer el bien á mi patria. Necio de mí, no sabía que los espíritus no pueden engañarse ni engañarnos. Sonrió. Corrido de mi error, palidecí. Él me demostró que leía en el arcano, refiriéndome la aparición de Costa en su tumba. Y solemnemente me dijo:

—Haz lo que te mandó. Cuando á los hombres se les olvidan los testamentos ó mandatos de los muertos, éstos, por divina permisión, se aparecen á los más humildes. Recuerda que fué á una ignorada virgencita y no á un barbudo general á quien Dios encomendó el salvar Francia de las garras de los ingleses. Haz lo que se te ha mandado; busca al cirujano de hierro que ha de salvar la España.

Yo exclamé angustiado en el lenguaje del sapo:

—¿Y si no le hay?

Pareció meditar el fantasma.

—Si no le hay—me dijo—, si no le hay merecéis que el Destino os envíe uno de esos carniceros de hierro que han asolado vuestra nación como nación y como estirpe. No valía la pena haber aplastado á ese miserable sapo si dudas de encontrarle.

Vi de nuevo el árbol, me senté en sus raíces y soñé en el siniestro dilema.

Ó un cirujano de hierro ó un carnicero de hierro. ¿Cuál de los dos?

XLV

Es necesario tener un pensamiento oculto y juzgar de todo por él, hablando, no obstante, como el pueblo.

PASCAL.

Si en el partido republicano mi voz fuera un voto, yo hablaría así: «Es necesario atraerse á la República los poetas, los hombres que escriben, los hombres que piensan, cueste lo que cueste, exijan lo que exijan. Sin ellos la revolución fracasará antes de salir á la calle; sin ellos la barricada será una tumba y el motín un aquelarre; sin ellos hablará en el club el odio, la venganza, la irritación difusa. Nuestro partido carece de esos hombres. Por más que digáis, necesitamos de esos hombres, y ante ellos los comités, los círculos, los centros, los brazos de la organización democrática son como si no existieran, porque la fuerza sin pensamiento, el ideal sin fórmulas no pueden encarnar en la vida práctica. Hasta que esos hombres no vengan á nosotros, inútil es hablar de revolución.» Y si yo hablara así, hablaría en vano. Estudio hace tiempo qué extraña fuerza impulsa á los republicanos á la

disociación. Baudelaire escribía al pintor Manet desde Bruselas: «Cuando se habla de revolución «seriamente», se les asusta...» ¡Viejas mojigatas!... Os preguntáis: ¿Qué sucede al partido republicano que no se afirma, que no se impone, que se desbarata cuando el poder de las oligarquías usa ó abusa de las instituciones á él encomendadas? ¿Espera, como decía Ruiz Zorrilla, que le remitan facturada la revolución desde París? Lo que sucede, lo que no queremos ver es que los directores del movimiento republicano se empeñan en hablar á convencidos, y mientras se gastan, reclutando prosélitos en la gente del pueblo, democratizada de sobra por setenta años de propaganda, no se cuidan de convencer á los obreros del pensamiento. Temen ese apostolado, mucho más difícil que el mitin, palenque de torneo feroz en el que las ideas rifien como gallos. La institución de la República es la forma política definitiva; pero los intereses ó las circunstancias de las naciones pueden ofrecer otros aspectos de bienestar y de grandeza que los republicanos. Además, el arte puro, la soledad de la concepción y realización de una obra literaria, en cualquiera de sus formas, necesitan medios que los republicanos no quieren discutir. Conquistar á estos hombres, obtener, es una triple batalla, porque nada desconcierta más á las oligarquías que ganarles uno de sus hombres de placer, un poeta, un pensador, un artista, un intelectual de mérito. Sin embargo, he estudiado que los republicanos de

mi tiempo no ven tan claro el asunto y raciocinan así: «Esos hombres de inteligencia debían comprender las excelencias de nuestro sistema político. En ellos no cabe la ignorancia, y si no vienen es porque no quieren ó rehusan el sacrificio.»

Esto del sacrificio es una de las mentiras convencionales del partido. Se acude á la palabra abnegación como á una trinchera, para defenderse de argumentos más serios. No es verdad que los republicanos amen el sacrificio; le oponen como raciocinio de propaganda; pero la verdad es que ellos llaman quijotismo al sacrificarse, y por nada en el mundo se atreverían á marchar contra sus intereses. Yo he oído cien veces: «Sepa usted nadar entre dos aguas; no sea usted tonto; es un bobería ir á la cárcel; no sea usted un Cristo», etcétera... Y lo he oído en circunstancias críticas, y lo he oído cuando mi corazón saltaba de ira ó de pena. Á un concejal radical, á quien yo demostraba la necesidad de crear en nuestros periódicos un vivero de verdaderos intelectuales, y por lo tanto de remunerarlos, lo que no es comprarlos, á un concejal radical oí yo que decía: «Mejor irán empleadas esas pesetas en una sortija para el jefe.» Es decir, que el buen concejal revolucionarísimo creía deber suyo añadir un anillo más al dedo de su jefe y no emplear esas mil ó dos mil pesetas en fondos para remunerar un firme trabajo intelectual. Sin la idea de sacrificio, el ideal es muerto; pero no ha de exigirse al pobre pueblo la abnegación, ni al perio-

dista ó intelectual que anda descalzo, sino á las empresas de los periódicos, á los jefes, á los que por su inmunidad parlamentaria y recursos personales pueden dar el ejemplo y deben darle. Esto no se quiere oír y mucho menos pagar, porque esta es la razón de no tener mucho empeño en la adquisición de esos hombres, cuyo único móvil es la inteligencia, ante la cual el valor de un hombre es perfectamente discutible, ocupe el lugar que ocupe. ¿Y quién paga un artículo si en él se ven discutidos sus méritos sociales, su posición, sus derechos adquiridos, sus éxitos?

El partido puede tomar contra mí la medida que estime por conveniente; pero la causa de no atraerse esos hombres no es otra que el temor de verse fieramente discutido. ¡Sacrificio, abnegación!... No los veo. Ahí están las plazas de toros, el funesto flamenquismo, sin que nadie se atreva á tocarlo porque sufren altos intereses, hasta el punto que se prefieran perder los miles de pesetas que representan las denuncias fiscales por pretendidas violaciones de las leyes, y no se quiera perder la lectura de los toreros y pandilla: con lo que vienen á demostrar la enorme importancia del asunto. Verdad es también, y vergonzosa, que nadie abandona á los suyos como nosotros. En nombre de ese mismo sacrificio se deja á cada cual debatirse con sus propias fuerzas contra el poder central, y hasta parece agradar el caso y tenerlo por descontado, como si el partido no debiera alzarse unánime-

ménte ante la más pequeña injusticia con uno de los suyos. Unánimemente y eficazmente. ¡Cuántas invectivas he oído yo mismo contra los llamados quijotes, contra los hombres de corazón y de estudio que arremeten á las pasiones y miserias, y cuyo deber es acometerlas!... Y como suele decirse del que con valentía afronta un grave peligro: «Está loco», así dicen del que, sin más fuerzas que sus ideas, se atreve á luchar con follones y malandrines: «¡Bah, es un Quijote!» No piensan los tales la ofensa que dirigen, porque el quijotismo es algo así como la caricatura del ideal. ¿Qué podrá pensarse de los buenos republicanos que porque ven sus intereses en descuento lanzan su veto á la inteligencia y le dicen: «No, ese asunto no; trae un perjuicio.» Por eso yo digo á los republicanos: «Traed, y pronto, á nuestras filas hombres de gran talla cerebral; son escasos los que poseemos; buscadlos como los jesuitas buscan fortunas y potentados; no retrocedáis ante el apostolado. El pueblo es republicano, y al pueblo se le ha hablado ya bastante de revolución. No temáis buscar conciencias y cultura, porque descartan el egoísmo. Lo que no es ir con los zapatos rotos y la muerte en el alma. Porque el joven que se sacrifica y camina así, y aun va más allá su abnegación, trabaja contra su propia inteligencia. Pedís sacrificio. En buena hora; mas marchad con cuidado, que ese sacrificio tenga sus límites, que venga siempre de arriba el ejemplo, que nunca dé lugar á la caricatura, que

sea recompensado espiritualmente con esplendidez, ya que oponéis siempre que el partido y sus periódicos son pobres de dinero.»

Todo esto, hablar por hablar es. La voz de los escritores españoles se pierde en las sombras; pero la voz voz es, y *vox missa nescit reverti*. Lo que se escribe escrito está, y un día alguien de corazón de hierro y cerebro de franciscano pondrá por obra la voz vertida. ¿Por qué no decís, como Víctor Hugo á Baudelaire en la dedicatoria de un su libro, *Jungamus dextras*, á todos los intelectuales: «Pronto, porque es tarde»?

XLVI

La creación intelectual estaba en proporción con las excitaciones eróticas que sufría...

MOEBIUS.—*Hablando de Schopenhauer.*

Veo una hermosa cabeza de mujer de cabellos negros sobre fondo negro...

GOETHE.—*Lewes*, II, 372.

Aunque se han escrito muchos y hermosos artículos acerca del donjuanismo español, yo os quiero garantir que este no ha de ser malo y que según

todas las apariencias os vais á chupar los dedos. Descubramos, pues, el Mediterráneo. Los clásicos españoles del amor nos han enseñado que la española lujuria es hipócrita, falsa, tortuosa y comercio de celestinas. Hoy sabemos más: que no hemos acertado á crear la mujer de placer; que no existe la voluptuosidad ni el refinamiento, ni mucho menos las magnificencias repugnantes de la lascivia sabia. La Iglesia, á pesar de sus célebres barraganas, ha mantenido con firmeza su imperio en la mujer española y ésta ha devorado uno á uno los pecados capitales bajo el velo, la manteleta, la toca, el abanico y la mantilla.

La castidad se llamó pudor, vergüenza y dignidad, y la famosa honra de nuestros caballeros fué el honor de nuestras señoras. Los hombres estuvieron tan convencidos de la honestidad innata de nuestras matronas que se dejaban matar por ellas. Algunas infelices malolientes á cebolla y ajo han pagado el pato y en malas lenguas de pícaros andan por ahí; pero la verdad es que en poco ó en nada hemos contribuído á la lujuria universal, y los Boccacio pueden contarse por las *Lozana Andaluza* que poseemos. Nuestras Dulcineas lo echaron todo á perder, y las soldadescas y las tunas de estudiantes sólo han dejado historietas pobres de cazuela é hisopo. El hambre y la lujuria no son malas amigas, pero se han reunido siempre en el patio de algún Monipodio ó en el desván de alguna venta de Montiel. Hemos tenido siempre demasiada gazu-

za para pensar en aventuras de otra carne que aquellos tasajos de sabrosa memoria tan gruesos como el puño que emaulaba Sancho en el festín de los cabreros. No obstante, un día apareció don Juan y dejó tal número de discípulos, que todavía andan por ahí ladeado el chambergo, rozagante la capa y crespos los mostachos. De éstos quiero ocuparme, que los otros ya recibieron su pago de manos de la muerte. De éstos quiero decir que son plaga y peste de vicios sosos tan estúpidos y sin sabor, que no les debemos un mal libro, y si se me apura, alguna obra artística de indiscutible mérito. Á ellos se debe nuestras mujercitas de harén, reja y celosía, tan medrosas de espíritu que no se sabe de ellas otra cosa que lo que de ellas nos dicen ó dijeron los extranjeros. Su hipocresía corre parejas con la prestancia personal de los otros, y habría de sudar como Cristo en el huerto gotas de sangre quien pretendiera hacer una historia de la galantería pecaminosa de los donjuanistas.

El amor y el talento se dan de la mano. Bien poco después de la muerte de Ibsen, las revelaciones acerca del amor que inspirara su genio durante el último período de su vida la señorita Bardach, causaron gran sensación. La ciencia demuestra hoy la íntima unión que tienen los instintos sensuales con las funciones de la inteligencia. El sombrío Schopenhauer—en su *Dietario* se encontraron datos del tratamiento mercurial á que estuvo

sometido—dice siendo joven: «Á los días y á las horas en las que el instinto de la voluptuosidad es más fuerte, más intensa la avidez amorosa, es á las que debo justamente las más grandes energías creadoras de mi espíritu y la más eficaz inteligencia de las cosas.» Y añade: «Durante estas horas se vive más que durante largos años de estado contemplativo.» Francia, Alemania, Inglaterra tienen, sobre todo en estos últimos años, una historia erótica emocionante, de la que surgen verdaderos genios y una literatura admirable. Italia ha pagado su tributo. Nosotros, con ser de la patria de don Juan, no hemos dado á la literatura universal otra escena que la del seminarista en la alcoba de *Pepita Jiménez* y la de don Ramiro en *La campana de Huesca*.

Nuestros donjuanistas llenan las zahurdas de desgraciadas y han ido formando esas mujercitas insoportables que van á la iglesia, y desde allí á los toros, y vuelven á casa con menos ideas que salieron y algunos peores sentimientos más. Berreando coplas flamencas, descomposiciones de un canto árabe que fué árabe hace ocho siglos y hoy se llama *hondo*, tal vez por lo mucho que escarban en el pecho para sacarlo; palmoteando con más fuerza que los tagalos en sus funerales; bebiendo vino ó alcohol á cántaros; sobando la kittara, cuyas siete cuerdas fueron tendidas por los pecados capitales, según la leyenda, esos donjuanes sin espada están asesinando la feminidad y la masculi-

nidad españolas sin provecho siquiera para la literatura. Han creado el matón, el chulo, el cretino sádico, el pederasta, el *nene*, el *moreno*, el hombre, ese hombrecito que lleva los pantalones sujetos al vientre y á la grupa, con su cara de hampón y sus maneras invertidas que aparece en todos los escenarios de España comiéndose personas, bailando tangos indignos, matando mujeres indefensas y dando explicaciones navaja en mano en un caló nauseabundo que es al bello idioma de Cervantes como su personalidad *propia* á la masculinidad verdadera. Los extranjeros tienen libros impuros de un difícilísimo arte evocador y sugeridor, novelas de erotismo armonioso, alucinadoras psicologías de los placeres, morbosos, pero excitantes y bellísimos poemas de la lubricidad, relatos de encantadoras visiones lejanas.

En sus cabarets, bars, cafés, salones y escenarios se mueven legiones de mujeres cuyo espíritu sirve á la emoción erótica y al placer con desenfado y convicción, mujeres que estudian, que leen, que viajan. Nosotros carecemos de la idea «voluptuosidad», no sabemos divertirnos, tenemos una expresión del contento que denominamos *juerga* y en la que una mujer hambrienta cuya única lectura ha sido *Los siete niños de Ecija* ó la vida del *Pamplina chico*, es la víctima, el borrego y la letrina. Yo he conocido unas docenas de estos donjuanistas cuya prestancia personal no era una *fototipia* precisamente, terror de padres y doncellas,

vagabundos, de colmado en colmado, luchando contra el fastidio, roídos de pereza, de tedio y de sarna, seguidos de los espirochetos y diplococos, siendo la hez de esta pobre raza ridícula, que no es grande ya ni aun en sus vicios, que no se transforma, que no aprovecha el genio reproductivo de sus grandes figuras simbólicas, sino á la inversa, retrocediendo. Católica, pudorosa, sin espíritu, nuestra mujer nunca se ha prestado al donjuanismo. Zafios, groseros, sin estudios, nuestros donjuanes, dejada la tizona en manos de Esquilache, por ahí andan bebiendo y cantando, saliendo, por desgracia, con harta frecuencia á los escenarios para decirnos en qué vinimos á parar los conquistadores de América, la madre de cincuenta Repúblicas.

XLVII

Diógenes, que á pesar de ser filósofo muy serio tenía mucha gracia, decía á unos buenos ciudadanos que habían alzado una gran puerta en cierta población muy pequeña: *Custodite urbem, ne per portam elebatur*. «Custodiad la ciudad, no se os vaya por la puerta.» Los intelectuales han levantado un soberbio arco de triunfo á la cultura europea y todo su genio se escapará por él á poco que se descuiden. La lucha por la regeneración está entablada hace diez años. Atesorando materiales se ha pasado ese tiempo en un suspiro, y hoy nos encontramos con la sorpresa nada agradable de que los materiales envejecieron y la puerta es demasiado grande para tan ruin ciudad. Mucha Europa y poca España; todo en preparación, nada en combate. Les asusta luchar. Parece que el espectáculo del campo de batalla les inmuta y que desean evitarle con idearios é ideologías. Son una extraña especie de generales sin soldados, de Estado Mayor sin planos del campo enemigo, pero con mucho estudio de estrategia. Conmover al pueblo es difícilísimo, y he aquí que la dificultad les espanta y le abandonan. Y sólo el pueblo les daría

el nervio de la lucha, que no es el dinero, que tratándose de España es el amor.

Son numerosos, lo saben, y no se tienden el lazo de la simpatía mucho más fuerte que el de la disciplina, no se aunan, no lo quieren. Por ninguna parte se ve el sacrificio. Á veces leéis que uno de ellos alaba á otro sin reservas, que le ofrenda su admiración incondicional; pero tratad de estrechar su amistad filosófica y literaria y evadirán el consorcio. Y sin él son como profetas que desde sus peñas arrojaran su execración sobre los vicios de la ciudad. Cuando veo tan grande fuerza interior, tesoros tan grandes en manos de espíritus tan pacatos, timoratos ó circunspectos, recuerdo al bueno de San Antonio de Padua hablando á los pececillos del mar acerca de los altísimos y enrevesadísimos misterios de nuestros dogmas. No ejecutan, no tratan de verificar. Ellos, que han aprendido en sus viajes cómo el laboratorio es todo y muy poco la cátedra, no quieren ó no pueden ver la manera de implantar sus reformas con urgencia, de trasladarlas á la realidad. Se me figura al leerlos que escriben por sinécdoques. La sinécdoque no expresa, como la metáfora, tan en boga hace tiempo, una cosa con el nombre de otra, sino que da á entender toda la cosa sin expresar más que una de sus partes, y á menudo la menos importante; pero como algunas veces expresa la más noble, esta figura hecha sistema tiene dos usos muy distintos.

Un viejo Padre de la Iglesia, San Clemente de

Alejandría, explicando los medios que deben emplearse para ocultar los misterios, dice que no hay otro mejor que el de la sinécdoque, porque el ignorante se engaña con ella, y el que la conoce sabe comprenderla bien. Lo cierto es que nuestros intelectuales no se deciden á la lucha activa, que se entretienen demasiado con su filosofía, con su logística, labor admirable si fuera acompañada de su correspondiente divulgación de obras. ¿Es que al entrar en España se infeccionan con nuestro proverbial dejar hacer, ó la vista de los pueblos abandonados, la tierra estéril, el campesino despreciado les convence de la inutilidad de la lucha? Los que leemos á diario cuanto de enjundia se escribe en España, ya con el nombre de problemas como si hubiera nuestra salvación de deducirse de un cálculo ó de una ecuación de grado superior, ya con el nombre de cuestiones como si buscáramos la disputa, la controversia, á la que tan aficionados somos; los que leemos libros y revistas de utilidad pública sabemos bien cómo se desperdicia cantidad infinita de esfuerzo y talento en figurarnos una patria ideal.

Menor trabajo costaría darnos unos á otros determinada consigna y salir en busca del pueblo, domarle, estrecharle, conducirlo á una inmensa desesperación, y así sus ojos y sus brazos se tornarían á la esperanza y al porvenir. Reduciendo las cuestiones planteadas sobre psicología nacional á una de moralidad, tal vez simplificáramos la vasta

labor. Entonces nos haría falta convencer al pueblo de ello, no desde nuestros libros, sino en sus lugares de reunión, en una continuada obra de propaganda desde esas tribunas baratas, asequibles, que se llaman periódicos. Sus costumbres, sus vicios, que tarde ó temprano hacen la ley, que siempre dominan al mismo pueblo que los produce, habrían de ser castigados con un valor abnegado, con ese valor que es un trasunto del heroísmo, y que por avezado á las batallas campales sugestiona y subyuga á nuestro pueblo. Castigar viendo las costumbres es un lujo intelectual que no produce efecto en nosotros. Preciso es descender al palenque y luchar brazo á brazo con el pueblo, obrar con él como nos conduciríamos ante un suicida; ¿no le arrebatáramos su arma y lucharíamos cuerpo á cuerpo para que no se quitara la vida? El nervio de la guerra es el dinero. El dinero sólo tiene una sustitución: el amor.

La mujer de Sun-Yat-Sen ha dicho á un periodista con amargura: «No comprendo que la multitud luche tanto contra los ideales ó los hombres que pretenden salvarla.» Tememos el encuentro. El pueblo es rudo, salvaje, poco propicio al retraimiento ó la lógica trascendental; pero el pueblo se conmueve ante el valor físico, se estremece ante el valor moral, ante la abnegación. ¿Es que somos incapaces los estudiantes de ese valor cívico, de ese amor, de esa simpatía? Yo creo que sí. Hablo á los jóvenes, sé convencerles, les conmuevo, les

excito, simpatizan conmigo y luego nada. Temen, tienen miedo. El ideal no se les entra en la sangre y piden medios, dinero, tribuna, posición y personajes de segundo término. Nada de esto hace falta, sino alucinarse, enloquecer la caridad al prójimo é imitar la tenacidad de los santos, de los misioneros. Los que vuelven de sus campañas sobre el rocín de aquel picador inmortalizado por Zuloaga —*La víctima de la fiesta*—, baja la cabeza, avergonzados de su derrota, y con su pesimismo contribuyen á tornar punto menos que imposible la labor de los otros, debían, si tuvieran conciencia, matarse. El fracaso no tiene moral ni sanción en España. Somos villanamente compasivos. Nosotros, que asesinamos entre los más torpes y cobardes martirios 6.000 caballos y 5.000 toros cada año, que matamos ó herimos á tantos hermanos nuestros, que somos crueles, estúpidamente crueles, envidiosos, histéricos, compadecemos y alentamos al que fracasó. Debemos odiarle como el Destino del poema huguesco que va llamando á los que tiene algo que decir, y si no lo dicen los arroja á la eternidad. Intelectuales sin nervio, de nada nos servirá nuestra metafísica. Por esa puerta se irá la ciudad. Veamos la manera de suplir con el amor la falta de dinero.

XLVIII

«¿Qué diriais, M. Pasteur, si yo os pidiera vuestro voto para la Academia de Ciencias?»

(Victor Hugo al gran Pasteur, que le pedía, en la visita de rigor, su voto para la Academia de la Lengua Francesa.)

Un error más, y éste tan absurdo que, con toda clase de respetos á la idea entrañada en la Academia, debemos decir y decimos que la Real Academia Española de la Lengua ni entiende el espíritu para que fué creada ni cumple los estatutos del 20 de Agosto de 1859. Elegir á Benavente y á Ricardo León no autoriza para dar á don Juan Navarro Reverter el supremo honor que en su patria puede recibir un literato. No odiamos á la Academia; no tenemos para ella frases despectivas, como las de los decadentes franceses que luego se honraron con el verde uniforme; olvidamos los dicitos de Balbuena; creemos que no han existido esos crímenes filológicos llamados *Eptome* para uso de estudiantes y *Diccionario*. Tenemos presente la frase cáustica de Voltaire; pero afirmamos solemnemente

que errores como el de la elección del hacendista Navarro Reverter desprestigian la más sagrada institución. No abogamos por este ni por el otro; decimos con sencillez que esa elección, espiritualmente, es nula, y moralmente, un atentado contra la Lengua, la Literatura y España. Si en nuestra amada y podrida España los literatos tuvieran vergüenza profesional, se alzarían contra esa determinación hasta derrocarla, aunque, como es sabido, las decisiones de la Real Academia tienen fuerza legal. Los manes de su fundador, Felipe V, y su primer director, el marqués de Villena, pueden estar satisfechos. Se ha dicho que la Academia de la Lengua Francesa no está completa sin un aristócrata, sin un cardenal y sin un jefe del ejército. La nuestra es una agrupación de políticos que no puede pasarse sin un hacendista. Nuestra Academia necesita para existir un cerebro ultramontano y un corazón economista. Navarro Reverter es el complemento de Pidal; á tal cabeza, tal cola. Cejador y Mariano de Cavia están vengados; Blasco Ibáñez sustituido. Estos literatos ignoran el problema de los monopolios, y sin esos conocimientos no es posible pretender ser académico. Seréis uno de los 24 correspondientes cuando sepáis, por ejemplo, que la teoría algebraica de la ecuación de quinto grado se simplifica notablemente por medio del estudio de las propiedades del icosaedro regular, y uno de los 36 académicos de número si, partiendo de la serie de Taylor, demostráis que

las ecuaciones de orden m dejan indeterminadas la función y sus $m - 1$ primeras derivadas para el valor inicial de la variable. Navarro Reverter, ministro de Hacienda de profesión, es un literato notable; no ha escrito nada, pero está en lo posible que hubiera escrito, á dejárselo sus ocupaciones. Es indudable que un hombre de talento sirve para todo, y de Tolstoi se dice que se fabricaba él mismo sus borceguíes. Saber idear un presupuesto exige grandes conocimientos. Habéis de saber, por ejemplo, que una arroba de patatas cuesta tanto vellón y qué trascendencia tienen en el espíritu nacional las féculas. Navarro Reverter habla, sin duda, español, y esto ya es algo. Además, se codea con los políticos de altura, y uno de estos señores, cualquiera que sea, es, sin género alguno de duda, académico, y sabido es lo mucho que gana el cerebro con el comercio y trato de los hombres ilustres.

Á falta de ello, Navarro Reverter ha escrito una obra maestra hace más de treinta años y una voluminosa apología hace unos meses. Debemos advertir que las grandes inteligencias no se prodigan. Dos obras pueden dar entrada en la inmortalidad, sin discusión. Heredia entró en la francesa por sus *Trofeos*, y Ricardo León en la nuestra por su primera novela. El idioma castellano es muy difícil, como todos los idiomas, según se miren. Navarro Reverter no tiene por qué romperse la cabeza en el estudio de su idioma. Si le preguntáis

por K. Brugmann, Díez ó Meyer Lübke se alzarán de hombros, con razón. Se puede leer el *Quijote*; pero la *Grundriss der vergleichenden Grammatik der Indogermanischen Sprachen* sería una excentricidad. Para saber hablar ó escribir hay muchos medios; uno de ellos es tener que hacerlo por necesidad. Cuando un diputado se levanta en su escaño y acusa de que determinado Presupuesto es una calamidad pública, hay que contestar y se contesta. Hablar es un don; los monos platirinos no hablaban. Habéis de saber que en el lenguaje hay tres etapas: los fonemas, las palabras y los morfemas. Lo que quiere decir que entre Bopp y Benot bien cabe un ministro de Hacienda. Navarro Reverter, lo afirmamos de nuevo, ha escrito mucho. Si lo ignorábamos es porque en España no se lee, no por otra causa. Los académicos tienen buena memoria y no olvidan. En 1875, diez años antes de que naciera el que esto escribe hoy, la Casa Doménech, de Valencia, publicó un libro de Navarro Reverter. Ese libro, que creíamos no existía, existe. Es un gran libro. Yo tengo una cultura diabólica, y os lo voy á describir á estilo de archivero. Se titula *Del Turia al Danubio*, no *Del Ebro al Danubio*, como decía el otro día un periódico que se burlaba de mí por haber descrito la cabeza de Joaquín Costa con el criterio impresionista de Sergi. Consta de 750 páginas, dedicatoria, prólogo, índice, apéndice y un plano de la Exposición Universal de Viena y una vista de la Rotonda. La

letra de esas páginas es menudita como pata de mosca, y la dedicatoria va dirigida á la memoria del excelentísimo señor don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, etc... y presidente de la Comisión general española para la Exposición de Viena. En ella dice el admirable y flamante académico que su libro «son notas al vuelo, impresiones de un curioso, no estudios metódicos y detenidos». Añade que son una compilación de los folletines publicados en el periódico *Las Provincias*, que dirigía Teodoro Llorente, polígrafo valenciano de indiscutible mérito. Esa dedicatoria es tan artística, que empieza así: «Corrían tiempos para España calamitosos y tristes...» Pi y Margall escribía por aquel tiempo: «Vinieron los vientos de Noviembre, glaciales y recios...» Como veis, Navarro Reverter y Pi y Margall pueden darse la mano literariamente, y hasta entablar un pleito estilo Villaespesa ó estilo Valle-Inclán. Entonces el actual académico era ingeniero jefe del Cuerpo de Montes y jurado de España en la Exposición.

El prólogo es de don José Emilio de Santos, de cuyo señor sólo recuerda la Historia que tenía excelentísimo y que fué vicepresidente de ese Jurado, llamado á hacerse famoso. En el apéndice se da una lista larguísima de expositores, y el plano está al alcance de cualquier delineante. Este libro, que lleva un hombre á la Academia, es un libro de viajes, en estilo de Memoria de Jurado. El itinerario es estupendo, digno de Magallanes: Va-

lencia, Barcelona, Marsella, Mónaco, de Mentón á Génova, Milán, Venecia, el camino de Semmering, Austria, la Exposición por dentro, con digresiones á Marruecos, África, América y Oceanía; la Exposición por fuera, con filosofía *ad hoc*, y luego Hungría, Viena, Munich, el lago Constanza, Ginebra, Lyon y España. He leído este libro, y literariamente hablando, no puede ser peor.

El estilo, de una garrulería insoportable, acumula cifras, datos, recuerdos históricos; todo sin sal, sin nervosismo, sin gracia, como aquel que escribe á la familia ó un dietario vulgar. He aquí una muestra de la página 99: Venecia, San Marcos: «Contemplaba yo todos aquellos famosos despojos, con más melancolía que admiración. ¡Cuán veleidosa es la suerte!—pensaba—; aun estos inertes trozos de materia, cuyo valor ficticio y convencional lo fundan los hombres en su antigüedad ó su magnitud, en su rareza ó su forma, siguen en su carrera al sol brillante de la victoria, al dios Éxito. Sobre ese gigantesco medio punto del centro, portal que azota el polvo de cien generaciones, veo cuatro caballos de bronce. Aun conservan vestigios del oro que deslumbró á los romanos del imperio.» Y todo es así, ramplón, hueco, sin arte; inspiraciones ñoñas, sin otro personalismo que un alma pobre, que lleva en la mano una guía, y en la memoria el libro de texto de la escuela, sin otro encanto que la oquedad y la erudición numérica. Las estadísticas, profusamente repartidas, acusan

la profesión del autor. Cuando describe, espanta el modelo: cuando filosofa, parece un sermonario. He aquí otro pedazo de esa literatura que lleva á la Academia de la Lengua á un ministro de Hacienda; está en la página 77: «Envueltos en nubes de polvo, que obscurecen el sol, asoman por Oriente masas inmensas de guerreros, inflamados por el culto de una religión belicosa, profesada con ardiente fanatismo. La Europa entera se estremece y tiembla, opone la cruz á la media luna, y á la voz de Pedro el Ermitaño arranca de sus entrañas la flor de sus caballeros.» ¿Se puede dar algo más hinchado, dicho y tonto? Y siempre así. En aquellas 750 páginas no hay luz; lo que hay son muchas, muchísimas cifras y comentarios de riqueza y exportación. Poesía, literatura, maestría, gracia, espíritu, todo eso por lo que se va á las academias, falta. En la página 617, Danubio, dice: «Un grito de alegría, escapado de los pechos de un pueblo entero, retumbó en los aires. Yo no puedo explicar lo que entonces sentí. Un mar de cabezas...» Basta de copiar. Este libro es una pesadilla, un libro huero, inarticulado é insubstancial. Hasta maravillas como el portentoso camino de Semmering, el primer camino de hierro que atravesó los Alpes nóricos, sólo le inspiran simples reflexiones. ¿Y á este libro, refrendado más tarde por un panegírico de Teodoro Llorente, se le lleva á la Academia? ¿No irrita, no descompone ver un hombre que no sabe escribir en la Academia? Miserable política bufa esta política

nuestra, que da patente de todo, por no decir de curso; ruin política esta política nuestra, que no neutraliza siquiera la poesía y el noble arte del escribir, y lo hace conservador, ó republicano, ó clerical.

La Academia es una especie de capilla, y los sillones, sillones de coro, escaños del Parlamento. Para ser académico en España hay que pasar por el Congreso. ¿Y no hay por ahí un literato íntegro, joven, valiente, que se me una para impedir esta nueva barrabasada de viejos, esta preterición escandalosa, esta prevaricación contra el espíritu imparcial de la Academia? La Academia es nuestra. La Academia es el premio del literato, su asilo, su honor, su homenaje. Se entra allí cuando en el arte del idioma se han verificado descubrimientos y sobresalido de la vulgaridad. Pero la Academia no es una dependencia del Congreso, ni un salón anejo á un palacio aristocrático ó un gabinete de ministerio. La Academia no necesita de su ministro de Hacienda. Porque esto daría lugar á creer que la Academia se vende ó la Academia se compra. ¿No le otorgó la Constitución del 1876, en su artículo 20, el derecho á elegir un senador que la representara? ¿Qué necesidad hay, pues, de meter en «su seno» todos esos señores híbridos de político y literatos, cuya literatura consiste en hablar en las sesiones? El mejor de ellos es Maura; ¿y no son sus cartas y obras verdaderos bloques de palabras abigarradas, sedimentos de otras épocas ani-

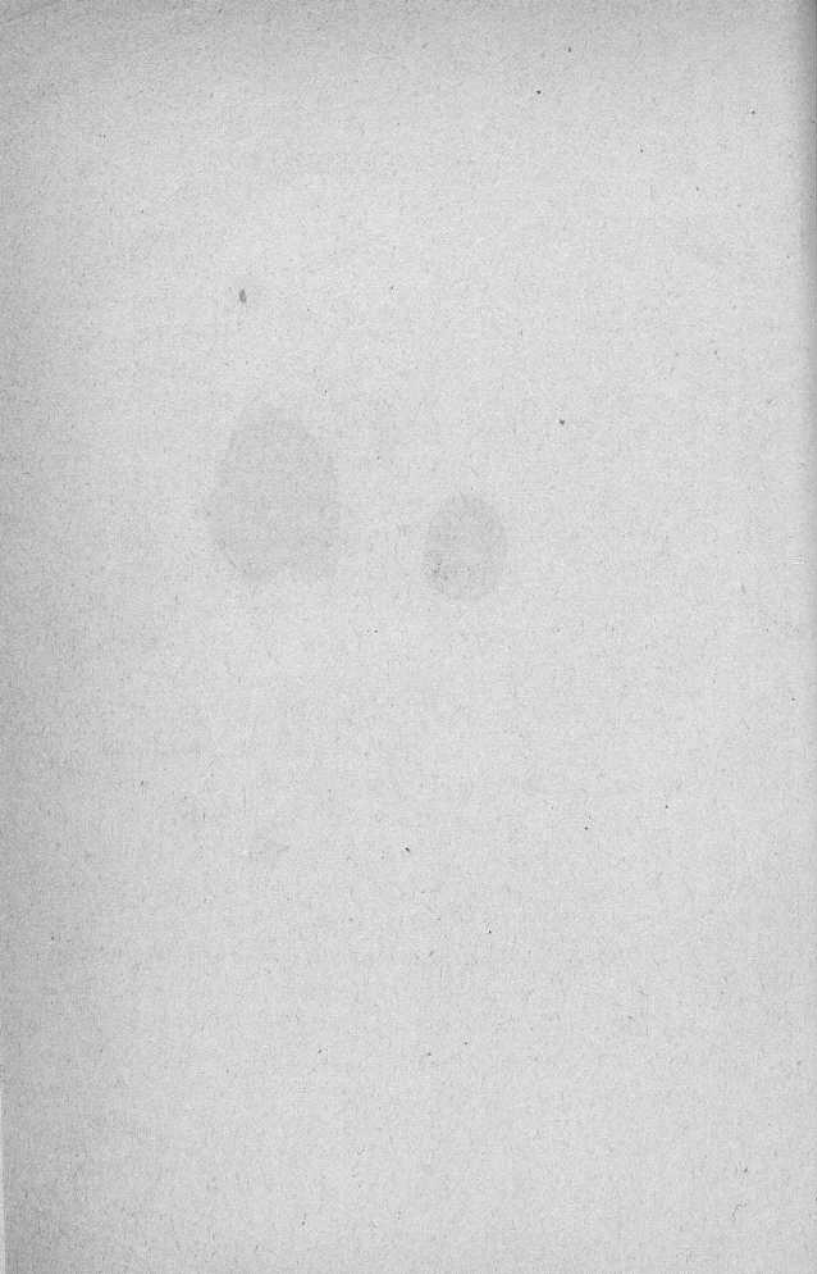
mados artificialmente, maneras de Melo, Solís y Saavedra Fajardo? ¿Es literato un señor ministro que escribe esta profunda idea?... «El clima—sentencia—, el suelo y el hombre están ligados por una ecuación cuya X es la raza. Todo son armonías en la creación. Bajo el cielo puro y sobre el suelo encantador de España y de Italia, se siente y razona de diferente modo que bajo el cielo gris y nevado de los montes germanos.» Parece mentira que en el alma de los hombres pueda más el orgullo de la representación que la verdad de las cosas. ¿Con qué serenidad podrá colocar, bajo su firma de economista, este hombre el remoquete «de la Real Academia Española»? ¿Qué clase de satisfacción será la suya cuando se oiga llamar académico? Se duele la Academia de que no se la respeta, de que es motivo constante de burlas; actos como este no tienen razón de ser y se la dan á los que anatematizan la institución de Felipe de Anjou.

En fin, señor Navarro Reverter: os felicito. No sois solo. En las seis academias hay quien se os parece. España, mi madre, lo quiere así. Los literatos se preocupan más de *El embrujado* que de actos como éste. Ignoro si como hacendista valéis cosa alguna: creo que os tienen en algo; pero en escrituras profanas no valéis la pena y ocupáis ese sitio por riñones, porque sí, porque podéis y nada más. Á esto se le llama una usurpación; pero como se ha hecho costumbre y *jus est norma locuendi*, resulta que obráis perfectamente. En una comedia

muy bonita, francesa, actual, el héroe es un sujeto que le llevan á la Academia porque es hombre de mundo. De modo que todavía lo sois vos, académico, señor ministro, por algo más distinguido. Mi enhorabuena. Cuando Academio regaló su gimnasio al Estado griego, en tiempos de Sócrates, para que sus avenidas de mirtos, tamarindos, cipreses y plátanos invitaran á la meditación á sus compatriotas, no sospecharía en qué iban á parar sus academias. Ahora bien; así como Platón puso en la suya este letrero: «Nadie pase sin saber Geometría», así, señor ministro, creo que debéis proponer á vuestros compañeros que en honor á vos pongan en los estatutos esta condición: «Nadie será académico de la Lengua si no sabe Matemáticas.»

Y en esto os pareceréis á Platón, señor ministro de Hacienda. Amén.

FIN



Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Schopenhauer.—*El amor, las mujeres y la muerte.*
 Seralo (Matilde).—*¡Centinela, alerta!*
 Sesto.—*El México de Porfirio Díaz.*
 Séverine.—*Páginas rojas.*
 Id. —*En marcha...*
 Solza Reilly.—*El alma de los perros.*
 Id. —*Hombres y mujeres de Italia*
 Sorel.—*El porvenir de los Sindicatos Obreros.*
 Id. —*La ruina del mundo antiguo.*
 Id. —*Las ilusiones del Progreso.*
 Spencer.—*Origen de las profesiones.*
 Id. —*El individuo contra el Estado.*
 Id. —*Creación y evolución.*
 Id. —*Educación intelectual, moral y física.*
 Id. —*Estudios políticos y sociales.*
 Id. —*La religión: su pasado y su porvenir.*
 Id. —*La Justicia.*
 Id. —*Los primeros principios. 2 t.*
 Id. —*El Progreso.*
 Id. —*Las ceremonias de la vida.*
 Strauss.—*Estudios literarios y religiosos.*
 Id. —*La antigua y la nueva Fe.*
 Sudermann.—*El camino de los gatos.*
 Id. —*El deseo.*
 Id. —*Las bodas de Yolanda.*
 Id. —*El molino silencioso.*
 Id. —*La mujer gris.*
 Taine.—*La pintura en Italia.*
 Id. —*Viaje por Italia. 3 t.*
 Id. —*Filosofía del Arte. 2 t.*
 Id. —*Los filósofos del siglo XIX.*
 Id. —*Los orígenes de la Francia contemporánea. 2 t.*
 Talero.—*Ecós de ausencia.*
 Tchekhov.—*Vanka.*
 Teniente O. Bilse.—*Pequeña guarnición.*
 Tolstol.—*La verdadera vida.*
 Id. —*La guerra ruso-japonesa.*
 Id. —*La escuela de Yasnaïa-Poliana.*
 Torres (Carlos Arturo).—*Idola Fori.*
 Ugarte.—*Visiones de España.*
 Id. —*El Arte y la democracia.*
 Id. —*Las nuevas tendencias literarias.*
 Urales.—*Los hijos del amor.*
 Urquijo.—*De mi cartera.*
 Id. —*Películas.*
 Vandervelde.—*El colectivismo.*
 Vasseur.—*Origen y desarrollo de las instituciones occidentales.*
 Voltaire.—*Diccionario filosófico. 6 t.*
 Wágner.—*Novelas y pensamientos.*
 Zola.—*El mandato de la muerte.*
 Id. —*Cómo se muere...*
 Zoydes.—*Pobreza y descontento.—H. George.—La condición del trabajo.*
 Zozaya.—*El huerto de Epicteto.*
 Id. —*El libro del saber doliente.*

BIBLIOTECA DE LA MUJER

- La cocina moderna.—Una peseta.
 Modelos de cartas.—Una peseta.
 Arte de saber vivir.—Una peseta.
 Salud y belleza.—Una peseta.
 Las artes de la mujer.—Una peseta.
 La mujer en el hogar (*Economía doméstica*).—Una peseta.
 Vademécum femenino.—Una peseta.
 El arte de ser amada.—Una peseta.
 El arte de ser elegante.—Una peseta.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire.—*La Doncella.*—Una peseta.
 Casanova.—*Amores y aventuras.*—Una peseta.
 Apuleyo.—*El asno de oro.*—Una peseta.
 Longo.—*Dáfnis y Cloe.*—Una peseta.
 Cuentistas italianos.—*Obras galantes.*—Una peseta.
 Bilitis.—*Canciones eróticas.*—Una peseta

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- Carmen de Burgos.—*El tocador práctico*.
 Salinas Moreno (Francisco).—*De la vida andaluza*. (Cuentos).
 Vázquez Yepes.—*Desde Barcelona*.
 Carmen de Burgos.—*Cartas sin destinatario*. (Impresiones de viaje).
 Carmen de Burgos.—*La mujer jardinero*.
 Michelet (J.).—*Consejos a los jesuitas*.—*Pauper*.—*La corrupción de un confesor*.
 Tiberghien (G.).—*Tesis*.
 Nin Frias.—*Sordello Andrea*. (Novela de la vida interior).
 Vasseur (Armando).—*Cantos del Nuevo Mundo...* (Poesías).
 Giral Ordóñez (Mario).—*La hora negra*. (Novela).
 Mella (Ricardo).—*Cuestiones sociales*.
 Fernández Pasquero (Javier).—*Las víctimas del fanatismo* (novela).—2 tomos.
 Sánchez Lustrino (R. V.).—*Pro-Psiquis*.
 Dide (Augusto).—*La leyenda cristiana*.
 Bouhélier.—*El teatro de los niños* (drama).
 Ruskin (John).—*Las piedras de Venecia*.—2 tomos.
 Heine (Enrique).—*Italia*.
 Schopenhauer.—*Alrededor de la Filosofía*.
 De Bueno Núñez de Prado (María).—*A través de la vida*.
 Palavicini (Félix F.).—*Problemas de educación*.
 Proudhon.—*La moral de las ideas*.
 Pos (E.).—*Historias grotescas y serias*.

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

- En el país del arte (*Tres meses en Italia*).—150 pesetas.
 Cuentos valencianos.—Una peseta.
 La Condenada (cuentos).—Una peseta.
 Arroz y tartana (novela).—Tres pesetas.
 Flor de Mayo (novela).—Tres pesetas.
 La barraca (novela).—Tres pesetas.
 Sónnica la cortesana (novela).—Tres pesetas.
 Entre naranjos (novela).—Tres pesetas.
 Cañas y barro (novela).—Tres pesetas.
 La Catedral (novela).—Tres pesetas.
 El Intruso (novela).—Tres pesetas.
 La Bodega (novela).—Tres pesetas.
 La Horda (novela).—Tres pesetas.
 La maja desnuda (novela).—Tres pesetas.
 Oriente (viajes).—Tres pesetas.
 Sangre y arena (novela).—Tres pesetas.
 Los muertos mandan (novela).—Tres pesetas.
 Luna Benamor (novela).—Tres pesetas.

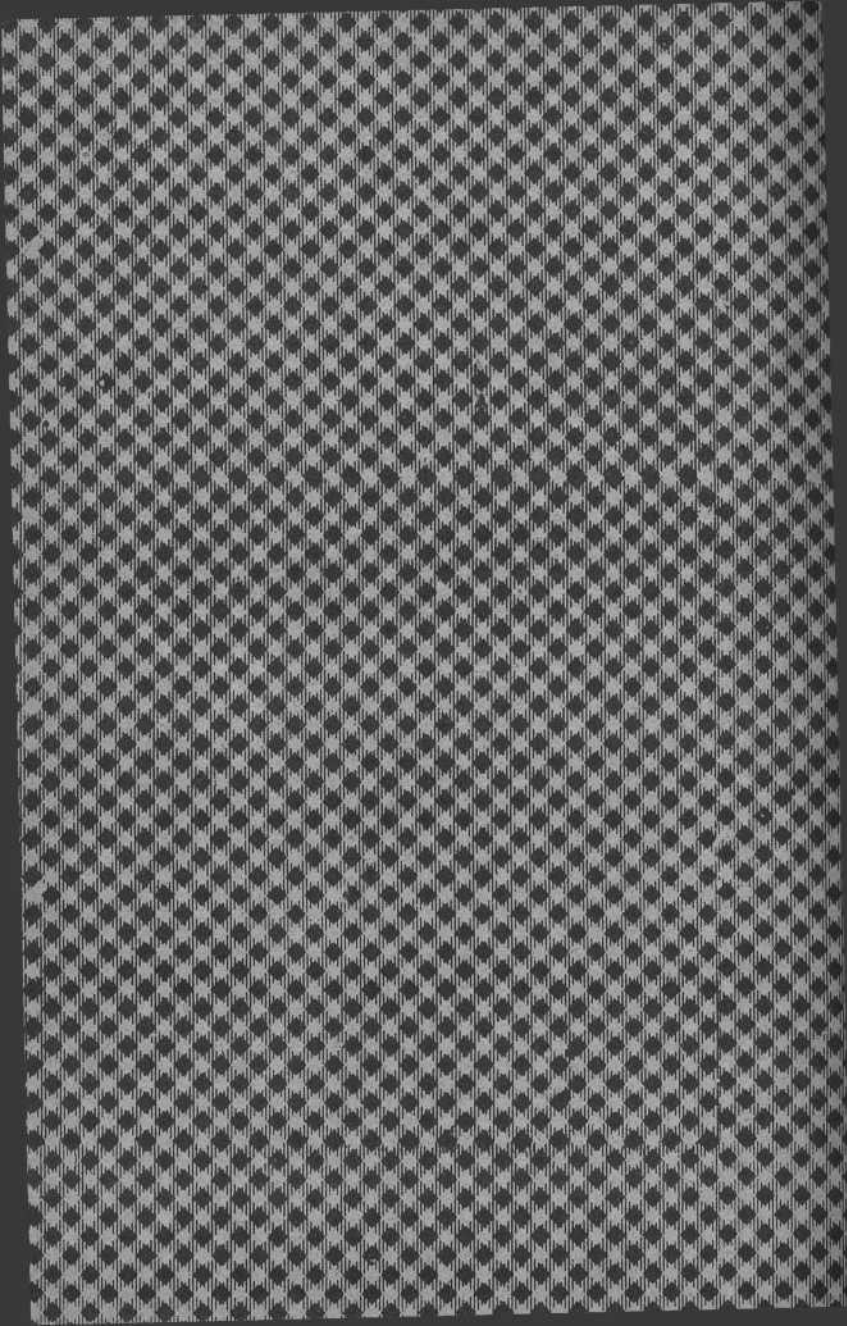
ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS (*Segunda edición*).—PRECIO: 25 PESETAS

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

- ERNESTO HÆCKEL.—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales*.—Obra ilustrada con numerosos grabados.—Dos tomos en 4.º: Seis pesetas.
 P. LANFREY.—*Historia política de los Papas*.—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por José Ferrándiz.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 A. RENDA.—*El destino de las dinastías*. (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 O.-F. STRAUSS.—*Nueva vida de Jesús*.—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º: Seis pesetas.
 I. FOLA IGURBIDE.—*Revelaciones científicas, que comprenden a todos los conocimientos humanos*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 P. J. PROUDHON.—*De la creación del orden en la humanidad o principios de organización política*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 JOSE INGEGNIEROS.—*Histeria y Sugestión*. (Estudios de Psicología clínica).—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 JOSE INGEGNIEROS.—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 LUIS BUCHNER.—*La vida psíquica de las bestias*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 AUGUSTO DIDE.—*El An de las religiones*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 R. ALTAMIRA.—*España en América*.—Un tomo en 4.º: Tres pesetas.
 CARMEN DE BURGOS.—*Giacomo Leopardi (Su vida y sus obras)*.—Dos tomos en 4.º: Seis pesetas.
 C. O. BUNGE.—*La Educación*.—Un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas: Seis pesetas.

- Tribunales industriales.—*Accidentes del trabajo, por César Puig y Lazaro Mascareil*.—Un tomo en 8.º: DOS pesetas.
 Leyes electorales vigentes, por César Puig y Lazaro Mascareil.—Un tomo en 8.º: DOS pesetas.
 La Romería (novela), por M. Uges Aparicio.—Un tomo en 8.º: DOS pesetas.
 El porvenir de la América latina, por Manuel Ugarte.—Un tomo en 8.º: DOS pesetas.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

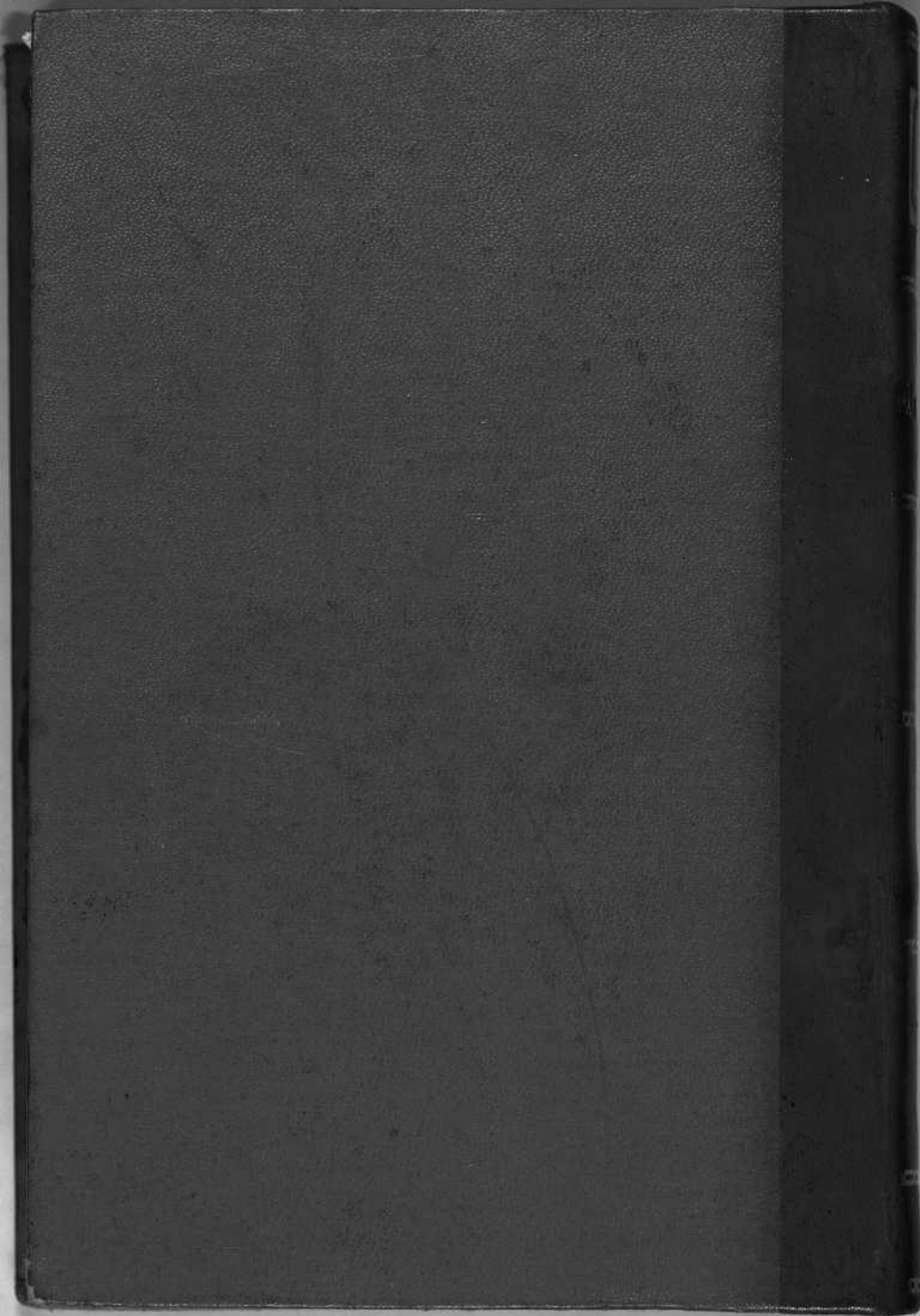
Pesetas

Número. 275 | Precio de la obra

Estante | Precio de adquisición..

Tabla... 8 | Valoración actual.

Número de tomos.



375.

E. NOEL

PÀN Y TOROS